



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PROGRAMA DE MAESTRÍA Y DOCTORADO EN FILOSOFÍA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

*El escepticismo williamsoniano sobre la utilidad epistémica de la
distinción a priori/a posteriori*

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE:

MAESTRO EN FILOSOFÍA

PRESENTA:

EMILIO MÉNDEZ PINTO

TUTOR PRINCIPAL:

DR. MIGUEL ÁNGEL FERNÁNDEZ VARGAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MÉXICO, OCTUBRE DE 2023



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Índice

Agradecimientos	4
Introducción	6
Capítulo I: Las motivaciones filosóficas del escepticismo williamsoniano	12
I.1. Boghossian acerca del proyecto escéptico de Williamson.....	14
I.2. Melis y Wright sobre las conclusiones del proyecto escéptico de Williamson.....	18
Capítulo II: Lo a priori y lo a posteriori en nuestro conocimiento de la modalidad metafísica	22
II.1. Las diferencias metafísicas no implican diferencias epistemológicas.....	22
II.2. Una objeción al relato de Williamson.....	25
II.3. Nuestros procesos cognitivos en el conocimiento modal.....	26
II.4. ¿Hay verdades contingentes <i>conocidas</i> apriorísticamente?.....	31
II.5. Lo necesario como aquello cuya negación implica contrafácticamente una contradicción.....	32
II.6. Condiciones de autenticidad en proposiciones a posteriori y a priori.....	38
II.7. Escepticismo y anti-excepcionalismo williamsonianos.....	42
Capítulo III: Sobre las concepciones epistemológicas de la analiticidad	45
Capítulo IV: Sobre los dos modos en los que suele establecerse la distinción a priori/a posteriori	55
IV.1. Una objeción al relato de Williamson.....	61

Capítulo V: Nuestra experiencia “externa” e “interna” en los conocimientos a posteriori y a priori.....	67
V.1. ¿Son los ejemplos de Williamson ejemplos de <i>claro</i> conocimiento a priori y a posteriori?.....	70
V.2. Sobre nuestro conocimiento “a priori” del axioma del conjunto potencia.....	73
V.3. Sobre nuestro conocimiento “a priori” del principio de identidad.....	76
V.4. Un problema con la concepción psicologista de la evidencia.....	77
Conclusiones.....	80
Síntesis de lo expuesto.....	80
Impresiones generales sobre el escepticismo williamsoniano.....	83
Referencias.....	86

Agradecimientos

A mi mamá, Margarita Pinto, por todo lo que fue y hubo. Y también por todo lo que habría sido y habría habido. Vivo por ti y *por* ti: Tito.

A mis yayas, Margarita y Libertad.

A mi papá, quien en más de una ocasión ha intentado mostrarme que si una postura es atacada desde diversos frentes, ello no habla bien de esa postura (aunque sigo reacio a creer que eso sea invariablemente cierto de las posturas políticas).

A mi tío Salva.

No agradezco a ningún amigo en particular, pues tengo la inmensa fortuna de tener muchos y buenos amigos. Para mí, han reivindicado una y otra vez el refrán “al amigo que en apuros está, no mañana, sino ya”.

A Miguel Ángel Fernández, por haber aceptado ser mi tutor, por haberme acompañado durante todo el proceso de la elaboración de esta tesis, por sus consejos y enseñanzas y, sobre todo, por haberme enseñado a filosofar con seriedad y rigurosidad. Espero que las páginas de esta tesis sean reflejo de ello.

A mis queridos profesores Carlos Elizondo, Sergio Bárcena, y José Fernández Santillán, por todo lo que intelectual, profesional, y personalmente, han significado para mí.

A mis también queridos profesores Miguel Ángel Fernández, Santiago Echeverri, Martín Fricke, Lourdes Valdivia, y Faviola Rivera, por su comprensión y solidaridad durante los días más oscuros de mi vida.

A Santiago Echeverri, Eduardo García-Ramírez, Mario Gómez-Torrente, y Ricardo Mena, por haber aceptado ser lectores/sinodales de esta tesis. Gracias por su consideración hacia mi trabajo intelectual.

A Santiago Echeverri, Ricardo Mena, Oliver Marshall, Eduardo García-Ramírez, y Fernando Rudy, por sus comentarios, sugerencias, y críticas a versiones previas de esta tesis. Nuevamente: gracias por su consideración hacia mi trabajo intelectual.

Al Seminario de Epistemología del Instituto de Investigaciones Filosóficas, en donde en más de una ocasión tuve la oportunidad de presentar y discutir algunos contenidos de esta tesis.

A Alessandro Torza, Mario Gómez-Torrente, y Axel Barceló, por haberme permitido participar en los Seminarios de Metafísica y de Filosofía del Lenguaje del Instituto de Investigaciones Filosóficas, seminarios en los que en más de una ocasión tuve la oportunidad de evaluar (al menos *in foro interno*) algunos contenidos de esta tesis.

A Itzel López y a Norma Pimentel, por su paciencia ante mis recurrentes y muchas veces triviales preguntas y preocupaciones.

A la UNAM y a su Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Al CONAHCYT, cuya beca financió gran parte de esta tesis.

Introducción

Originalmente tenía pensado que esta tesis contuviera dos grandes apartados: uno dedicado a exponer los principales rasgos del escepticismo de Timothy Williamson hacia la significatividad epistemológica de la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori, y otro dedicado a proponer dos posibles salidas al defensor de la significatividad de tal distinción ante el escepticismo de Williamson. Sin embargo, al ir escribiendo esta tesis me fui dando cuenta que escribir en tiempo y (sobre todo) en forma el segundo apartado iba a ser virtualmente imposible. Ante ello, decidí prescindir de él.¹

Lo que motivó el tema de esta tesis fue la lectura que hice del libro *The Philosophy of Philosophy* (Williamson 2007), basado en las conferencias Blackwell/Brown que dictó Williamson en la Universidad de Brown en septiembre de 2005. Aunque es cierto que *The Philosophy of Philosophy* discute muchos más problemas que el de la significatividad epistemológica de la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori, el escepticismo de Williamson hacia dicha significatividad permea, explícita o implícitamente, en buena parte del libro (y, en cualquier caso, fue el aspecto que más llamó mi atención del mismo). No pude haber tenido un mejor tutor para esta tesis que Miguel Ángel Fernández, quien tradujo al español *The Philosophy of Philosophy*² y quien conoce bien otros aspectos del amplio mundo de la epistemología williamsoniana (y, desde luego, de la no-williamsoniana). Entre muchos otros consejos, Miguel Ángel me hizo ver que, ante la imposibilidad virtual de desarrollar el segundo apartado original, el mejor curso de acción era enfocarme en el contenido del escepticismo de Williamson y, a partir de ahí, motivar discusiones con el mismo, ya fuesen propias o al recurrir a lo que otros filósofos han escrito respecto del programa escéptico de Williamson. Y ese es, *grosso modo*, el tema de esta tesis.

¹ Estas dos posibles salidas habrían consistido i) en defender una noción de la aprioridad desligada, *prima facie*, de razones epistémicas y que, al estilo de Bolzano-Frege, considerara una verdad como a priori *sys* entre sus fundamentos no hay ninguna verdad particular indemostrable y ii) en defender una teoría funcional de lo a priori que, al estilo de Pap (1946), sostuviera que hay enunciados científicos que, no obstante tener un origen empírico, *funcionan* como conocimiento a priori.

² Williamson 2016b.

Aunque no precisamente en estos términos, la idea de que hay una distinción entre el conocimiento a priori – un conocimiento basado en una justificación epistémica en algún sentido independiente de la experiencia – y el conocimiento a posteriori – un conocimiento basado en una justificación epistémica en algún sentido dependiente de la experiencia³ – es de larguísima data en la historia de la filosofía occidental.⁴

Para alguien ajeno a la filosofía, esta distinción – y las muchas discusiones que ha despertado – podría parecer ociosa: “¿Qué importa”, podría decir, “que el conocimiento matemático sea presumiblemente a priori, o que las verdades matemáticas sean verdades presumiblemente a priori, si lo que nos interesa, matemáticamente, es conocer, *simpliciter*, teoremas matemáticos o la verdad, *simpliciter*, de los teoremas matemáticos?”⁵

Parece, podría decir el lego, que añadir los predicados “a priori/a posteriori” a nuestro(s) conocimiento(s) es una añadidura gratuita en lo que respecta al valor de verdad de una proposición p , pues si sabemos que p es verdadera (falsa), saber que la (lo) sabemos a priori/a posteriori en nada atañe a nuestro saber que p (no- p). Podríamos responderle al lego que si A sabe que p y B sabe que p y sabe cómo sabe que p , B está en una mejor posición epistémica que A. Pero el lego podría responder que, en lo que atañe al conocimiento de que p , A y B están en la misma posición epistémica, y que para que B sepa que p no necesita saber cómo sabe que p (como lo muestra el caso de A).

Tenga o no razón el lego respecto de lo que, matemáticamente (o científicamente, mundanamente, etc.), ha de interesarnos, creo que no la tendría respecto de lo que, filosóficamente, ha de interesarnos sobre la naturaleza de la verdad y del conocimiento matemáticos. En buena medida, la razón por la que la verdad y el conocimiento

³ Esta forma contemporánea de describir los conocimientos a priori/a posteriori es de Russell 2020. Salvo por el caso de BonJour, cuando hable acerca de los defensores de la significatividad epistémica de la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori asumiré que, como mínimo, están teóricamente comprometidos con una distinción en estos términos. Las razones para excluir a BonJour de este compromiso se harán evidentes en su momento.

⁴ Jenkins 2008 y Restall 2009 exponen algo de esta historia. Naturalmente, que la distinción a priori/a posteriori sea de larguísima data en la historia de la filosofía occidental no significa que hacia ella siempre haya habido la misma consideración, pues son varios los filósofos que, por distintas razones, han puesto en seria duda la posibilidad del conocimiento a priori *tout court*. La historia del escepticismo (en Sosa 2017 hay una sucinta exposición del mismo en la historia de la filosofía occidental) es de igual o más larga data que la de la distinción a priori/a posteriori.

⁵ Williamson 2007 contempla un problema muy similar para la modalidad metafísica fuera de las discusiones filosóficas.

matemáticos resultan filosóficamente interesantes estriba en que, *prima facie*, la verdad y el conocimiento matemáticos son relevantemente distintos de otras verdades y del conocimiento que tenemos de estas otras verdades en cuanto a su APRIORIDAD, su NECESIDAD, y su CARÁCTER ABSTRACTO.⁶ Para apreciar esta distinción, consideremos la proposición de que $3 + 2 = 5$ *vis-à-vis* la proposición de que *el poder político se halla en el “medio” de la distribución de ciudadanos efectivamente habilitados para votar por las instituciones políticas de la sociedad.*⁷

APRIORIDAD. La proposición de que $3 + 2 = 5$ es *prima facie* a priori porque, aunque no tenga que conocerse independientemente de la experiencia, puede conocerse independientemente de la experiencia. No puede decirse lo mismo de la proposición relativa al poder político.

NECESIDAD: La proposición de que $3 + 2 = 5$ es *prima facie* necesariamente verdadera porque su verdad no es accidental ni contingente (falsa en algunos mundos posibles).⁸ No puede decirse lo mismo de la proposición relativa al poder político.

CARÁCTER ABSTRACTO: Los objetos/funciones de la proposición $3 + 2 = 5$ carecen *prima facie* de localización espaciotemporal y son causalmente ineficaces.

⁶ En Linnebo 2017, esp. pp. 4-15, hay un desarrollo mucho más amplio de la distinción entre el conocimiento matemático y el conocimiento no-matemático basada en estos tres criterios que, desde luego, no son compartidos por todos los filósofos: e. g., cfr. Kitcher 1984 y Rayo 1996 para la idea de que el conocimiento matemático no es apriorístico; Field 1993 para la idea de que la existencia de las entidades matemáticas es conceptualmente contingente, y Resnik 1997 para la idea de que es posible explicar el conocimiento matemático sin apelar a la abstracción. Reconocer elementos empíricos en el quehacer matemático no necesariamente supone descartar el carácter apriorístico de las matemáticas. Tamara Horowitz (1985), por ejemplo, elaboró una elegante y original defensa del carácter apriorístico de las matemáticas al señalar las diferencias que existen entre los errores empíricos que pueden cometer los matemáticos (normalmente asistemáticos y fáciles de detectar) y los errores empíricos que pueden cometer los científicos naturales (normalmente sistemáticos y difíciles de detectar).

⁷ Tomo este ejemplo de Hinich y Munger 2003, p. 39.

⁸ O porque es una proposición que concuerda con todas las posibilidades de verdad (Ramsey 2013). Para los propósitos del argumento importa poco la caracterización que demos a lo necesariamente verdadero, aunque hay que observar que, previamente al trabajo de Kripke (o previamente al trabajo de Thomas Reid, según McGrath 2015a (pp. 91-94)), solía creerse que la necesidad de una proposición era un elemento infalible para su aprioridad (cfr., e. g., Kant 1781/1900, pp. 2-4; Russell 1912, cap. VII).

No puede decirse lo mismo de los objetos/funciones de la proposición relativa al poder político.⁹

Así pues, parece que el carácter peculiar de las matemáticas nos da buenos motivos para interesarnos, filosóficamente, en su naturaleza *prima facie* apriorística/necesaria/abstracta. Ahora bien, ¿tenemos buenos motivos para igualmente interesarnos en el conocimiento a priori, *tout court*? ¿Tenemos buenos motivos para interesarnos en la distinción, *tout court*, entre el conocimiento/justificación a priori y el conocimiento/justificación a posteriori? Filósofos como Albert Casullo responderían que sí, habida cuenta de que, según él (Casullo 2003), la principal división en la epistemología contemporánea está entre los epistemólogos que aceptan el conocimiento a priori y los epistemólogos que rechazan que haya conocimiento a priori. Uno podría pensar que la afirmación de Casullo es algo exagerada, pues en la epistemología contemporánea hay otras divisiones no zanjadas y otros problemas que son igual o quizá más importantes.¹⁰ Pero, aunque exagerada, la afirmación de Casullo no está infundada, pues es cierto que buena parte de la literatura epistemológica contemporánea está dedicada a la distinción entre los conocimientos a priori/a posteriori. Y como veremos en varios lugares de esta tesis, dicha literatura ha estado motivada en buena medida por el escepticismo de Williamson hacia la significatividad epistemológica de la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori.¹¹

Así pues, a lo largo de esta tesis discutiré las diversas estrategias que emplea Williamson para poner en duda la significatividad epistemológica de la distinción entre el conocimiento a priori y el conocimiento a posteriori. Identifico cinco estrategias escépticas:

⁹ En esta tesis no me comprometeré con ninguna postura metafísica u ontológica o de otro tipo acerca de la naturaleza de las proposiciones.

¹⁰ Por ejemplo, en Steup y Sosa 2005, el debate sobre el conocimiento a priori es uno de once temas discutidos; en Steup et al. 2013 es uno de catorce temas discutidos. Por otro lado, podemos tener un interés limitado en la justificación a priori si dicha justificación, p. ej., es la que nos permite desafiar exitosamente ciertos argumentos escépticos probabilísticos (McGrath 2015b, pp. 272-275).

¹¹ El alcance de las discusiones contenidas en esta tesis está condicionado por las cinco estrategias que identifico en el escepticismo williamsoniano, estrategias que describiré enseguida. Con esto quiero decir que los temas que discutiré de ninguna manera agotan lo mucho que se ha escrito sobre el escepticismo williamsoniano. Como se verá a lo largo de esta tesis, el escepticismo williamsoniano es metodológicamente diverso, en el sentido de que no consiste en un eslogan o en una receta para producir contraejemplos siempre que se presente la dicotomía a priori/a posteriori. También se verá que, para comprar algunas de sus estrategias, uno debe suscribir ciertos compromisos teóricos (externistas, fiabilistas, etc.).

A: Cuestionar el papel que suele otorgársele a la experiencia en nuestros conocimientos a priori y a posteriori;

B: Cuestionar la diferencia entre los procesos cognitivos que subyacen en un conocimiento “claramente” a priori y en un conocimiento “claramente” a posteriori;

C: Cuestionar que la analiticidad de una proposición (o de un enunciado) implique su aprioridad;

D: Mostrar que dos de los modos más comunes para establecer la distinción entre lo a priori y lo a posteriori son problemáticos, y

E: Cuestionar la asociación tradicional entre la experiencia “externa” y el papel evidencial de la misma en casos de conocimiento a posteriori, por un lado, y entre la experiencia “interna” y el papel habilitador de la misma en casos de conocimiento a priori, por el otro.

He dividido esta tesis en cinco capítulos. En el primero hago una exposición preparatoria del escepticismo williamsoniano acerca de la significatividad epistemológica de la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori, así como de sus motivaciones filosóficas. Como parte de dicha exposición preparatoria discuto brevemente dos interpretaciones del escepticismo williamsoniano que, en mi opinión, desvirtúan su naturaleza.

En los apartados II.1 y II.3 del segundo capítulo discuto las estrategias A y B de Williamson en relación con nuestro conocimiento de la modalidad metafísica. En el apartado II.2 discuto una breve objeción a lo expuesto en II.1 y en el apartado II.4 una posible salida para el defensor de la significatividad epistémica de la distinción a priori/a posteriori dado lo expuesto en II.1 y II.3. En los apartados II.5 y II.6 expongo algunos comentarios y posibles objeciones al escepticismo williamsoniano a partir de lo expuesto en II.1 y II.3, mientras que en II.7 conjeturo sobre algunas conexiones entre lo expuesto en II.1-II.6 y el ambicioso proyecto de Williamson dedicado a mostrar que la filosofía no tiene una metodología propia, intrínsecamente distinta de la metodología científica (en cuyo

proyecto desempeña un papel central su escepticismo acerca de la significatividad epistemológica de la distinción a priori/a posteriori).

En el capítulo III discuto la estrategia C al describir algunas de las objeciones de Williamson a lo que llama “concepciones epistemológicas de la analiticidad”.

En el capítulo IV discuto la estrategia D, que consiste en mostrar que los modos *top-down* y *bottom-up* que suelen emplearse para establecer la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori son, cada uno, problemáticos (aunque por distintas razones). Al poner en marcha su estrategia D, Williamson se apoya fuertemente en su estrategia B, y en el apartado IV.1 discuto una posible objeción a esta última estrategia.

Por último, en el capítulo V discuto su estrategia E. En relación con la parte de la estrategia E que consiste en sostener que la asociación entre la experiencia “interna” y el papel habilitador de ésta es problemática, en los apartados V.1-V.3 discuto la objeción de que los ejemplos a los que recurre Williamson para dar rienda suelta a su estrategia B – ejemplos detallados y discutidos en el capítulo IV – no son ejemplos de *claro* conocimiento a priori ni de *claro* conocimiento a posteriori, sino casos *ad hoc* para que la estrategia B sea exitosa. En el apartado V.4 discuto la otra parte de la estrategia E, v. gr., aquella que consiste en cuestionar la asociación entre la experiencia “externa” y el papel evidencial de ésta en el conocimiento a posteriori.

Capítulo I

Las motivaciones filosóficas del escepticismo williamsoniano

En varios lugares (Williamson 2007; Williamson 2013; Boghossian y Williamson 2020), Timothy Williamson ha expresado su escepticismo acerca de la significatividad epistemológica de la distinción entre el conocimiento *a priori* y el conocimiento *a posteriori*.¹² Este escepticismo surge de la observación de Williamson de que, en muchos casos, la pregunta acerca de si un conocimiento particular es *a priori* o *a posteriori* es “too crude to be of much epistemological use” (2007, p. 169). Williamson no pone en duda que haya conocimiento *a priori*, ni que algo pueda ser *a priori* cognoscible, ni tampoco sostiene (lo que para Boghossian 2011 sería una postura más refinada) que la distinción entre lo *a priori* y lo *a posteriori* esté mal definida. Su preocupación está en otro lado, v.gr., en que llevar a cabo la distinción “is handy enough for a rough initial description of epistemic phenomena; it is out of place in a deeper theoretical analysis, because it obscures more significant epistemic patterns” (2007, p. 169) acerca del papel de la experiencia en nuestros procesos cognitivos.

Según la concepción tradicional de la distinción entre lo *a priori* y lo *a posteriori*, en nuestro(s) conocimiento(s) *a priori* la experiencia desempeña, a lo mucho, un papel habilitador, mientras que en nuestro(s) conocimiento(s) *a posteriori* desempeña, estrictamente, un papel evidencial. A lo largo de esta tesis hablaré una y otra vez de los papeles evidencial/habilitador de la experiencia en nuestro conocimiento. Aunque Williamson no ofrece una definición “de diccionario” o un eslogan de lo que significan estos roles,¹³ podemos entenderlos como sigue: la experiencia desempeña un papel EVIDENCIAL en mi cognición cuando me suministra evidencia para saber que, por ejemplo, esta camisa es verde o que está soleado; en cambio, desempeña un papel HABILITADOR en mi cognición para saber que todas las cosas verdes son coloreadas o

¹² De aquí en adelante, cuando hable del escepticismo de Williamson me referiré exclusivamente a su escepticismo hacia la significatividad epistemológica de la distinción entre los conocimientos *a priori* y *a posteriori*.

¹³ Williamson 2018, pp. 44-47, ofrece algunas razones en contra de las “definiciones de diccionario” para el quehacer filosófico.

para saber que, si está soleado, entonces está soleado. En otras palabras, en el caso de mi conocimiento de que todas las cosas verdes son coloreadas, necesité de mi experiencia *solamente* “to acquire the concepts green and colored, without which I could not even raise the question whether all green things are colored” (Williamson 2007, p. 165).

Uno de los argumentos centrales de Williamson para sostener que la distinción a priori/a posteriori oscurece patrones epistémicos más significativos acerca del papel de la experiencia en nuestros procesos cognitivos consiste en dar cuenta de casos de conocimiento “a priori” y “a posteriori” en los que el papel de la experiencia es más que puramente habilitador pero menos que estrictamente evidencial. Otro de sus argumentos escépticos centrales consiste en mostrar que los procesos cognitivos que subyacen en un conocimiento “claramente” a priori y en un conocimiento “claramente” a posteriori son, epistémicamente, relevantemente similares.

Si hay casos genuinos del primer tipo, entonces parecerían ser contraejemplos a las asunciones tradicionales de que, en el conocimiento a priori, la experiencia desempeña, a lo mucho, un papel habilitador y de que, en el conocimiento a posteriori, la experiencia desempeña, estrictamente, un papel evidencial, porque parecerían ser casos en los que el papel de la experiencia es más que puramente habilitador, pero menos que estrictamente evidencial. Por otra parte, si hay casos genuinos del segundo tipo, ello significaría que la distinción a priori/a posteriori es epistemológicamente superficial, porque habría casos de ambos tipos de conocimiento en los que nuestros procesos cognitivos no serían relevantemente distintos. De modo que una parte importante del éxito del escepticismo williamsoniano parece depender de mostrar que hay casos genuinos de estos dos tipos.¹⁴

Antes de discutir estas estrategias, me gustaría decir algo sobre las que, a mi parecer, son dos interpretaciones erróneas acerca del escepticismo williamsoniano. Creo importante decir algo a este respecto porque una de tales interpretaciones desvirtúa el propósito del proyecto escéptico de Williamson, mientras que la otra desvirtúa sus conclusiones (en caso de que su proyecto escéptico sea exitoso). Creo también que estas

¹⁴ Como se verá a lo largo de esta tesis, estos dos supuestos escépticos permean, en una u otra forma, en el resto de sus estrategias (quizá con la excepción de la estrategia C).

observaciones críticas a estas dos interpretaciones del escepticismo williamsoniano ayudarán a aclarar, aunque sea indirectamente, la naturaleza de su escepticismo.

1.1. Boghossian acerca del proyecto escéptico de Williamson

En el marco de su proyecto para ofrecer una concepción acerca de la naturaleza y la metodología propias de la filosofía, Williamson (2007) argumenta en contra del “excepcionalismo filosófico”, a saber, la tesis según la cual la filosofía tiene un método propio, esencialmente distinto – distinto en *tipo*, no sólo en grado – del método científico.¹⁵ Este desenlace surge de lo que Boghossian (2011) identifica como seis tesis centrales en el proyecto de Williamson:¹⁶

- 1) la investigación filosófica suele interesarse por lo metafísicamente necesario y lo metafísicamente contingente;
- 2) las reivindicaciones filosóficas sobre lo metafísicamente necesario y lo metafísicamente contingente *no son* acerca de significados o conceptos: nuestro conocimiento de las modalidades metafísicas *no se explica* en términos de nuestra comprensión de sus significados o conceptos;
- 3) nuestro conocimiento de las modalidades metafísicas surge, en cambio, de nuestra capacidad para evaluar situaciones contrafácticas, y *no es útil* describir tal capacidad como *a priori* o como *a posteriori*;

¹⁵ Williamson no es el único filósofo contemporáneo que se opone al excepcionalismo filosófico (para su postura anti-excepcionalista en el campo particular de la filosofía moral, cfr. Williamson (por aparecer)). Ichikawa y Jarvis (2016) también abogan por una concepción anti-excepcionalista de la filosofía, con la notable diferencia, respecto de Williamson, que a la vez abogan por lo que llaman *tradicionalismo filosófico*, una de cuyas tesis centrales es que “much philosophical investigation is a priori” (Ichikawa y Jarvis 2016, p. 8). Por su parte, Yablo 2002, Hawthorne 2007, Papineau 2009, y Beebe 2011 sostienen, sin llegar a ser revisionistas del quehacer filosófico tradicional, que en buena parte del quehacer filosófico lo a priori tiene un interés teórico limitado.

¹⁶ Para otras lecturas del proyecto desarrollado en Williamson 2007, cfr. Kornblith 2009 y Witmer 2011.

4) dado 3), la distinción entre lo *a priori* y lo *a posteriori* debe sustituirse por la distinción entre conocimiento de sillón [*armchair knowledge*] y conocimiento de no-sillón [*non-armchair knowledge*];¹⁷

5) pero, al igual que la filosofía, las ciencias naturales son susceptibles del conocimiento de sillón;¹⁸

6) dado 5), hay una suerte de “borrón quineano” de la distinción entre la filosofía y las ciencias naturales.

El problema que encuentro con esta interpretación de Boghossian acerca del proyecto de Williamson de ofrecer una concepción de la naturaleza y la metodología propias de la filosofía – una de cuyas partes centrales consiste en cuestionar la significatividad epistemológica de la dicotomía *a priori/a posteriori* – es que no hay, *stricto sensu*, ningún intento de borrón quineano en dicho proyecto.¹⁹ Pues un borrón quineano consiste en *borrar* (eliminar) uno de los dos elementos de una escisión [*cleavage*] por considerar que la escisión *no existe*. *Quinear*, según el *Philosophical Lexicon* de Dennett, significa “[t]o deny resolutely the existence or importance of something real or significant” (Dennett 1987, p. 10), mientras que, siguiendo a Harman, “when Quine denies there is an analytic-synthetic distinction, he does not claim merely that there is no sharp distinction. He means to say that nothing is analytically true. For him the analytic-synthetic distinction does not resemble the red-orange distinction, which is a distinction although a vague one.”²⁰ It resembles rather the

¹⁷ Aunque véase Davies 2003 para la idea de que recurrir a la noción intuitiva del conocimiento disponible desde el sillón puede ser útil para evitar las dificultades propias de las distintas nociones del conocimiento *a priori*.

¹⁸ A favor de esta tesis, Williamson (2007, p. 179) alude a los experimentos mentales a los que recurrieron Galileo y Einstein para mostrar algunas de sus hipótesis. Los casos de Galileo y Einstein no son excepcionales, pues Laplace (1814/2009) y Maxwell (cfr. Knott 1911, pp. 213-215), por ejemplo, también recurrieron a experimentos mentales cruciales para la exposición de algunas de sus hipótesis. Para la idea de que los experimentos mentales son acciones epistémicas que llevamos a cabo para cambiar lo que sabemos acerca del mundo, cfr. De Cruz y De Smedt 2022.

¹⁹ La interpretación de Boghossian no es una interpretación *sui generis* del escepticismo williamsoniano. Giacomo Melis y Crispin Wright han titulado “Oxonian Scepticism about the A priori” y “Williamsonian Scepticism about the A Priori” a sus trabajos críticos del escepticismo williamsoniano, títulos que parecen insinuar un propósito quineano detrás de tal escepticismo.

²⁰ Si la distinción rojo-naranja es vaga, como sostiene Harman, sería una distinción *real* según el epistemicismo desarrollado en Williamson 1994, de acuerdo con el cual la vaguedad es una suerte de ignorancia (se trata, pues, de un fenómeno epistémico, mas no semántico) (Mena 2020). Traigo a colación el epistemicismo de Williamson porque creo que es interesante la cuestión de si podemos ser epistemicistas respecto de la distinción *a priori/a posteriori* tal como la entiende Williamson. Aunque aquí no intentaré

witch-nonwitch distinction, which fails to distinguish anything since there are no witches” (Harman 1967, p. 125).

Pero nada de eso es lo que hace Williamson (y tampoco es su propósito hacerlo) con la “escisión” entre la filosofía y las ciencias naturales ni con la “escisión” entre el conocimiento a priori (tradicionalmente ligado con la metodología propia de la filosofía) y el conocimiento a posteriori (tradicionalmente ligado con la metodología propia de las ciencias naturales), pues Williamson en ningún momento rechaza que la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori exista, sino que sea epistemológicamente significativa.²¹

En donde sí tiene lugar un borrón explícitamente quineano respecto de la escisión entre lo a priori y lo a posteriori es en Devitt (2005), quien señala que, ya que no tenemos una respuesta satisfactoria a la pregunta de cuál sería la naturaleza de un método no empírico de justificación (i. e., qué es que una creencia esté justificada apriorísticamente), tenemos una razón abductiva a favor de que todo el conocimiento es empírico. Este “borrón de Devitt” es quineano en un doble sentido: primero, en su desenlace de que *no hay* conocimiento/justificación a priori; segundo, en que, para llegar a este desenlace, emplea estrategias típicamente quineanas, ya sea para argumentar a favor de que toda justificación de nuestras creencias es holística o para argumentar a favor de que, debido a que nuestro conocimiento de las proposiciones de la lógica y de las matemáticas está justificado empíricamente de una manera holística indirecta, “each of these propositions is in principle revisable in the face of experience: taking a stand on other such propositions, and much else besides, we might contemplate dropping the proposition. Given this naturalistic alternative,

responder esta pregunta (que quizá desarrolle en otra ocasión), *prima facie* parece que si la distinción a priori/a posteriori fuese un fenómeno de vaguedad, y si el epistemicismo es verdadero, sería imposible que sepamos dónde está el corte del predicado “a priori” en una oración como “*x* es un conocimiento a priori”, cuyo significado tendría un valor de verdad definido (bajo lógica bivalente).

²¹ Surge la cuestión de si Williamson podría estar abogando por una suerte de naturalismo y si, de estarlo haciendo, qué tipo de naturalismo se trata, pues en una de sus formas el naturalismo sostiene que los *problemas* (mas no los *métodos*) de la filosofía y de la ciencia no difieren en su naturaleza (cfr. Duica 2014, esp. el cap. 4), mientras que en otra de sus formas – el naturalismo metodológico – sostiene que los métodos de la filosofía y de la ciencia no han de diferir en su naturaleza. Me inclino a creer que, si acaso, estaría abogando por una suerte del segundo tipo. Si tuviésemos que elegir un diagnóstico más o menos análogo al de Williamson respecto de los métodos filosófico y científico, el de C. S. Peirce sería un buen candidato, con la importante diferencia de que, para el filósofo estadounidense, no es que la filosofía y la ciencia compartan metodologías relevantemente similares, sino que *deberían* compartirlas (cfr. McNabb 2018, esp. el cap. 1).

we have no need to turn to an a priori explanation of our knowledge of mathematics, logic, and the like” (Devitt 2005, p. 107).²²

Iremos viendo que proyectos como el de Devitt “to remove the motivation for thinking that there must be [a priori knowledge]” (Devitt 2005, p. 111) tienen muy poco en común con el proyecto escéptico de Williamson, tanto en su desenlace como en sus métodos.²³

A diferencia de Boghossian, creo que Casullo ofrece una caracterización más acertada del proyecto escéptico de Williamson respecto de la significatividad epistemológica de la distinción entre el conocimiento a priori y el a posteriori. Casullo (por aparecer, p. 1) resume dicho proyecto como sigue:

- 1) la investigación filosófica suele interesarse por lo metafísicamente necesario y lo metafísicamente contingente (la misma primera premisa que en Boghossian 2011);
- 2) el conocimiento de verdades necesarias es reducible al conocimiento contrafáctico;
- 3) en el conocimiento contrafáctico, la experiencia puede desempeñar un papel que no es puramente habilitador ni estrictamente evidencial;
- 4) es inútil clasificar al conocimiento contrafáctico resultante como a priori o a posteriori;
- 5) la distinción entre el conocimiento a priori y el a posteriori no es útil para propósitos de un análisis teórico profundo.

²² La definición epsilon-delta de Weierstrass de “la derivada de una función” no parece estar sujeta a ninguna revisión, por lo que es analíticamente verdadera en el sentido “dogmático” del empirismo y parece constituir un contraejemplo al célebre dictum quineano de que “ningún enunciado es inmune a la revisión”. Me parece que este ejemplo tiene consecuencias funestas para un naturalismo anti-apriorista como el de Devitt.

²³ Podemos encontrar un ejemplo concreto acerca de estas diferencias entre nuestros dos filósofos en la manera en la que cada uno considera nuestras experiencias interna y externa en su relación con lo a priori y lo a posteriori, pues mientras Devitt (2005, p. 113) sostiene que en las relaciones inferenciales entre nuestros pensamientos no hay procesos de justificación no empíricos para llegar a la conclusión de que no hay conocimiento a priori, Williamson (2020a) emplea argumentos muy distintos – que expondré en el capítulo V – para llegar a la conclusión de que la asociación tradicional entre la experiencia “externa” y el papel evidencial de la misma en casos de conocimiento a posteriori, por un lado, y entre la experiencia “interna” y el papel habilitador de la misma en casos de conocimiento a priori, por el otro, es una asociación equivocada.

Como se verá en varios lugares de esta tesis, esta síntesis de Casullo identifica correctamente – al menos *vis-à-vis* Boghossian – no sólo los motivos williamsonianos a favor de su escepticismo, sino también la importancia de éste en el proyecto williamsoniano de ofrecer una concepción acerca de la naturaleza y la metodología propias de la filosofía, i. e., *la filosofía de la filosofía*.

1.2. Melis y Wright sobre las conclusiones del proyecto escéptico de Williamson

Según Melis y Wright (por aparecer), si concedemos que Williamson ha mostrado que la dicotomía evidencial/habilitador no corresponde con la dicotomía a posteriori/a priori, de ello surge una complicación (i. e., una división *tripartita*), pero no un rechazo de la división entre lo a posteriori y lo a priori (Melis y Wright (por aparecer), pp. 7-8). Así, según Melis y Wright, *si el escepticismo de Williamson está en la línea correcta*, surgen tres tipos de proposiciones:

- i) proposiciones que pueden conocerse sólo mediante procesos en los que la experiencia desempeña un papel estrictamente evidencial (proposiciones empíricas ordinarias);
- ii) proposiciones que pueden conocerse mediante métodos en los que la experiencia es meramente habilitadora (proposiciones analíticas *a priori*);
- iii) proposiciones en las que la experiencia desempeña un papel intermedio (llamémoslas: proposiciones williamsonianas).

Un problema que encuentro con esta división tripartita es que, si entendemos la dicotomía a priori/a posteriori de manera extensional, no veo cómo podría existir tal división tripartita.²⁴ Pues si, en efecto, son las proposiciones williamsonianas las que en realidad dan cuenta del

²⁴ En cambio, si entendemos la dicotomía a priori/a posteriori de manera intensional, i. e., como dos funciones que arrojan dos conjuntos de proposiciones, una posible lectura del escepticismo williamsoniano podría ser que la distinción tradicional entre el papel habilitador y el papel evidencial de la experiencia no permite generar funciones que determinen conjuntos de proposiciones que incluyan todos los casos que, pre-teóricamente, consideramos como a priori o a posteriori. En este entendimiento intensional de la dicotomía, podría haber una tercera función que generara un tercer conjunto de proposiciones, i. e., las que llamo proposiciones williamsonianas.

papel de nuestra experiencia en conocimientos que según la concepción tradicional son claramente “a posteriori” y claramente “a priori”,²⁵ parece que las proposiciones del tipo i y ii ya no se mantienen en pie. Por otro lado, si son las proposiciones empíricas ordinarias y las proposiciones analíticas a priori las que en realidad dan cuenta del papel de nuestra experiencia en conocimientos que según la concepción tradicional son claramente “a posteriori” y claramente “a priori”, entonces las proposiciones del tipo i y ii se mantienen en pie. Brevemente: si Williamson está en lo cierto, las proposiciones del tipo iii parecen suplantar a las del tipo i y ii, no complementarlas.

Ahora bien, si Williamson está equivocado (i. e., no hay proposiciones williamsonianas), parece que de ello no resulta nada interesante: simplemente resultaría que, al final de cuentas, la dicotomía evidencial/habilitador corresponde con la dicotomía a posteriori/a priori, tal como predice la concepción tradicional. Pero, si está en lo cierto (i. e., sí hay proposiciones williamsonianas), ¿cómo pueden mantenerse en pie casos claros de conocimiento a priori y de conocimiento a posteriori, casos presupuestos a lo largo de todo el proyecto escéptico de Williamson?

Esto muestra que la dificultad no es exclusiva de la división tripartita de Melis y Wright, puesto que, ya que Williamson no niega que haya casos claros de conocimiento a priori ni de conocimiento a posteriori, ¿qué quedaría de cada uno de estos casos si realmente hay proposiciones williamsonianas, i. e., si, *en cada uno*, el papel de la experiencia es más que puramente habilitador, pero menos que estrictamente evidencial?

Creo que la respuesta correcta no puede ser que ya no habría proposiciones que, pre-teóricamente, parezcan conocerse mediante métodos en los que la experiencia es meramente habilitadora ni proposiciones que, pre-teóricamente, parezcan conocerse sólo mediante procesos en los que la experiencia desempeña un papel estrictamente evidencial, pues ello contravendría el supuesto williamsoniano según el cual hay *claros* casos de conocimiento a priori y a posteriori según la concepción tradicional. Pero creo que la respuesta tampoco puede estar en la división tripartita que sugieren Melis y Wright, porque en tal propuesta conciliatoria las proposiciones williamsonianas no tienen prioridad

²⁵ Esto es, si Williamson ha conseguido mostrar que la dicotomía evidencial/habilitador no corresponde con la dicotomía a posteriori/a priori.

explicativa sobre las proposiciones empíricas ordinarias y las proposiciones analíticas *a priori*.

La respuesta correcta, me parece, está en que, si bien hay casos de conocimiento en los que la experiencia parece ser meramente habilitadora y casos de conocimiento en los que la experiencia parece desempeñar un papel estrictamente evidencial, en dichos casos no se capturan los patrones epistémicos significativos de la experiencia en nuestros procesos cognitivos, algo que, post-teóricamente, sí capturan las proposiciones williamsonianas.

Es claro que esta opción que propongo es aceptable syss las dudas de Williamson hacia la significatividad epistemológica de la distinción entre los conocimientos a priori/a posteriori son generalizables a *cualquier* caso de “claro” conocimiento a priori o a posteriori. Pero, como veremos más adelante, sus dudas son pertinentes no sólo para casos triviales o mundanos de “claro” conocimiento a priori o a posteriori, sino también para casos significativos y científicos de “claro” conocimiento a priori o a posteriori.

Por otro lado, hay una razón – independiente de la anterior – por la que es un error sostener que aquellas proposiciones en las que la experiencia desempeña un papel intermedio son las proposiciones que siempre busca obtener Williamson al cuestionar el papel que, según la tradición, desempeña nuestra experiencia en los conocimientos a priori y a posteriori. (Creo que Boghossian cae en este error cuando objeta a Williamson que su crítica a la distinción entre lo a priori/a posteriori “relied on the claim that some roles for experience in knowledge or justification are neither epistemic nor enabling” (Williamson 2020b, p. 157).) El error estriba en que Williamson no sostiene que la alternativa al papel que según la concepción tradicional desempeña nuestra experiencia en los conocimientos a priori/a posteriori sea, *siempre*, “any intermediate space between ‘evidential’ and ‘enabling’ roles for experience” (Williamson 2020b, p. 157).

Veremos que hay casos en los que Williamson, a fin de cuestionar la significatividad epistemológica de la distinción a priori/a posteriori, señala que el papel de nuestra experiencia es menos que estrictamente evidencial y más que puramente habilitador. Si bien este papel “intermedio” de la experiencia es importante para los propósitos escépticos de Williamson (y, como sostendré más adelante, la identificación de

este papel hace que su escepticismo no tenga un carácter meramente negativo), en V.4 expondré un caso de conocimiento a posteriori en el que, de acuerdo con Williamson, el papel de la experiencia es menos que estrictamente evidencial y a la vez habilitador, *simpliciter*, por lo que, por definición, no puede ser *más que* puramente habilitador.

Capítulo II

Lo a priori y lo a posteriori en nuestro conocimiento de la modalidad metafísica

En este capítulo haré varias cosas. En II.1 y II.3 expondré la relevancia que, para la distinción entre lo a priori y lo a posteriori, tiene el descubrimiento kripkeano de que las diferencias metafísicas no implican diferencias epistemológicas. Simultáneamente expondré cómo, dada la concepción williamsoniana de nuestro conocimiento de la modalidad metafísica, hay procesos cognitivos que subyacen en conocimientos “claramente” a priori y en conocimientos “claramente” a posteriori que parecen ser relevantemente similares como para hacer que la distinción a priori/a posteriori sea epistemológicamente superficial. Dedicaré el apartado II.2 a exponer una objeción a lo desarrollado en II.1, mientras que concluiré II.3 considerando una objeción a la epistemología williamsoniana de los contrafácticos, epistemología que desempeña un papel crucial en su epistemología modal. En II.4 discutiré brevemente una posible salida del defensor de la significatividad epistémica de la distinción a priori/a posteriori ante el escepticismo de Williamson. En II.5 y II.6 discutiré dos maneras de abordar su escepticismo que no ponen particular atención en la epistemología williamsoniana de los contrafácticos. Concluiré este capítulo (apartado II.7) con algunas especulaciones sobre la relación entre lo expuesto en II.1-II.6 y el proyecto anti-excepcionalista de Williamson.

II.1. Las diferencias metafísicas no implican diferencias epistemológicas

La discusión relativa al conocimiento de la modalidad metafísica es relevante para nuestra discusión porque, para Williamson, las diferencias metafísicas no implican diferencias epistemológicas. En otras palabras, que algo sea necesariamente verdadero no implica que lo sepamos a priori (ni siquiera, que sea cognoscible a priori), mientras que algo sea

contingentemente verdadero no implica que sólo pueda saberse a posteriori.²⁶ Para la postura pre-kripkeana, en cambio, las diferencias metafísicas sí implican diferencias epistemológicas, en el sentido de que si algo es necesariamente verdadero, ello implica que lo sepamos a priori, mientras que si algo es contingentemente verdadero, ello implica que lo sepamos a posteriori.²⁷

Al recurrir a los papeles que, según la concepción tradicional, desempeña la experiencia en nuestros conocimientos a priori y a posteriori, para la postura pre-kripkeana el papel de la experiencia en nuestro conocimiento de lo necesariamente verdadero sería, a lo mucho, *habilitador*, mientras que el papel de la experiencia en nuestro conocimiento de lo contingentemente verdadero sería, estrictamente, *evidencial*. Williamson está interesado en mostrar que, en ambos casos (el de lo necesariamente verdadero y el de lo contingentemente verdadero), el papel de la experiencia es más que puramente habilitador, pero menos que estrictamente evidencial y que, en ambos casos, los procesos cognitivos que subyacen en un conocimiento “claramente” a priori (necesariamente verdadero, según la concepción pre-kripkeana) y en un conocimiento “claramente” a posteriori (contingentemente verdadero, según la concepción pre-kripkeana) son relevantemente similares.

A fin de mostrar que hay casos relativos a nuestro conocimiento de la modalidad metafísica en los que el papel de la experiencia es más que puramente habilitador, pero menos que estrictamente evidencial, Williamson (2007, p. 168) propone considerar un caso de (supuesto) conocimiento a priori de una verdad necesaria:

VN: Es necesario que quien sepa algo lo crea.²⁸

²⁶ El *locus classicus* al respecto es Kripke 2005.

²⁷ Asumiendo que las proposiciones matemáticas verdaderas son necesariamente verdaderas, para Kripke (2005, esp. p. 156 y ss.) uno *puede* conocer a priori una verdad matemática, pero no *tiene* que conocer a priori una verdad matemática (por lo tanto, puede haber verdades necesarias conocidas a posteriori). En Ayer 1981 hay un intento de salvar – sin mucho éxito, en mi opinión – el carácter apriorístico de las proposiciones matemáticas de este tipo de argumentos al insistir en que debemos distinguir entre una proposición matemática *como tal* de las proposiciones empíricas relativas al comportamiento de quienes se ocupan de las matemáticas o se interesan en ellas.

²⁸ Los filósofos que niegan VN (o alguna versión relevantemente similar) son una minoría en la literatura epistemológica. En el sexto capítulo de su clásico Shope 1983, Robert Shope discute las tesis de algunos de estos filósofos minoritarios que niegan que la creencia sea una condición necesaria para el conocimiento, ya sea apelando a una diferencia lingüística entre los términos “saber” y “creer” o a la idea de que, en ocasiones,

Williamson concede que las experiencias en nuestro aprendizaje “to distinguish in practice between belief and non-belief and between knowledge and ignorance play no strictly evidential role in our knowledge [de VN]” (2007, p. 168). Pero el papel de las experiencias en nuestro aprendizaje (práctico) sí puede desempeñar un papel más que puramente habilitador si, por ejemplo, alguien lingüísticamente competente negase VN. Si alguien comprendiera plenamente las palabras “creer” y “saber” y, no obstante, negara VN, entonces

Why should not subtle differences between two courses of experience, each of which sufficed for coming to understand “know” and “believe,” make for differences in how test cases are processed, just large enough to tip honest judgments in opposite directions [i. e., en aceptar o negar VN]? (Williamson 2007, p. 168).

La idea es que las diferencias entre alguien que acepte VN y alguien que la niegue son diferencias en la *habilidad* con la que se aplican los conceptos de “creer” y “saber”, y tales diferencias dependen de sus respectivas experiencias pasadas. Si todo esto es así, pareceríamos tener un caso de conocimiento de una verdad necesaria en el que la experiencia ha desempeñado un papel *más* que puramente habilitador.

Consideremos ahora

C: Es contingente que quien sepa algo lo crea.

y supongamos que C es, ella misma, una verdad necesaria (porque, en esta suposición, es necesariamente verdadero que el conocimiento no depende de capacidades relacionadas con

es posible atribuir conocimiento a un sujeto aludiendo a capacidades cognitivas no directamente relacionadas con la creencia. En otras ocasiones se argumenta en contra de VN aludiendo a sujetos doxásticamente inseguros, i. e., a sujetos que saben algo pero que, por inseguridad, no lo creen (p. ej., una persona que, por haberla memorizado, *sabe* la respuesta a la pregunta de un examen pero que, por nerviosismo o por dudar fuertemente de su memoria, *cree* no saberla). Los casos que tienen la forma de una paradoja mooreana – aserciones del tipo “*p* y no creo que *p*” o “*p* y creo que no-*p*” – no suelen explicarse por alguna suerte de inseguridad doxástica, y su correcta caracterización depende, entre otras cosas, de su relación con la verdad (Kripke 2013), de la relación que exista entre un acto de aseveración y su contenido como la expresión de una proposición (Stalnaker 1999, p. 78), y de si, aunque sea semánticamente posible, es pragmáticamente posible que un uso de “*p*, pero no creo que *p*” sea verdadero (Crimmins y Perry 2000). En Goldstick 2009 hay una defensa de las verdades (sintéticas) *a priori* que descansa en la idea de que un enunciado *p* implicará cualquier enunciado *q* “whose logical contradictory is impossible to assert without contradiction in conjunction with *p*” (Goldstick 2009, p. 23). Para esta concepción de implicación, alguien que diga, p. ej., “no-*p*, pero creo que *p*”, se está contradiciendo, pues lo que está *diciendo* implica que *p*. En Unger 1975 y Williamson 2000 (cap. 9) se encuentran otras defensas – con propósitos dialécticos distintos a los de Goldstick – de la norma de aserción según la cual un hablante no debería afirmar *p* a menos que sepa que *p*.

las creencias, o porque es necesariamente verdadero que la condición de creencia es innecesaria para explicar el conocimiento, etc.). Si C es necesariamente verdadera, todo el relato de Williamson respecto de un caso de conocimiento de una verdad necesaria en el que la experiencia ha desempeñado un papel *más* que puramente habilitador sería exactamente igual, sólo que esta vez respecto de quien acepta C, y no respecto de quien acepta VN.

La relevancia del ejemplo C, pues, radica en si podría constituir otro caso de conocimiento de una verdad necesaria en el que la experiencia ha desempeñado un papel *más* que puramente habilitador. Ya que, *prima facie*, tanto en quien acepta C (niega VN) como en quien acepta VN (niega C) fueron diferencias (por más sutiles que sean) entre sus dos cursos de experiencia las que inclinaron sus juicios a favor de C (en contra de VN) y en contra de C (a favor de VN), parecería que C es otro ejemplo en el que la experiencia de quien acepta una verdad necesaria podría haber desempeñado un papel más que puramente habilitador.

II.2. Una objeción al relato de Williamson

Concedamos que, en efecto, VN es una verdad necesaria (i. e., es necesariamente verdadero que saber implica creer), y consideremos un

SUPUESTO VEROSÍMIL: La aplicación (in)correcta/(in)hábil de un concepto *c* suele ser un buen indicio de la comprensión (in)correcta/(in)hábil de *c*.²⁹

Recordemos que, para Williamson, un sujeto puede saber VN si el papel de su experiencia fue más que puramente habilitador y menos que estrictamente evidencial. En otras palabras, un sujeto (S_1) puede saber VN si su curso de experiencia (curso que puede incluir, por ejemplo, experiencias olvidadas) fue suficiente para que llegase a *comprender* “saber” y “creer”. En este supuesto, el conocimiento que tiene S_1 de VN no parece ser a priori, porque no parece ser el caso que, para saber VN, S_1 haya necesitado de su experiencia *solamente* para adquirir los conceptos de “saber” y “creer”.

²⁹ O de manera más fuerte: la aplicación (in)correcta de un concepto fija una interpretación (in)correcta del mismo (cfr. Putnam 2006 y Clark 2004, cap. 2).

Tal como Williamson construye el ejemplo de VN, hay al menos otro sujeto, S_2 , cuyo curso de experiencia fue igualmente suficiente para que llegase a comprender “saber” y “creer” y que, no obstante, inclina su juicio [tips his judgment] en la dirección opuesta, i. e., en negar VN. En el ejemplo de Williamson, S_2 puede ser un epistemólogo profesional, alguien a quien difícilmente podría acusársele de no comprender las palabras “saber” y “creer” (Williamson 2007, p. 168). Así pues, las diferencias en las habilidades de S_1 y S_2 con las que aplican “saber” y “creer” parecen depender, *constitutivamente*, de sus respectivas experiencias pasadas, “for the skillfulness of a performance depends constitutively on its causal origins” (Williamson 2007, p. 168).

Ahora bien, si es necesariamente verdadero que saber implica creer, S_2 está negando una proposición necesariamente verdadera. Pero, dado SUPUESTO VEROSÍMIL, parece implausible que alguien que niegue una proposición necesariamente verdadera esté aplicando o empleando de manera correcta/hábil los conceptos de dicha proposición necesariamente verdadera. Parecería, pues, que S_2 no ha captado suficientemente bien los conceptos de “saber” y “creer”.

Lo que parece estar teniendo lugar aquí es que, si bien el curso de experiencia de S_2 podría haber sido suficiente para que llegase a comprender las *palabras* “saber” y “creer”, de ello no se sigue que S_2 comprenda los *conceptos* “saber” y “creer”.³⁰ Ante esto, es posible que en la *habilidad* con la que S_1 y S_2 aplican los conceptos de “saber” y “creer” haya una diferencia que no depende de sus respectivos cursos de experiencias pasadas, sino de su experiencia *solamente* para haber adquirido los conceptos de “saber” y “creer”. Si esto es así, podría ser que el conocimiento que tiene S_1 de VN sea, al final de cuentas, un conocimiento a priori.

II.3. Nuestros procesos cognitivos en el conocimiento modal

Ahora es momento de ver cómo, de acuerdo con Williamson, en nuestro conocimiento de la modalidad metafísica hay procesos cognitivos que subyacen en conocimientos

³⁰ Cfr. Makin 2023 para evidencia que sugiere que las personas pueden diferir ampliamente en su comprensión de conceptos simples.

“claramente” a priori y en conocimientos “claramente” a posteriori que, no obstante, son relevantemente similares como para hacer que la distinción a priori/a posteriori sea epistemológicamente superficial.

Para esto consideremos dos juicios contrafácticos, uno necesario (JCN) y otro contingente (JCC):

JCN: Si dos marcas hubiesen estado separadas nueve pulgadas, habrían estado separadas por lo menos diecinueve centímetros (Williamson 2007, p. 166).

JCC: Si dos marcas hubiesen estado separadas nueve pulgadas, habrían estado más separadas que las patas delanteras y traseras de una hormiga (Williamson 2007, p. 167).

Nuevamente, la concepción pre-kripkeana dictaría que, ya que JCN es un juicio necesario, entonces ha de ser conocido a priori, mientras que, ya que JCC es un juicio contingente, entonces ha de ser conocido a posteriori. Respecto de estos ejemplos, Williamson (2007, pp. 166-168) también desea mostrar cómo, en ellos, no se cumple el dictum según el cual, en nuestro(s) conocimiento(s) a priori, la experiencia desempeña, a lo mucho, un papel habilitador, mientras que en nuestro(s) conocimiento(s) a posteriori desempeña, estrictamente, un papel evidencial. Expondré esta estrategia para JCN y JCC, así como la estrategia de Williamson que consiste en señalar cómo, en estos dos juicios, los procesos cognitivos que subyacen en el conocimiento a priori de JCN y en el conocimiento a posteriori de JCC son relevantemente similares como para que la distinción entre ambos tipos de conocimiento sea superficial.

Hay una diferencia importante entre las proposiciones VN y C que consideramos arriba y los juicios JCN y JCC que ahora estamos considerando:³¹ estos últimos son juicios contrafácticos. Los juicios contrafácticos desempeñan un papel fundamental en la epistemología williamsoniana y, de manera prominente, en su concepción de lo que ha de ser la investigación filosófica, uno de cuyos intereses principales es, como ya vimos en el

³¹ Más allá de que un juicio no es lo mismo que una proposición. Para mis propósitos, esta diferencia no es relevante.

capítulo I, lo metafísicamente necesario y lo metafísicamente contingente:³² “the ordinary cognitive capacity to handle counterfactual conditionals carries with it the cognitive capacity to handle metaphysical modality” (Williamson 2007, p. 136). La relevancia de todo esto para nuestros propósitos está en que, para Williamson, es inútil describir, en términos de lo a priori y lo a posteriori, nuestra capacidad cognitiva ordinaria para manejar condicionales contrafácticos.

Si Williamson consiguiera mostrar que, efectivamente, nuestra capacidad cognitiva para manejar condicionales contrafácticos conlleva nuestra capacidad para manejar modalidades metafísicas, y que para nuestra capacidad cognitiva para manejar condicionales contrafácticos resulta irrelevante (inútil) si ésta es a priori o a posteriori, entonces habrá mostrado que, para nuestro conocimiento de la modalidad metafísica, la distinción a priori/a posteriori es epistemológicamente superficial. Así pues, Williamson intentará mostrar, recurriendo a los papeles habilitador y evidencial de nuestra experiencia, cómo los procesos cognitivos que subyacen en el “conocimiento a priori” del juicio contrafáctico JCN y en el “conocimiento a posteriori” del juicio contrafáctico JCC son relevantemente similares como para que la distinción entre ambos tipos de conocimiento sea superficial.

Respecto de JCN (y juicios contrafácticos relevantemente similares), Williamson concede que la experiencia sensorial no desempeña ningún papel *evidencial directo* en la conformación del juicio según el cual “si dos marcas hubiesen estado separadas nueve pulgadas, habrían estado separadas por lo menos diecinueve centímetros”.³³

Pero del hecho de que la experiencia sensorial no desempeñe ningún papel evidencial en JCN no se sigue que el papel causal de tal experiencia sensorial sea meramente habilitador para la *captación* de los conceptos contenidos en JCN (Williamson

³² Así como para Williamson los contrafácticos desempeñan un papel fundamental en nuestro conocimiento de las modalidades metafísicas y en los experimentos mentales (como los casos Gettier), la imaginación desempeña un papel fundamental en nuestro conocimiento de los contrafácticos. Tendré mucho más que decir acerca del importante papel epistémico que, según Williamson, tiene la imaginación en nuestro conocimiento. Para algunas críticas a la tesis de Williamson (2005; 2007) de que cuando recurrimos a experimentos mentales estamos infiriendo vía un razonamiento contrafáctico, cfr. Ichikawa 2009 e Ichikawa y Jarvis 2009.

³³ Entre otras cosas, por algunos obstáculos técnicos – identificados y detallados en Williamson 2007, pp. 141-155 – relativos a asimilar algunos patrones en nuestros juicios contrafácticos con el uso de premisas generales.

2007, p. 166), pues la justificación de un sujeto S para creer que JCN depende de su habilidad para hacer juicios que involucran los conceptos de *pulgada* y de *centímetro*. Lo que parece estar teniendo lugar aquí es que, no obstante que no desempeña un papel directamente evidencial, la experiencia de S perfecciona su fiabilidad para hacer juicios que involucran los conceptos de pulgada y de centímetro, y este perfeccionamiento de la fiabilidad es un patrón epistémico significativo que no es puramente habilitador ni estrictamente evidencial.

En otras palabras, el problema de sugerir que la experiencia sensorial de S desempeña un papel meramente (puramente) habilitador en su juicio de que JCN es que “too much will count as *a priori*” (Williamson 2007, p. 167), i. e., tendríamos que descartar – sin ninguna razón epistémicamente significativa para hacerlo – las experiencias olvidadas de S al momento de moldear su juicio de que JCN, lo que equivaldría a decir que las experiencias olvidadas de S no desempeñan *ningún* papel en la explicación del conocimiento de S de que JCN. Así pues, en el juicio de S respecto de JCN, la experiencia sensorial de S no desempeña ningún papel estrictamente evidencial (conclusión concordante con la concepción tradicional acerca de lo a priori), pero tampoco puramente habilitador (conclusión discordante con la concepción tradicional acerca de lo a priori).

Mutatis mutandis, el diagnóstico williamsoniano respecto de la experiencia sensorial de S acerca de JCC (i. e., “si dos marcas hubiesen estado separadas nueve pulgadas, habrían estado más separadas que las patas delanteras y traseras de una hormiga”) es el mismo que el de la experiencia sensorial de S acerca de JCN, pues para que S sepa que JCC su experiencia sensorial no necesita desempeñar un papel directamente evidencial, en el sentido de que tenga que recordar al menos una ocasión en la que percibió una hormiga o de que alguien le haya dicho algo sobre el tamaño de las hormigas, etc. Para que S sepa que JCC es suficiente su habilidad “to imagine accurately what an ant would look like next to two marks nine inches apart” (Williamson 2007, p. 167).

Es este diagnóstico sobre el papel de la experiencia sensorial de S acerca de JCN y de JCC el que lleva a Williamson a concluir que el modo como sabemos JCN puede resultar muy similar al modo como sabemos JCC, y que nuestros procesos cognitivos en los que el papel de nuestra experiencia es más que puramente habilitador, pero menos que

estrictamente evidencial, y que subyacen tanto al conocimiento “a priori” de JCN como al conocimiento “a posteriori” de JCC, son relevantemente similares como para que la distinción entre ambos tipos de conocimiento sea superficial.

Acabamos de ver que, en el caso de JCN, la experiencia de S no desempeña un papel directamente evidencial en el conocimiento de S de que JCN, pero sí perfecciona su fiabilidad para hacer juicios conducentes al conocimiento de que JCN. Boghossian ha manifestado algunas dudas acerca de estas estrategias williamsonianas aparentemente proto-fiabilistas, dudas basadas en que un criterio fiabilista no es, *ipso facto*, un criterio para conocer, y en que la epistemología (proto-fiabilista) de los contrafácticos de Williamson no responde al problema de *cotenability* planteado en Goodman 2004, i. e., al problema de si al imaginar que el antecedente de JCN (o de JCC, pues se trata del mismo antecedente) es verdadero, queda claro “which bits of our background knowledge are we allowed to retain and which bits do we need to discard” (Boghossian 2020b, p. 80). Williamson (2020b, pp. 156-167) responde a la primera objeción de Boghossian al escribir que, si bien él “did specify that the thinker’s skill at the relevant cognitive tasks made their judgments reliable; it would be strange to treat such reliability as simply irrelevant to knowledge” (2020b, p. 161), de ello no se sigue que esté abogando por “a brutally reliabilist conception of knowledge and justification” (2020b, p. 161).³⁴ ¿Qué hay de que la epistemología de los contrafácticos de Williamson no parece dar cuenta del problema de *cotenability*?³⁵

Para esto recordemos qué sucede, de acuerdo con Williamson, en JCN: la experiencia *evidencial directa* de un sujeto S no desempeña ningún papel en la creencia justificada de S de que JCN, porque tal experiencia evidencial directa puede hacer que S

³⁴ Las dudas de Boghossian al fiabilismo limitan el catálogo de sus objeciones al escepticismo de Williamson, pues en su defensa de la significatividad epistémica del conocimiento a priori no puede explotar propuestas fiabilistas en las que la justificación a priori puede dar cuenta de una creencia apriorísticamente justificada (Plantinga 1993) ni, mucho menos, propuestas que sugieren definir al conocimiento a priori en términos fiabilistas y externistas (Britton 1997).

³⁵ El problema de la cotenabilidad, i. e., el problema de si siempre podemos distinguir los hechos en los que podemos confiar de aquellos hechos en los que no podemos confiar cuando hacemos una suposición contrafáctica, es un problema importante y técnico en Goodman 2004, pues su definición de cotenabilidad, según la cual un hecho H es cotenable con la asunción A de un antecedente *syss* no es el caso que si A hubiera sido verdadera, H no habría sido verdadera, *prima facie* es una definición circular, pues para dar cuenta de los contrafácticos se necesita de la cotenabilidad, mientras que para definir la cotenabilidad se necesita de los contrafácticos.

comprenda JCN, pero de ello no se sigue que sus juicios acerca de las distancias sean lo suficientemente fiables como para que S esté justificado en creer que JCN. Pero la experiencia de S (sus experiencias olvidadas, por ejemplo) sí puede desempeñar un papel en su creencia justificada de que JCN, v. gr., puede perfeccionar su fiabilidad para hacer juicios que involucran los conceptos de pulgada y de centímetro, y entonces podría ser la fiabilidad de S la que explica su creencia justificada de que JCN.

Asumiendo estos supuestos, *which bits of our background knowledge are we allowed to retain and which bits do we need to discard?* (Boghossian 2020b, p. 80) Parecería que, a fin de que el relato de JCN dé cuenta del problema de *cotenability*, habría de retenerse aquel conocimiento de S (de que JCN) en el que su experiencia perfecciona su fiabilidad y habría de desecharse aquel conocimiento de S (de que JCN) en el que su experiencia desempeña un papel estrictamente evidencial. Pero, si la fiabilidad de S es lo que explica su conocimiento de que JCN, y si, como sostiene Boghossian, un criterio fiabilista para el conocimiento es un criterio controversial e inverosímil, ¿no está bien motivada su objeción a la epistemología de los contrafácticos de Williamson para intentar debilitar su escepticismo?

Mi respuesta es que *no*, pues *incluso* si un criterio fiabilista para el conocimiento es controversial e inverosímil, el escepticismo williamsoniano de ninguna manera descansa en *a brutally reliabilist conception of knowledge and justification*. Ejemplos como JCN pueden dar esa impresión por las razones expuestas en las líneas anteriores, pero en el capítulo IV veremos a detalle dos ejemplos de Williamson en los que, si bien la fiabilidad de los sujetos desempeña un papel importante en su conocimiento relevantemente similar de una proposición a priori y de una proposición a posteriori, dicho conocimiento y la justificación del mismo de ninguna manera descansan en una concepción decidida o bruta fiabilista.

II.4. ¿Hay verdades contingentes conocidas apriorísticamente?

Abordar el escepticismo williamsoniano *vía* cuestionar su epistemología de los contrafácticos no es, desde luego, la única manera de abordarlo (ni tampoco es la única

manera a la que recurre Boghossian). En el apartado II.5 expondré una manera de abordarlo que da por cierto el papel que, de acuerdo con Williamson, desempeñan los juicios contrafácticos en nuestro conocimiento modal, mientras que en el apartado II.6 expondré otra manera de abordarlo en la que dicho papel es virtualmente irrelevante.

Antes, me gustaría decir muy brevemente algo acerca de otra manera de abordar el escepticismo williamsoniano, que consiste en explorar la opción de que un enunciado sea *a priori* por estipulación.³⁶ Así, podríamos decir que es *a priori* que “la barra *B* tiene un metro de largo en [el tiempo] t_0 ” porque así se ha estipulado. Llamemos APE (A Priori por Estipulación) a este enunciado. APE es contingentemente verdadero porque, sometida a tensiones, calentamientos, etc., *B* habría tenido una longitud distinta de un metro incluso en t_0 .³⁷ Uno podría creer que el estatus modal de APE no supone ningún problema para el defensor de la significatividad de la dicotomía *a priori/a posteriori*, quien podría decir que, en tanto su estatus epistémico sea apriorístico, el estatus modal de las verdades *a priori* es irrelevante. Pero esta afirmación del defensor de la significatividad perdería mucha de su verosimilitud si resultaran válidas las dudas de Stalnaker 2022 a la idea de que las verdades contingentes puedan realmente *conocerse* apriorísticamente, i. e., a que podamos clasificar apropiadamente como *conocimiento a priori* al conocimiento de quienes, vía estipulación, fijan la referencia de una palabra o de un nombre.

II.5. Lo necesario como aquello cuya negación implica contrafácticamente una contradicción

Demos por cierto que “[t]he necessary is that whose negation counterfactually implies a contradiction” (Williamson 2007, p. 157),³⁸ de tal suerte que si, e. g., *p* es una proposición verdadera de las matemáticas puras, $\sim p$ implica contrafácticamente una contradicción.³⁹ ¿Qué hay del carácter apriorístico/no apriorístico de *p*? De acuerdo con Williamson, y

³⁶ Friedman 2007 ofrece un recuento histórico de esta postura.

³⁷ Kripke 2005, pp. 58-59. Cfr. también Evans 1996 y Papineau 2012, pp. 60-61.

³⁸ Aquí, Williamson sigue de cerca a Stalnaker 1968 y a Lewis 1973, aunque con algunos matices (cfr. Williamson 2007, pp. 158-159).

³⁹ Aunque es una práctica común recurrir a las proposiciones de las matemáticas *puras* para dar cuenta del carácter necesariamente verdadero de las proposiciones matemáticas, Maddy 1997, Maddy 2013, Pólya 2014, Resnik 1997, Sober y Hylton 2000, y Tappenden 2001 han desarrollado objeciones de varios tipos a que la dicotomía matemáticas puras/matemáticas aplicadas sea una dicotomía significativa e históricamente bien motivada.

recurriendo a los criterios de la concepción tradicional, nada epistémicamente significativo, pues

past experience of spatial⁴⁰ and temporal properties may play a role in skilful mathematical “intuition” that is not directly evidential but far exceeds what is needed to acquire the relevant mathematical concepts. The role may be more than heuristic, concerning the context of justification as well as the context of discovery. Even the combinatorial skills required for competent assessment of standard set-theoretic axioms may involve offline applications of perceptual and motor skills, whose capacity to generate knowledge constitutively depends on their honing through past experience that plays no evidential role in the assessment of the axioms (Williamson 2007, pp. 168-169).⁴¹

Sobre este pasaje es pertinente notar dos cosas. Primera, que las teorías de conjuntos no suelen conceder, comparativamente, el mismo estatus epistémico a sus axiomas ni suelen recurrir al mismo lenguaje para expresar sus fórmulas o sus teoremas.⁴² Ninguna de estas dos circunstancias es trivial para el escepticismo williamsoniano acerca de lo a priori en nuestra “intuición” matemática hábil, intuición que parece depender de nuestra evaluación competente de axiomas estándar de la teoría de conjuntos.

Williamson no es insensible a la circunstancia de que, comparativamente, no todas las teorías de conjuntos conceden el mismo estatus epistémico a sus axiomas ni a la circunstancia de que no recurren al mismo lenguaje para expresar sus fórmulas o sus teoremas. Respecto de la primera circunstancia, Williamson dice que “[a]lthough some axioms and theorems are in a better epistemic position than others, that has far more to do with considerations internal to mathematics than with experimental support” (Williamson

⁴⁰ Cutini et al. 2014 y Bourguignon 2022 (pp. 6-7) recopilan evidencia empírica a favor de que hay un fundamento espacial en nuestra cognición numérica. Hay que tomar con cautela que la evidencia empírica a favor de un fundamento espacial en nuestra cognición numérica sea, en realidad, evidencia a favor de Williamson, pues cuando Williamson habla del papel de nuestra experiencia pasada de propiedades espaciales y temporales en nuestra intuición matemática hábil (sin especificar si se trata de nuestra intuición aritmética hábil o de nuestra intuición geométrica hábil), podría estar aludiendo a la distinción kantiana entre las condiciones externas (geométricas/espaciales) de nuestra experiencia y las condiciones internas (aritméticas/temporales) de nuestra experiencia. En esta distinción, no puede haber tal cosa como evidencia empírica a favor de un fundamento espacial en nuestra cognición numérica.

⁴¹ En nuestro ejemplo JCN acerca de las pulgadas y los centímetros dijimos que la experiencia de nuestro sujeto S puede perfeccionar su fiabilidad no obstante que su experiencia no desempeñe un papel directamente evidencial. Lo que parece estar sucediendo en este ejemplo matemático es que el papel de la experiencia de S acerca de los axiomas teórico-conjuntistas no necesita tener un carácter evidencial para que perfeccione la fiabilidad de S en su uso de los conceptos de la teoría axiomática de conjuntos.

⁴² Cfr. Boolos 1998; Parsons 2005; Cantor 2006; Halmos 2011; Wang 2016. Podrían añadirse ejemplos *ad lib.*

2013, p. 308). Así, de acuerdo con Williamson (2013, p. 311, nota 28), “in the set theory ZFC [la teoría de conjuntos de Zermelo-Fraenkel + C (C = axioma de elección)], the Axiom of Replacement is usually considered to be better established than the Axiom of Choice, but not because it has more experimental support.”

Williamson no ahonda en por qué, en la teoría de conjuntos ZFC, el axioma de reemplazo está mejor establecido (epistémicamente hablando) que C por razones que tienen que ver más con consideraciones internas a las matemáticas que por consideraciones relativas a su apoyo experimental. Pero creo que no es difícil intuir sus razones detrás de esta afirmación: Gödel 1938 demostró que, si ZF es consistente, la negación de C no es un teorema de ZF, mientras que Cohen 1959 demostró que, si ZF es consistente, C no es un teorema de ZF. No importan los detalles de estos trabajos, sino únicamente señalar que, si se toman los resultados de ambos, está demostrada la independencia lógica de C respecto del resto de los axiomas de ZF. El hecho de que C y el axioma de reemplazo tengan distintos estatus epistémicos en ZF constituye, para Williamson (2013, p. 133), una objeción a una explicación puramente holística de la confirmación de las matemáticas como parte de la ciencia total [total science].

Por otra parte, respecto de la diferencia en el lenguaje que emplean dos teorías de conjuntos para sus fórmulas o sus teoremas, Williamson (2013, pp. 301-302) contrasta dos formas de expresar el axioma del conjunto potencia, según el cual todo conjunto tiene un conjunto de todos sus subconjuntos, i. e., el conjunto potencia. Una manera de expresar dicho axioma – que Williamson retoma del trabajo de Crossley et al. 1972 – alude a sus justificaciones intrínsecas:

If I have a set, then I can think of all possible subsets of this set. It is probably going to be a larger collection, but not so terribly much larger. It is reasonable to think of this as giving us back a set.

Otra manera de expresar el conjunto potencia – que Williamson retoma del trabajo de Shoenfield 1977 – alude al proceso iterativo de los conjuntos:

[S]uppose x is formed at [stage] S . Since every member of x is formed before S , every subset of x is formed at S . Thus the set of all subsets of x can be formed at any stage after S .

A pesar de estas distintas maneras de expresar el axioma del conjunto potencia, Williamson sostiene que ambas exposiciones pretenden que nos involucremos *imaginativamente* con lo que, en ambos casos, está sucediendo:

Of course, the apparently causal and temporal talk of forming sets at earlier or later stages [la exposición de Shoenfield 1977] is intended metaphorically, without commitment to any genuinely constructivist conception of sets. Nevertheless, the point of the metaphor is to appeal to the imagination, enabling us to think about the question in a more vivid, concrete, and perspicuous way, and in particular to convince us that there will be a stage after S , without which the power set never gets formed. The metaphor prompts us to undertake an imaginative exercise that makes offline use of our online skill in observing and engaging in processes of physical creation, a skill honed by past experience. [...]

Something similar goes on in the justification from limitation of size [la exposición de Crossley et al. 1972]. It starts with the supposition that ‘I have a set’, which already suggests a picture of the set as available to hand. On that supposition, ‘I can think of all possible subsets of this set’. Of course, none of that is intended to suggest any idealist metaphysics of sets, on which it is essential to them to be thought by a subject. Rather, the aim is again to make us engage imaginatively with the question. The point of calling the subsets ‘possible’ is not to emphasize that they could exist, for it is not in question that they actually do exist; it is to suggest that I could select them (Williamson 2013, p. 302).

En segundo lugar, sobre el pasaje de Williamson relativo al papel más que heurístico que puede desempeñar nuestra experiencia pasada en nuestra “intuición” matemática hábil (citado en la p. 33) es igualmente pertinente notar que, cuando Williamson habla de los contextos de justificación y de descubrimiento, se está refiriendo, respectivamente, a la distinción entre el proceso de aplicar criterios evaluativos a afirmaciones de conocimiento [knowledge claims] (Schickore 2022) y el estudio empírico – normalmente psicológico y/o sociológico – del proceso de descubrimiento de alguna afirmación de conocimiento.⁴³

⁴³ En Kitcher 2021, pp. 263-270, se encuentra una crítica a esta dicotomía, que Kitcher plantea en términos de lo que podemos realmente exigir a sujetos racionalmente limitados y lo que podemos exigir a sujetos históricamente determinados.

Recordemos que, según Williamson, el papel de nuestra experiencia pasada de propiedades espaciales y temporales puede desempeñar un papel “in skilful mathematical ‘intuition’ that is not directly evidential but far exceeds what is needed to acquire the relevant mathematical concepts” (Williamson 2007, p. 168-169), y que dicho papel de la experiencia pasada concierne al contexto de justificación y al contexto de descubrimiento.

La distinción *contexto de descubrimiento/contexto de justificación* es significativa para los filósofos que distinguen las circunstancias contingentes en las que se lleva a cabo un descubrimiento científico de la validez de tal descubrimiento, que “ha de establecerse en el contexto de la justificación, consistente en el tejido de las relaciones lógicas entre el aserto que enuncia lo descubierto y el sistema de los conocimientos científicos ya aceptados, en particular aquellos que suministran una demostración o confirmación de dicho aserto” (Mosterín y Torretti 2010, p. 135). Por su parte, la distinción *contexto de descubrimiento/contexto de justificación* no es significativa para los filósofos que creen que “las normas a que se ciñe la aceptación de los asertos científicos son sólo un factor – aunque, por cierto, decisivo – de esa praxis y, por lo tanto, el propio contexto de la justificación no pasa él mismo de ser un ingrediente más del contexto de descubrimiento” (Mosterín y Torretti 2010, p. 136).

Salvo por el pasaje citado en la página 33, Williamson 2007 no dice nada más acerca del papel de nuestra experiencia pasada en nuestra “intuición” matemática hábil en un contexto de descubrimiento. Pero, si hay una distinción significativa entre los contextos de justificación y de descubrimiento (en cualquier caso acabamos de ver que, si no la hay, sólo hay contexto de descubrimiento), y si es plausible la hipótesis williamsoniana de que nuestra experiencia pasada acerca de las propiedades espaciales y temporales de las cosas desempeña un papel menos que directamente evidencial pero más que puramente habilitador en nuestra “intuición” matemática hábil, creo que es igualmente plausible su suposición de que ese papel puede concernir tanto al contexto de justificación como al contexto de descubrimiento.

Pues de acuerdo con la concepción tradicional de la dicotomía a posteriori/a priori, para que el papel de nuestra experiencia pasada acerca de las propiedades espaciales y temporales de las cosas concierne al contexto de justificación en nuestras intuiciones

matemáticas hábiles, tendría que tratarse, o bien de un papel estricta o directamente evidencial, o bien de un papel puramente habilitador. En el primer caso tendríamos un conocimiento ceñido a normas rigurosamente no-aprioristas⁴⁴ para aceptar asertos matemáticos; en el segundo, un conocimiento ceñido a normas rigurosamente aprioristas para aceptar asertos matemáticos.

Pero, por el lado del contexto de justificación, que el papel de nuestra experiencia no sea estrictamente evidencial ni puramente habilitador simplemente significa que el conocimiento resultante de dicha experiencia no está ceñido a normas rigurosamente no-aprioristas o a normas rigurosamente aprioristas; de ninguna manera significa que no esté ceñido a las normas que conciernen al tejido “de las relaciones lógicas entre el aserto que enuncia lo descubierto y el sistema de los conocimientos científicos ya aceptados” (Mosterín y Torretti 2010, p. 135).⁴⁵

Por el otro lado, de una experiencia acerca de las propiedades espaciales y temporales de las cosas cuyo papel sea más que puramente habilitador y menos que estrictamente evidencial puede surgir un conocimiento ceñido al contexto de descubrimiento, pues para que surja este tipo de conocimiento es suficiente con que haya circunstancias contingentes – como las circunstancias que permitirían a S perfeccionar su fiabilidad en el uso de los conceptos de la teoría axiomática de conjuntos –⁴⁶ que permitan llevar a cabo un descubrimiento científico (para el caso que nos concierne, el descubrimiento de axiomas estándar de la teoría de conjuntos).

⁴⁴ No llamo “normas empiristas” a las normas no-aprioristas porque hay concepciones de lo que es ser empirista (para nuestro caso, de lo que implicaría ceñirse a normas empiristas) que no capturan la distinción que quiero trazar. Por ejemplo, para Van Fraassen (2002) adoptar una postura empirista significa adoptar una actitud positiva hacia las formas y las prácticas de la investigación científica. Para el caso de las formas y las prácticas de la investigación matemática, alguien que se ciña a normas aprioristas podría ser un “empirista” según esta descripción. Para un problema similar, esta vez consistente en llamar “normas empiristas” a las normas no-racionalistas, cfr. Shook 2023, pp. 57-63.

⁴⁵ Creo que la teoría de la relatividad es, al menos en palabras de su descubridor, una teoría no ceñida a normas rigurosamente no-aprioristas ni a normas rigurosamente aprioristas que, no obstante, sí está ceñida a las normas propias del quehacer científico. Pues la base axiomática de la teoría de la relatividad “cannot be an inference from experience, but must be free invention” (Einstein 1934, p. 167), una invención libre de la mente humana que, no obstante, “admit[s] of no *a priori* justification either through the nature of the human mind or in any other way at all” (p. 165).

⁴⁶ Estas circunstancias no tienen que ser las estipuladas por Williamson (i. e., la experiencia pasada de S de propiedades espaciales y temporales) para que el papel de la experiencia de S en cuestión concierna al contexto de descubrimiento.

II.6. Condiciones de autenticidad en proposiciones a posteriori y a priori

Consideremos ahora un abordaje a lo que hasta ahora he expuesto del escepticismo williamsoniano virtualmente ajeno al papel de los juicios contrafácticos en nuestro conocimiento al recurrir a lo que Crispin Wright (2014) llama *condiciones de autenticidad*.⁴⁷ Melis y Wright (por aparecer) recurren a las condiciones de autenticidad para señalar una clara disimilitud entre la justificación epistémica detrás de una proposición a posteriori y la justificación epistémica detrás de una proposición a priori.

La proposición a posteriori a la que recurren Melis y Wright para señalar su objeción, i. e., que hay una disimilitud entre la justificación epistémica detrás de una proposición a posteriori y la justificación epistémica detrás de una proposición a priori, es “todos los volúmenes recientes de *Who’s Who* son rojos” (a la que denotaré con WHO’S WHO). Su proposición a priori, que denotaré con SQUARE, es “todos los cuadrados son diamantes” (Melis y Wright (por aparecer), p. 14).⁴⁸ Melis y Wright podrían haber elegido una proposición más apriorística que SQUARE para exponer su objeción (de la que hablaré enseguida), pero la virtud del ejemplo SQUARE está en que, en él, nuestra imaginación visual desempeña un papel fundamental, papel que, de acuerdo con Williamson (2007 y 2013), también desempeña en WHO’S WHO.⁴⁹ En otras palabras, Melis y Wright sostienen que, incluso en casos de conocimiento a posteriori y a priori en los que nuestra imaginación visual desempeña un papel fundamental, hay una clara disimilitud entre la justificación epistémica detrás de un conocimiento a posteriori y la justificación epistémica detrás de un conocimiento a priori.

⁴⁷ La motivación teórica detrás de las condiciones de autenticidad de Wright está en su distinción entre justificación epistémica y autorización [entitlement] epistémica, distinción que se hará clara en las líneas que siguen. Tyler Burge (1993b) también distingue entre justificación y autorización epistémicas, con la importante diferencia, respecto de Wright, que para Burge sólo la autorización epistémica es externista. En Pryor 2012, James Pryor llama “anti-underminers” a lo que Wright llama condiciones de autenticidad.

⁴⁸ WHO’S WHO es un ejemplo de Williamson que expondré y discutiré a detalle más adelante. Por ahora, nos servirá para ilustrar la postura de Melis y Wright (por aparecer).

⁴⁹ Con mi afirmación de que Melis y Wright podrían haber elegido una proposición más apriorística que SQUARE quiero decir que si nuestra imaginación visual involucra facultades perceptuales (como indica la evidencia empírica, según veremos un poco más adelante), entonces una proposición a priori que no recurra a nuestra imaginación visual sería, *prima facie*, más apriorística que SQUARE. La gradabilidad de lo a priori no sería epistémicamente significativa si el papel evidencial de la experiencia fuese el único parámetro relevante para determinar si algo es a priori o no, pero, como veremos en los capítulos III y IV, ese parámetro no es el único relevante para determinar la aprioridad. Para concepciones gradualistas de la aprioridad cfr. Henderson y Horgan 2013; Weinberg 2013, y Eberhardt y Glymour 2021.

Para insistir en esta disimilitud, Melis y Wright (por aparecer, p. 14) comparan la estructura de la justificación epistémica de WHO'S WHO con la de SQUARE. La estructura de la justificación epistémica de WHO'S WHO es, de acuerdo con estos dos filósofos, como sigue:

- i) nuestra imaginación visual de un volumen de *Who's Who*;
- ii) nuestro juicio de que todos los volúmenes recientes de *Who's Who* son rojos (cuyo contenido es la proposición a posteriori WHO'S WHO);
- iii) los editores de *Who's Who* utilizan el mismo color para todos los volúmenes.

Por su parte, la estructura de la justificación epistémica de SQUARE es como sigue:

- i) la reorientación [realignment] 45° , por nuestra parte, de un cuadrado imaginado visualmente;
- ii) nuestro juicio de que todos los cuadrados son diamantes (cuyo contenido es la proposición a priori SQUARE);
- iii) el cuadrado visualizado es estereotípico y cualquier cuadrado puede, en principio, reorientarse 45° .

Tanto en WHO'S WHO como en SQUARE, iii es una condición de autenticidad, en el sentido de que, si dudamos de ella, no podríamos creer racionalmente ii sobre la base de i. En efecto, si en WHO'S WHO dudamos que los editores de *Who's Who* utilizan el mismo color para todos los volúmenes, no podríamos creer racionalmente que todos los volúmenes recientes de *Who's Who* son rojos sobre la base de nuestra imaginación visual de un volumen de *Who's Who*. Por su parte, si en SQUARE dudamos que cualquier cuadrado pueda, en principio, reorientarse 45° o que nuestro cuadrado visualizado sea estereotípico, no podemos creer racionalmente que todos los cuadrados son diamantes sobre la base de que reorientemos 45° a nuestro cuadrado imaginado visualmente.

Pero entre las condiciones de autenticidad de WHO'S WHO y de SQUARE hay, de acuerdo con Melis y Wright, dos diferencias importantes. La primera es que, para eliminar dudas acerca de iii en WHO'S WHO, es necesaria una investigación empírica, mientras que

para eliminar dudas acerca de *iii* en SQUARE no se requiere de tal investigación empírica. En sus palabras:

removing a doubt about *Who's Who iii* would require routine empirical investigation — a call to the publishers, a trip to the public library, other people's testimony, or whatever. By contrast, the assurance – if needed – that the visualised square is stereotypical and the process or reorientation always possible, at least “in principle”, requires no such investigation. On the contrary [...] it's an assurance that can be accomplished in stride and, intuitively, a priori— we find the point *obvious on reflection* (Melis y Wright (por aparecer), p. 15).⁵⁰

Parece que la cláusula de que, *en principio*, no se requiere de investigación empírica para estar seguros de que es posible la reorientación del cuadrado visualizado en un diamante, bloquea la posibilidad de que SQUARE sea una proposición exclusivamente *a posteriori*, pues si bien SQUARE *puede* conocerse a posteriori,⁵¹ *en principio* no *tiene* que conocerse así.

La segunda diferencia importante entre WHO'S WHO y SQUARE estriba, de acuerdo con Melis y Wright, en que si hacemos todo lo que epistémicamente debemos hacer para determinar si WHO'S WHO es el caso, ello no es garantía de que WHO'S WHO es el caso. En cambio, si hacemos todo lo que epistémicamente debemos hacer para determinar si SQUARE es el caso, ello sí es garantía de que SQUARE es el caso. En otras palabras, en el caso de WHO'S WHO la correlación entre nuestros procesos cognitivos y la verdad de WHO'S WHO es contingente, circunstancial, y sujeta a corroboración experimental, mientras que en el caso de SQUARE no lo es (Melis y Wright (por aparecer), pp. 18-19). Y, de acuerdo con Melis y Wright, “it is natural to conjecture [...] that the real difference of importance marked by the a priori/a posteriori distinction as drawn bottom-up is to be located at this point” (por aparecer, p. 19).

Así pues, hay dos diferencias – la segunda más crucial que la primera para propósitos de la distinción a priori/a posteriori establecida de abajo hacia arriba – entre proposiciones como WHO'S WHO y SQUARE que el escepticismo williamsoniano parece

⁵⁰ Una célebre (y controvertida) excepción a la asunción de que el conocimiento vía testimonio es conocimiento a posteriori es Burge 1993a.

⁵¹ Por ejemplo, al ver una simulación en una computadora (siempre y cuando la simulación en computadora no sea un método de sillón y no sea, epistémicamente, un método inferior al método experimental (Roush 2018)) o, contra Burge 1993a, al recurrir al testimonio de algún matemático fiable.

pasar por alto. La primera alude a que, para eliminar dudas acerca de la condición de autenticidad de WHO'S WHO, se requiere de una investigación empírica, requisito ausente para eliminar dudas acerca de la condición de autenticidad de SQUARE y que hace que SQUARE sea, intuitivamente, a priori (Melis y Wright, por aparecer, p. 15). La segunda diferencia alude a las correlaciones entre nuestros procesos cognitivos y las verdades WHO'S WHO y SQUARE: correlaciones supuestamente *contingentes* para el caso de WHO'S WHO y supuestamente *necesarias* para el caso de SQUARE.

Esta segunda diferencia explota la siguiente asimetría: ¿qué hace que, no obstante ser *correctos* en ambos casos, haya procesos cognitivos que garantizan *a true outcome* (Melis y Wright, por aparecer, p. 19) y otros que no lo hacen? La respuesta de Melis y Wright, vimos, es que la correlación entre nuestros procesos cognitivos y WHO'S WHO es contingente, mientras que en el caso de SQUARE es necesaria. En otras palabras, esto significa que, incluso si hacemos todo lo que epistémicamente *debamos* hacer para eliminar dudas que los editores de *Who's Who* utilizan el mismo color para todos los volúmenes (ir a la librería, llamar a la editorial, etc.), tales acciones epistémicamente virtuosas no garantizan que los editores de *Who's Who* utilicen el mismo color para todos los volúmenes (y, por tanto, WHO'S WHO no es *a true outcome* garantizado). En el caso de la condición de autenticidad de SQUARE, en cambio, nuestros procesos cognitivos correctos sí garantizan *a true outcome*, i. e., SQUARE misma.

Me gustaría cuestionar las objeciones anti-escépticas de Melis y Wright aludiendo al tipo de ejemplo que es SQUARE, para cuya verdad nuestra imaginación visual es determinante (no estoy suponiendo nada extra aquí, pues la justificación epistémica de SQUARE contempla explícitamente a nuestra imaginación visual). Stephen Yablo (2002) ha argumentado, con evidencia empírica a la mano, que la modalidad mediante la cual aprehendemos las propiedades de un objeto imaginado – como la propiedad de un cuadrado de ser un diamante – es de tipo sensorial, tipo inconsistente (por definición) con el conocimiento apriorístico:

[W]hen you conjure up an image of *w*, you are *simulating* the activity of really looking at it. Simulated looking is not a distinct process, but the usual process run 'off-line'. Knowledge gained by

internal looking is not a priori because it is acquired through the exercise of a perceptual faculty rather than a cognitive one (Yablo 2002, p. 458).⁵²

Lo que plantea Yablo respecto de que, cuando imaginamos *ver* (una figura geométrica, por ejemplo), no estamos incurriendo en ningún proceso cognitivo apriorístico, tiene suficiente apoyo neurocientífico:

The suggestion that visual imagery involves the exercise of standard perceptual faculties run “off-line” is a standard one; phenomenological,⁵³ functional, and neurophysiological considerations do support the idea that visual imagination involves many of the same perceptual faculties as does prototypically a posteriori visual experience (Ichikawa y Jarvis 2016, p. 190).⁵⁴

Desde luego, estos hechos, por sí solos, no implican que la distinción a priori/a posteriori es epistemológicamente insignificativa. Pero sí parecen indicar que, al menos en el terreno de la imaginación visual – que es el terreno en el que juegan Melis y Wright tanto con SQUARE como con WHO’S WHO – no hay ninguna diferencia epistemológicamente significativa entre un caso *prima facie* a priori como SQUARE y un caso *prima facie* a posteriori como WHO’S WHO, pues la evidencia (empírica) sugiere que sabemos que SQUARE y que WHO’S WHO mediante nuestras facultades perceptuales.

II.7. Escepticismo y anti-excepcionalismo williamsonianos

Me gustaría concluir este capítulo especulando acerca de la relación que existe entre algunas de las cosas que he dicho hasta ahora y el proyecto de Williamson dedicado a mostrar que la filosofía no tiene una metodología propia, intrínsecamente distinta de la metodología científica, una de cuyas partes centrales es, como ya dije, su escepticismo sobre la significatividad epistemológica acerca de la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori.

⁵² Respecto de este pasaje de Yablo, Ichikawa y Jarvis escriben que “[t]he relevant faculty [la facultad perceptual] is cognitive in the straightforward sense that exercising it is a way to engage in rational thinking” (Ichikawa y Jarvis 2016, p. 190, nota 19). Me parece muy poco informativo decir que una facultad es cognitiva por el solo hecho de que el ejercerla supone *to engage in rational thinking* de alguna u otra manera.

⁵³ A menos, claro, que haya una diferencia entre la fenomenología visual determinada por contenidos causales y la fenomenología visual no determinada por contenidos causales (cfr. Searle 1991 y Siegel 2020).

⁵⁴ Goldman 2006 da cuenta de varios estudios neurocientíficos a favor de estas conclusiones. Por su parte, Reichenbach 2014, pp. 81-92, desarrolló la idea de que las visualizaciones cuando imaginamos están determinadas por percepciones sensoriales previas relativas al espacio perceptual.

De acuerdo con Williamson, nuestro razonamiento en términos de condicionales contrafácticos desempeña “a crucial role in our causal thinking” (Williamson 2007, p. 141) y, una vez que se vuelve *conocimiento* contrafáctico, vimos que desempeña un papel explicativo en nuestro conocimiento modal. Pero, una vez vuelto conocimiento, nuestro razonamiento contrafáctico resulta igualmente importante para lidiar cognitivamente con lo que es real, pues para este lidiar con la realidad necesitamos lidiar “with a wide variety of contingencies, most of them counterfactual” (Williamson 2007, p. 137). Y así como nuestro conocimiento contrafáctico desempeña un papel explicativo en nuestro conocimiento modal, vimos también que, para Williamson, nuestra imaginación desempeña un papel crucial en nuestro conocimiento contrafáctico, ya sea que éste esté explicando nuestro conocimiento modal (los casos de conocimiento en los que pusimos más atención) o lidiando con contingencias o, meramente, lidiando con lo que es real.⁵⁵ Esto no significa que nuestra imaginación sea condición necesaria o suficiente para evaluar condicionales contrafácticos ni mucho menos que, para llevar a cabo dicha tarea, sea infalible, pero sí significa que, ya que nuestra imaginación tiende, por defecto (evolutivo), “to proceed as ‘realistically’ as it can, subject to whatever deviations the thinker imposes by brute force” (Williamson 2007, p. 143), comparativamente resulta, respecto de la percepción y el testimonio, “so much more useful for counterfactuals than for most non-counterfactual contents” (Williamson 2007, p. 152).⁵⁶

Si nuestro conocimiento de la modalidad metafísica suele ser un caso especial de nuestro conocimiento de los contrafácticos, este último es, a su vez, “a kind of thinking tightly integrated with our thinking about the spatio-temporal world” (Williamson 2007, p. 178). Vimos que, *prima facie*, hay un caso (el de la “intuición” matemática hábil) en el que el papel de nuestra experiencia pasada de propiedades espaciales y temporales es menos que (estrictamente) evidencial pero más que (puramente) habilitador, por lo que, si todo esto está en la línea correcta, no es inverosímil que en nuestro conocimiento de la

⁵⁵ El *locus classicus* del trabajo de Williamson al respecto es Williamson 2016a.

⁵⁶ Hay que tener en cuenta, sin embargo, las limitantes epistémicas del razonamiento contrafáctico. En su 2007, pp. 47-53, Williamson sostiene que el razonamiento contrafáctico es una especie de simulación off-line. Goldman (2006, pp. 164-170) contiene abundante evidencia empírica en contra de la fiabilidad de la simulación off-line, particularmente si es empleada para *mindreading*.

modalidad metafísica el papel de nuestra experiencia sea, igualmente, menos que (estrictamente) evidencial pero más que (puramente) habilitador.

Si bien hubo una suerte de presión evolutiva para que nuestra imaginación proceda *as 'realistically' as it can*, de acuerdo con Williamson nunca hubo presión evolutiva alguna para hacer filosofía, matemáticas, ni ciencia natural, pues estas actividades tienen sus raíces “in more primitive cognitive capacities to perceive, imagine, correlate, reason, discuss . . .” (Williamson 2007, p. 136). Si en realidad estas capacidades cognitivas para hacer filosofía, matemáticas, y ciencia natural tienen raíces (comunes) en capacidades cognitivas más primitivas, parecería que no es descabellada la hipótesis de Williamson de que, en el fondo, las metodologías filosófica, matemática, y científica no son tan distintas como aparentan.⁵⁷

⁵⁷ En varios lugares, Robin Dunbar ha suministrado evidencia científica en contra de la opinión popular según la cual “[human] brains evolved to process information of ecological relevance” (Dunbar 1998, p. 178) y a favor de que, en cambio, “[o]ur much-vaunted capacity for language seems to be mainly used for exchanging information on social matters” (Dunbar 1997, pp. 6-7). Estas conclusiones, de ser ciertas, no constituirían evidencia a favor de la tesis williamsoniana de que nuestras actividades teóricas tienen raíces (comunes) en capacidades cognitivas primitivas, pero sí a favor de su tesis de que, evolutivamente, nunca estuvimos presionados para llevar a cabo dichas actividades teóricas.

Capítulo III

Sobre las concepciones epistemológicas de la analiticidad

En este capítulo expondré algunos de los argumentos de Williamson en contra de que la analiticidad de una proposición (o de un enunciado) implique su aprioridad (o, en cualquier caso, que una proposición o un enunciado sea a priori en virtud de ser analítico, o que una proposición sea epistémicamente analítica si su verdad es una consecuencia lógica de su semántica).⁵⁸ Esta manera de concebir lo a priori fue muy influyente entre algunos de los empiristas lógicos de la primera mitad del siglo pasado, quienes, al tiempo que necesitaban dar cuenta del carácter apriorístico de la lógica y las matemáticas puras, debían hacerlo en el marco de su concepción científica del mundo [*wissenschaftliche Weltauffassung*].

Williamson no es el único filósofo contemporáneo que rechaza esta manera de concebir lo a priori, pues en sus discusiones acerca de lo a priori/a posteriori tanto Devitt (2005) como BonJour (2005) también la han rechazado.⁵⁹ Devitt, porque no encuentra una justificación no-empírica al proceso de justificación del “análisis conceptual” que permitiría que poseyéramos, simplemente en virtud de *tener* un concepto, una “teoría tácita” acerca de dicho concepto. BonJour, por su parte, porque no encuentra una concepción unívoca de la analiticidad que, simultáneamente y de manera plausible, pueda defender “(i) that all propositions for which there are genuine a priori reasons are analytic, and (ii) that an a

⁵⁸ Williamson (2007, esp. pp. 48-72) llama “Frege-analytic” a este tipo de proposiciones. Salmon (1988; 1993) también rechaza que de la analiticidad (así entendida) de una proposición se siga su aprioridad.

⁵⁹ En aras de la brevedad y de los propósitos de esta tesis, sólo expondré las objeciones centrales de Devitt y de BonJour. Pero en Casullo 2003, especialmente los caps. 7 y 8, hay una defensa de la justificación a priori que también es crítica con el enfoque que analiza lo a priori en términos del concepto de verdad analítica, mientras que en Horwich 2000 hay una crítica a los *meaning-based approaches* a la justificación a priori similar a la de BonJour, i. e., una crítica que, a diferencia de Williamson, a partir de ella no pretende cuestionar la significatividad *epistémica* de la distinción a priori/a posteriori. Por otra parte, Boghossian (1996; 1997) y Wright (1983; 1999) han defendido la posibilidad de explicar el conocimiento a priori en términos del concepto de verdad analítica. Parte de la defensa de Wright depende de que el célebre *Principio de Hume* (PH) – según el cual el número de cosas que caen bajo el concepto de *F* es igual al número de cosas que caen bajo el concepto de *G* si hay una correspondencia uno-a-uno entre aquellas cosas que caen bajo *F* y aquellas cosas que caen bajo *G* – sea un principio *analíticamente* verdadero. En Boolos 1999 se encuentran diversas y serias dudas a que PH sea analíticamente verdadero. Para una defensa nominalista de la verdad analítica de PH, cfr. Bueno 2001.

priori reason for an analytic proposition does not require the sort of insight into the character of reality advocated by the rationalist” (BonJour 2005, p. 103).

Las concepciones epistemológicas de la analiticidad son relevantes para nuestra discusión porque, como ya señalé, una influyente concepción acerca de la distinción entre lo a priori y lo a posteriori sostiene que la analiticidad de una proposición (o de un enunciado) implica su aprioridad. Un caso paradigmático de esta concepción es la concepción hempeliana acerca de la naturaleza de la verdad matemática. Al respecto, Hempel escribió que:

The statement that $3 + 2 = 5$, then, is true for similar reasons as, say, the assertion that no sexagenarian is 45 years of age. Both are true simply by virtue of definitions or of similar stipulations which determine the meaning of the key terms involved. Statements of this kind share certain important characteristics: Their validation naturally requires no empirical evidence; they can be shown to be true by a mere analysis of the meaning attached to the terms which occur in them. In the language of logic, sentences of this kind are called analytic or true a priori, which is to indicate that their truth is logically independent of, or logically prior to, any experiential evidence (Hempel 1998, p. 379).

Williamson tendría dos objeciones a esta manera de concebir lo a priori.⁶⁰ En primer lugar, que una consecuencia epistemológica

CE: “ningún sexagenario tiene 45 años” es un conocimiento a priori

no se sigue de un vínculo de comprensión-asentimiento

VCA: necesariamente, quien comprenda el enunciado “ningún sexagenario tiene 45 años” *asiente* al enunciado “ningún sexagenario tiene 45 años”

porque “assenting to something does not entail knowing it” (Williamson 2007, p. 78). En breve, CE no se sigue de VCA.

Pero, incluso si (contra Williamson) CE se siguiera de VCA, parece que Williamson sigue teniendo la mano ganadora (es aquí donde entra su segunda objeción). Supongamos,

⁶⁰ Desde la literatura de la filosofía de las matemáticas, en Benacerraf 1960 y 1981 se encuentran objeciones clásicas a esta tesis según la cual las proposiciones matemáticas son verdaderas en virtud de las definiciones de los conceptos matemáticos involucrados.

por mor del argumento, que CE se sigue de VCA. ¿Tenemos razones para sostener que, en el caso del enunciado “ningún sexagenario tiene 45 años”, hay un vínculo de comprensión-asentimiento, en el sentido de que *necesariamente*, quien comprenda dicho enunciado, *asiente* a él?

Consideremos un ejemplo relevantemente similar, que discute Williamson (2007, pp. 85 y ss.): “el niño de tres años de mi vecino es un adulto”. *Prima facie*, el uso de este enunciado es uno que, según Grice y Strawson (1956, pp. 150-151), no podríamos comprender (según su significado literal ordinario) como una afirmación. Pero esta falta de comprensión sugiere un vínculo entre comprensión y asentimiento que, de acuerdo con Williamson, no es un vínculo real:

Someone may believe that normal human beings attain physical and psychological maturity at the age of three, explaining away all the evidence to the contrary by ad hoc hypotheses or conspiracy theories (many three-year-olds pretend to be eighteen-year-olds in order to vote, the abnormally polluted local water slows development, and so on). However foolish those beliefs, they do not constitute linguistic incompetence (Williamson 2007, p. 85).⁶¹

¿Es posible hacer el mismo diagnóstico williamsoniano respecto de un enunciado como “mi vecino sexagenario tiene 45 años”? La respuesta que inmediatamente se sugiere es que sí, pues es igualmente posible romper – mediante creencias inverosímiles, hipótesis *ad hoc*, etc. – el vínculo entre comprensión y asentimiento. El quid es que, en ninguno de los dos casos – el de la persona que cree que los seres humanos maduran a los tres años y el de la persona que cree, por razones igualmente inverosímiles, que las personas de 60 años tienen en realidad 45 años – necesariamente hay incompetencia lingüística.⁶² Y, si no hay incompetencia lingüística, alguien perfectamente podría *comprender* los enunciados

⁶¹ En la teoría política contemporánea hay evidencia empírica que sugiere que creer en teorías de la conspiración no necesariamente es consecuencia de ignorancia irracional (cfr. Caplan 2007). Tales creencias son, a todas luces, *foolish*, pero no necesariamente son irracionales ni, mucho menos, producto de incompetencia lingüística.

⁶² Parece claro que el fenómeno de la competencia lingüística admite gradaciones, en el sentido de que es inverosímil que haya hablantes perfectamente competentes/incompetentes. Dado esto, un teórico de la analiticidad podría decir que las personas que no asienten a los enunciados analíticos son *parcialmente* incompetentes. Aunque no como una defensa de la analiticidad, deRosset 2015 explora esta opción como una posible réplica a Williamson. Otra posible respuesta del teórico de la analiticidad podría consistir en operar con un concepto delgado de “adulterez” que no implique hechos físicos o fisiológicos que fijen la madurez humana. Empero, esta última vía parece poco prometedora, pues no queda claro qué sería de la adulterez sin los hechos físicos y fisiológicos que constituyen la madurez humana.

“ningún niño de tres años es un adulto” o “ningún sexagenario tiene 45 años” *sin asentir* a los mismos.⁶³

El quid de lo que Williamson llama “concepciones epistemológicas de la analiticidad” está en que, ante casos en los que alguien se rehúsa a asentir a una oración analítica (como “ningún sexagenario tiene 45 años” o “ningún niño de tres años es un adulto”), “failure to assent is not merely good evidence of failure to understand; it is constitutive of such failure” (Williamson 2007, p. 73). Así, según las concepciones epistemológicas de la analiticidad, una condición constitutiva de una oración analítica es que, quienquiera que la comprenda, asiente a ella.⁶⁴ Detrás de esta condición constitutiva está el vínculo comprensión-asentimiento que, según acabamos de ver, para Williamson no es un vínculo real.

Además de que es posible generalizar los vínculos comprensión-asentimiento de oraciones o pensamientos particulares a *argumentos* acerca del lenguaje o del pensamiento, los vínculos comprensión-asentimiento no sólo tienen lugar, según las concepciones epistemológicas de la analiticidad, en casos de comprensión lingüística como los que hemos considerado hasta ahora, sino también en casos de comprensión lógica, científica, o de *captación* de pensamientos:⁶⁵

For example, if someone is unwilling to assent to the inference from “This is red and round” to “This is red,” the obvious hypothesis is that they do not understand one of the sentences, most probably because they do not understand the word “and”. For epistemological conceptions of analyticity, failure to assent in such cases is again not merely good evidence of failure to understand but constitutive of such failure. [...] Understanding-assent links, or something like them, are also

⁶³ El ejemplo de “el niño de tres años de mi vecino es un adulto” fue ideado por Grice y Strawson (1956) para defender, contra Quine, el “dogma” de la división entre lo analítico y lo sintético. En particular, fue introducido para trazar una distinción entre la imposibilidad natural (o causal) y la imposibilidad lógica, “which Quine presumably regards as no clearer than any of the others” (Grice y Strawson 1956, p. 150): que *el niño de tres años de mi vecino comprenda la teoría de tipos de Russell* es, de acuerdo con Grice y Strawson, una imposibilidad natural o causal, mientras que *el niño de tres años de mi vecino es un adulto* es una imposibilidad lógica. No obstante la clara diferencia que, *prima facie*, existe entre ambas imposibilidades, me parece que no hay ninguna imposibilidad lógica en que el niño de tres años de mi vecino sea un adulto, a menos, claro, que entendamos lo lógicamente imposible en términos de lo analíticamente imposible.

⁶⁴ Esto es particularmente claro, p. ej., en Harman 1999 (esp. parte II), para quien si alguien niega genuinamente un enunciado analítico, es porque no entiende lo que dicho enunciado dice o porque está tergiversando alguna de las palabras en tal enunciado.

⁶⁵ Por ejemplo, si modificamos VCA como sigue: necesariamente, quien capte el pensamiento *ningún sexagenario tiene 45 años* asiente al pensamiento *ningún sexagenario tiene 45 años*. Más adelante discutiré este tipo de casos, que son, epistemológicamente, más interesantes que los casos discutidos hasta ahora.

commonly thought to play a leading role in the understanding of theoretical terms in science: if you don't assent to some core sentences of electron theory, in which the word "electron" occurs, you don't understand the word, and therefore don't understand those sentences (Williamson 2007, pp. 75-76).

Antes de seguir con las objeciones de Williamson a las concepciones epistemológicas de la analiticidad, quizá es útil ilustrar qué parece tener en mente Williamson cuando escribe que, para tales concepciones, *failure to assent in such cases* [que alguien no asienta a la inferencia de "Esto es A y B" a "Esto es A"] *is not merely good evidence of failure to understand but constitutive of such failure*. Peacocke (1993; 2004) ha desarrollado una teoría de las verdades a priori en la que, si alguien no encuentra irresistible [compelling] la transición de "A y B" a "A", ello es constitutivo de que no entiende la inferencia que va de "A y B" a "A".

La razón está en que, de acuerdo con Peacocke, para un concepto como el de *conjunción* hay una condición de posesión [possession-condition] que "will entail that thinkers must find the transition from A and B to A compelling, *and must do so without relying on any background information*" (Peacocke 2004, p. 172; el énfasis es mío). Paralelamente hay, de acuerdo con Peacocke, una teoría de la determinación [Determination theory] que ocasionará que los valores semánticos asignados a un concepto como el de *conjunción* son tales que harán "truth-preserving any transitions which, according to the possession-conditions for a concept, must be found compelling *without further information*" (Peacocke 2004, p. 173; el énfasis es mío). Así, la razón por la que, cuando A y B es verdadero, A es verdadero, y *la razón por la que dicha transición es a priori*, son consecuencia de la aplicación de las condiciones de posesión y de la teoría de la determinación al concepto de *conjunción*.

Romper los vínculos comprensión-asentimiento es una tarea que Williamson (2007, p. 76) asume como central para su proyecto de dar cuenta de la filosofía de la filosofía. Pues, en efecto, la noción que rechaza Williamson de una metodología "propriadamente filosófica" (preponderantemente a priori), esencialmente distinta de una metodología "propriadamente científica" (preponderantemente a posteriori), descansa en buena medida en el supuesto, propio de las concepciones epistemológicas de la analiticidad, de que

our sheer linguistic and conceptual competence mandates assent to some sentences or thoughts and inferences, which form the starting-point for philosophical inquiry. [...] If [these understanding-assent links] hold, with or without normative consequences, they should cast some light on the actual practice of philosophy. For if an understanding-assent link holds for a philosophically significant sentence, and we do understand it, then we do assent to it, whether or not we are justified in doing so (Williamson 2007, pp. 76, 85).

Dentro de toda la batería de oraciones en las que supuestamente tienen lugar claros vínculos de comprensión-asentimiento, las oraciones paradigmáticamente analíticas – como “ningún sexagenario tiene 45 años” o “ningún niño de tres años es un adulto” – son las mejores candidatas para probar si el vínculo comprensión-asentimiento es real, pues “if they fail there, they fail everywhere” (Williamson 2007, p. 85).⁶⁶

Vimos que, en los casos de las oraciones analíticas hempeliana y griceana/strawsoniana, la razón por la que puede romperse el vínculo comprensión-asentimiento es que puede haber personas lingüísticamente competentes que genuinamente crean que las personas de 60 años tienen en realidad 45 años o que genuinamente crean que los seres humanos maduran a los tres años. Y vimos que la ausencia de incompetencia lingüística en estas personas hace que perfectamente puedan *comprender* los enunciados “ningún sexagenario tiene 45 años” o “ningún niño de tres años es un adulto” sin por ello *asentir* a ellos.⁶⁷

Ante esto, los defensores de la analiticidad epistemológica podrían argüir que lo más que muestran esos casos es que la comprensión no es psicológicamente suficiente para asentir a una oración analítica, pero que de ninguna manera muestran que no sea

⁶⁶ Si resulta – como sostiene Williamson – que el vínculo comprensión-asentimiento no es real ni siquiera en los enunciados paradigmáticamente analíticos, ello parecería ser fuerte evidencia a favor de su dictum de que “[n]o given argument or statement is immune from rejection by a linguistically competent speaker” (Williamson 2007, p. 97). Ahora bien, ¿basta con que en los enunciados analíticos no tenga lugar el vínculo para que sea *racional* rechazarlos? Aunque Williamson no discute explícitamente esta cuestión, creo que su respuesta sería negativa, habida cuenta de que, en su ejemplo acerca de la persona que comprende la oración “ningún niño de tres años es un adulto” y, no obstante, no asiente a ella, las creencias de esa persona son contrarias a toda evidencia al respecto.

⁶⁷ En este momento es importante observar dos cosas. En primer lugar, que estos ejemplos patológicos no tienen como objetivo mostrar que bajo ninguna circunstancia hay un vínculo entre comprensión y asentimiento. Lo que pretenden mostrar es que, contra lo que sugieren Grice y Strawson, alguien podría asentir a un enunciado como “el niño de tres años de mi vecino es un adulto” y dicho asentimiento no (necesariamente) se debe a incompetencia lingüística. En segundo lugar, que las críticas de Williamson a esta manera epistemológica de concebir la analiticidad de ninguna manera significan que Williamson rechace las herramientas del análisis conceptual para el quehacer filosófico.

epistemológicamente suficiente para asentir a una oración analítica. Su idea es que, si bien en el asentimiento basado en la comprensión puede haber una suerte de bloqueo psicológico, en los casos en los que está involucrada nuestra competencia conceptual (CC) o nuestra competencia semántica (CS) no puede haber bloqueo *epistémico* alguno:

CC: Quien conozca *toda yegua es una yegua* del modo normal, lo conoce simplemente sobre la base de su captación de ese pensamiento (Williamson 2007, p. 130).

CS: Quien conozca “Toda yegua es una yegua” del modo normal, la conoce simplemente sobre la base de su comprensión de esa oración (Williamson 2007, p. 131).

Así, en los casos en los que lo que está en juego es la comprensión lingüística basada en una mera competencia lingüística, los defensores de la analiticidad epistemológica podrían argüir que las personas que comprenden una oración analítica y no obstante se rehúsan a asentir a ella “seem to be willfully and perversely turning their backs on knowledge that is available to them. It is there for the taking, but they are psychologically blocked from taking it” (Williamson 2007, p. 130). Pero este no es el caso, argumentarían, con CC y CS, pues en CC y CS ya conocen *toda yegua es una yegua* vía su competencia conceptual y ya conocen “Toda yegua es una yegua” vía su competencia semántica. En breve: no es conocimiento que esté disponible, “ahí afuera”, para ellos, sino conocimiento que ya poseen, ya sea en virtud de captar el pensamiento *toda yegua es una yegua* o en virtud de comprender la oración “Toda yegua es una yegua”.

El supuesto detrás de esta estrategia del defensor de la analiticidad epistemológica parece ser que, para saber algo, es preconditionado comprenderlo. Williamson no objeta este supuesto, sino la noción de “comprensión” que, en casos como CC y CS, está en juego. El problema que encuentra Williamson con esta noción es que, cuando la descomponemos en términos de lo que respectivamente denotan las descripciones definidas “su captación de ese pensamiento” y “su comprensión de esa oración”, nos quedan dos grupos de candidatos – delgados y gruesos – ninguno de los cuales da cuenta del estatus de conocimiento analítico que ansía el defensor de la analiticidad epistemológica. Así, como veremos a

continuación, el problema con las concepciones epistemológicas de la analiticidad no está en que malentiendan la relación entre comprensión y conocimiento, sino en que, de acuerdo con Williamson, parten de una concepción equivocada de la comprensión.

Respecto de las descripciones definidas “su captación de ese pensamiento” y “su comprensión de esa oración”, los candidatos delgados “are the mere fact that they grasp the thought and the mere fact that they understand the sentence respectively” (Williamson 2007, p. 131). Por su parte, los candidatos gruesos “are the underlying facts that constitute the respective thin candidates, the facts that realize this particular subject’s understanding at this particular time” (Williamson 2007, p. 131). Así, los candidatos delgados son pertinentes cuando dos personas poseen la misma propiedad de captar *toda yegua es una yegua* o la misma propiedad de comprender “Toda yegua es una yegua”, mientras que los candidatos gruesos son pertinentes cuando dos personas captan *toda yegua es una yegua* o comprenden “Toda yegua es una yegua” mediante distintos hechos subyacentes *constitutivos* (no meramente causales).

No obstante su pertinencia para dar cuenta de casos en los que dos personas poseen la misma propiedad de captar *toda yegua es una yegua* o la misma propiedad de comprender “Toda yegua es una yegua”, los candidatos delgados “are too thin to be bases for knowledge” (Williamson 2007, p. 132). Y no obstante la pertinencia de los candidatos gruesos para dar cuenta de casos en los que dos personas puedan captar *toda yegua es una yegua* o comprender “Toda yegua es una yegua” mediante distintos hechos subyacentes *constitutivos*, los candidatos gruesos “are too thick to yield bases for analyticity” (Williamson 2007, p. 131). La razón por la que los candidatos delgados no consiguen su cometido de servir de base para nuestro conocimiento estriba en que, por sí sola, la comprensión delgada ni siquiera es capaz de guiar nuestro asentimiento, i. e., no nos ofrece una *base* para asentir, pues “[t]he thin candidates imply no specific logical capacity at all” (Williamson 2007, p. 132). Y la razón por la que los candidatos gruesos no consiguen su cometido de suministrar bases para la analiticidad estriba en que tales candidatos involucran capacidades “that are not semantic or conceptual in any relevant sense” (Williamson 2007, p. 131).

En otras palabras, el mero hecho de que un sujeto *S* *capte* [grasp] el pensamiento *todo A es A* no implica que *S* tenga una base para saber que *todo A es A*, pues dicho captar no implica ninguna capacidad lógica, y por tanto ni siquiera le ofrece a *S* motivo (base) alguno para asentir a *todo A es A*. Por su parte, si *S* capta el pensamiento *todo A es A* vía algunos hechos subyacentes constitutivos “that realize this particular subject’s understanding at this particular time” (Williamson 2007, p. 131), dicha captación por parte de *S* es meramente contingente, ajena, *ex hypothesi*, a cualesquiera capacidades semánticas o conceptuales.⁶⁸

Si Williamson está en lo cierto en que, respecto de las denotaciones de las descripciones definidas “su captación de ese pensamiento” y “su comprensión de esa oración”, hay un grupo (delgado) que se queda corto para dar cuenta del conocimiento que tiene lugar en CC y CS y otro grupo (grueso) que sobrepasa los límites de lo analíticamente aceptable en CC y CS, parecería que, en cuanto a CC y CS se refiere, no hay tal cosa como “analiticidad epistemológica”, pues el grupo delgado no alcanza el estatus epistemológico que se requiere, mientras que el grupo grueso sobrepasa el estatus de lo analíticamente aceptable. Brevemente, ni los candidatos delgados ni los gruesos parecen ofrecer una explicación genuina de la analiticidad epistemológica.

Además, parecería que si los candidatos delgados se quedan cortos para explicar el conocimiento que tiene lugar en CC y CS y los candidatos gruesos sobrepasan los límites de lo analíticamente aceptable en CC y CS, es falso que la comprensión sea epistemológicamente suficiente para el asentimiento, porque el asentimiento basado en la comprensión no tiene el estatus epistémico que ansían los proponentes de las concepciones epistemológicas de la analiticidad.

Una consecuencia importante de todo esto es que, de ser cierto, nuestra competencia lingüística desempeña *el mismo papel* cuando conocemos que *las yeguas son caballos hembra* que cuando conocemos que *hay una yegua en el establo*. En palabras de

⁶⁸ Me parece que esta manera de concebir la captación del pensamiento $\forall A A = A$ está relacionada con la manera lockeana a la que recurre Williamson para concebir el principio de identidad (ahondo un poco en esto en el capítulo V). Para la idea de que el concepto de lo *a priori* tiene rasgos hiperintensionales – i. e., traza una distinción entre contenidos necesariamente equivalentes – porque uno puede saber a priori que “Aristocles es Aristocles”, pero no que “Aristocles es Platón”, cfr. Berto y Nolan 2021.

Williamson (2007, p. 133), “[our linguistic competence] does not gain a role just because perception loses one. The contribution of linguistic competence amounts to this: you won’t get very far if you conduct your inquiry in a language you don’t understand. Of course, that goes for *any* inquiry”.

En este capítulo he expuesto los principales argumentos de Williamson en contra de lo que llama “concepciones epistemológicas de la analiticidad”, i. e., las concepciones según las cuales una proposición es a priori en virtud de ser analítica. Al comienzo también expuse, brevemente, las objeciones centrales de Devitt y de BonJour a concebir así al conocimiento a priori. Alguna vez, al escribir acerca de sus posturas políticas, Richard Rorty sostuvo que “si hay algo de verdad en la idea de que la mejor posición intelectual es aquella atacada con igual vigor por izquierda y derecha, entonces estoy en buena forma” (Rorty 1998, p. 27). ¿Puede el defensor de las concepciones epistemológicas de la analiticidad decir algo parecido respecto de su postura, habida cuenta de que es atacada “con igual vigor” desde frentes epistémicos tan distintos entre sí como los de Williamson, Devitt, y BonJour?⁶⁹ Creo que, al menos en el campo de la epistemología, que una postura sea atacada desde varios frentes relevantemente disímiles entre sí no es buena evidencia a favor de esa postura.

⁶⁹ Lo llamativo estriba en el rechazo de esta manera de concebir lo a priori por parte de tres filósofos con concepciones epistémicas acerca de lo a priori y lo a posteriori tan distintas entre sí, pues Devitt – a diferencia de BonJour y de Williamson – sostiene que *no hay* conocimiento a priori, mientras que BonJour – a diferencia de Devitt – sostiene que sí hay conocimiento a priori y – a diferencia de Williamson – que su distinción con el conocimiento a posteriori es epistemológicamente significativa.

Capítulo IV

Sobre los dos modos en los que suele establecerse la distinción a priori/a posteriori

Además de cuestionar el papel que tradicionalmente se le ha dado a la experiencia en nuestro conocimiento de la modalidad metafísica, de cuestionar la diferencia entre los procesos cognitivos que subyacen en un conocimiento “claramente” a priori y en un conocimiento “claramente” a posteriori, y de poner en duda que la analiticidad de un enunciado implique su aprioridad, una cuarta estrategia a la que recurre Williamson para señalar que la distinción entre lo a priori y lo a posteriori es epistemológicamente superficial consiste en mostrar que los dos modos por los que suele hacerse la distinción entre lo a priori y lo a posteriori – de abajo hacia arriba (i. e., mediante ejemplos) o de arriba hacia abajo (i. e., al establecer directamente la diferencia entre ambos tipos de conocimiento en términos teóricos epistemológicamente significativos) – son problemáticos. El problema del modo abajo-arriba es que puede llevar a distinciones triviales, mientras que los problemas del modo arriba-abajo son que todo puede caer del mismo lado de la (supuesta) demarcación teórica entre lo a priori y lo a posteriori y que, en la práctica, el modo arriba-abajo suele recurrir a términos, como “experiencia” o “evidencia”, que se entienden, al menos en parte, de abajo hacia arriba, lo que nos regresa al problema propio del modo abajo-arriba (en el capítulo V discutiré con cierto detalle este último problema).

Así, ambos modos de establecer la distinción son, siguiendo a Williamson, epistemológicamente inútiles, aunque por distintas razones. La distinción abajo-arriba [bottom-up], que procede mediante claros ejemplos de conocimiento a priori (como “si está soleado, entonces está soleado”) y de claro conocimiento a posteriori (como “está soleado”), *sí produce una distinción genuina* entre ambos tipos de conocimiento. El problema con esta distinción *bottom-up* es, como señalé en el párrafo inmediatamente anterior, que “it may make a distinction of no special significance. On that [bottom-up] scenario, our classifications follow similarities and differences that, although genuine, are

largely superficial, like a taxonomy of plants and animals based only on colours” (Williamson 2020a, p. 117).⁷⁰

Por su parte, la distinción arriba-abajo [top-down] *sí establece la distinción en términos teóricos epistemológicamente significativos* (Williamson 2020, p. 117) al identificar, e. g., al conocimiento a priori como aquel independiente de la experiencia y al a posteriori como aquel dependiente de la experiencia.⁷¹ Pero uno de los problemas con esta segunda manera de establecer la distinción es que, al final, todo puede caer del mismo lado de la línea teóricamente trazada entre lo a priori y lo a posteriori si entendemos la relación de *dependencia* en un sentido muy laxo o la noción de *experiencia* en un sentido muy amplio. Estas posibilidades las contemplan, respectivamente, Williamson cuando escribe que “[i]f Quine (1951) [1980] is right, all knowledge depends at least indirectly on experience” (Williamson 2020a, p. 117) y BonJour cuando escribe que “[i]t is obvious at once that the broadest meaning of the term ‘experience’, that in which it refers to any sort of mental process that one consciously undergoes, is substantially too broad; in that sense, following a mathematical proof or even reflecting on a supposedly self-evident proposition would be an instance of experience, and a priori justification would be ruled out in a trivial and uninteresting way” (BonJour 1998, p. 7).⁷²

⁷⁰ Cfr. Carnap (1966/1995, pp. 51-59) y Díez y Moulines (2008, pp. 105-132) para distintas defensas de la tesis de que, en la ciencia, los conceptos clasificatorios – como los de la taxonomía en la botánica y en la zoología – transmiten menos información que los conceptos comparativos y que éstos, a su vez, transmiten menos información que los conceptos cuantitativos. En cambio, cfr. Barwise y Seligman 1997 para la tesis de que las clasificaciones, no obstante sus restricciones, posibilitan el flujo de información en una gran diversidad de fenómenos.

⁷¹ Si el criterio para que la distinción sea arriba-abajo es que esté establecida en términos teóricos epistemológicamente significativos, es claro que identificar al conocimiento a priori como aquel independiente de la experiencia y al a posteriori como aquel dependiente de la experiencia no es la única manera de hacer la distinción arriba-abajo. Pues en este modo arriba-abajo de hacer la distinción también caería el modo Kitcher/Stroud/Field, según el cual un conocimiento es a priori si es empíricamente irrevocable (cfr. Kitcher 1980 y 2000; Stroud 1984; Field 2000). Si la creencia es un término teórico epistemológicamente significativo, entonces el modo de Hawthorne 2007 de establecer la distinción, según el cual un proceso de formación de creencias garantiza una creencia *a priori* si su ejecución garantizaría esa creencia sin importar el entorno – así como el modo (muy similar al de Hawthorne) de Ichikawa/Jarvis, según el cual “a priori knowledge is possible [...] when no particular experience plays a role in making it propositionally rational to transition to a belief of the proposition in question” (Ichikawa y Jarvis 2016, p. 161) – también serían modos arriba-abajo de establecer la distinción. La concepción de Ichikawa/Jarvis depende de que, *vis-à-vis* justificación doxástica (i. e., justificación de nuestras creencias), haya justificación proposicional (i. e., justificación en la proposición que estamos epistémicamente justificados en creer).

⁷² Esta es una de las razones por las que BonJour rechaza la concepción negativa de la creencia justificada a priori según la cual “[a]n a priori justified belief is one that is justified independently of any appeal to experience” (1998, p. 7) y prefiere, en su lugar, la concepción positiva, según la cual “[a]n a priori justified

Con el propósito de mostrar las carencias del modo arriba-abajo, Williamson también recurre (Williamson 2020a, pp. 118-131) a dos de sus tácticas ya discutidas: i) negar que la analiticidad de una proposición implique su aprioridad y ii) negar la implicación entre diferencias metafísicas y diferencias epistemológicas. Dado que ya expuse cada una de estas tácticas, en este capítulo me gustaría discutir los argumentos de Williamson según los cuales todo puede caer del mismo lado de la línea teóricamente trazada entre lo a priori y lo a posteriori en razón de que la distinción a priori/a posteriori no consigue identificar/marcar las distinciones epistemológicas fundamentales.

Antes dije, siguiendo a Williamson, que este es un problema para la distinción arriba-abajo. Pero me parece que no es un problema exclusivo de la distinción arriba-abajo, pues también lo es para la distinción abajo-arriba, no sólo porque los defensores de la significatividad epistémica de la distinción “typically assume that the bottom-up and top-down methods yield equivalent results and so are mutually supporting, each averting the risk to the other” (Williamson 2020a, p.117), sino porque, como también ya dije, en la práctica el modo arriba-abajo muchas veces recurre – mediante ejemplos y prototipos – a términos propios del modo abajo-arriba, como “experiencia” y “evidencia” (Williamson 2020a, p. 120).

Es claro que si el modo abajo-arriba actualizara la posibilidad de que todo caiga del mismo lado de la línea teóricamente trazada entre lo a priori y lo a posteriori – en el sentido, ya descrito, de entender la relación de dependencia entre nuestro conocimiento y la experiencia de una manera muy laxa y/o la noción de “experiencia” de una manera muy amplia, de modo que todo acabe cayendo del lado de lo a posteriori – entonces la distinción entre lo a priori y lo a posteriori, incluso considerando el propio modo abajo-arriba, no existiría. Pero creo que debemos rechazar esta posibilidad no sólo por ser poco o nulamente explicativa del papel de la experiencia en el conocimiento, sino también porque Williamson

belief is one that is justified by appeal to reason or pure thought alone” (1998, p. 7). Para salvar la aprioridad del problema relativo al *broadest meaning of the term ‘experience’*, algunos filósofos suelen tratar la aprioridad como la independencia de sólo un subconjunto de nuestras experiencias, v. gr., casos de percepción del mundo externo (cfr. Boghossian 1998; McLaughlin 2000). Con esta maniobra ciertamente se elude el problema de que todo pueda caer del mismo lado (del lado de lo a posteriori) de la línea teóricamente trazada entre lo a priori y lo a posteriori, pero no se eluden las dudas williamsonianas hacia la significatividad de la distinción, pues, e. g., su escepticismo cubre casos de percepción del mundo externo, como veremos en el capítulo V.

contempla casos en los que, vía el modo abajo-arriba, “[o]ne may know p both a priori and a posteriori, if one knows it in several ways, some a priori, some a posteriori” (Williamson 2020a, p. 118).

Que pueda haber casos “mixtos” en los que podamos conocer una proposición p tanto a priori como a posteriori no significa que los casos sean casos límite (Williamson 2020a, p. 120), pues recordemos que Williamson no niega que haya, al menos del modo abajo-arriba, *claros* casos de conocimiento a priori y de conocimiento a posteriori. Lo que sucede, más bien, es que la distinción abajo-arriba es epistemológicamente superficial porque dicha distinción “does not cut at the epistemological joints” (Williamson 2020a, p. 120).

Williamson ofrece una analogía política para mostrar cómo es que una distinción puede fracasar en identificar/marcar distinciones fundamentales (en este caso, entre políticas públicas):

If one aims to criticize the distinction between liberal and non-liberal policies, one achieves little by producing examples of policies that are neither clearly liberal nor clearly non-liberal. Every useful political distinction has borderline cases. But if one can produce an example of a clearly liberal policy that is politically only superficially different from a clearly non-liberal policy, then one has gone some way towards showing that the liberal–non-liberal distinction does not cut at the political joints (Williamson 2020a, p. 120).

Con esta analogía a la mano podemos decir que si es posible suministrar un ejemplo de un conocimiento claramente a priori que sea, epistemológicamente, sólo superficialmente distinto de un conocimiento claramente no a priori, entonces habremos avanzado en mostrar que la distinción a priori/a posteriori no consigue identificar/marcar distinciones epistemológicas fundamentales. (Para este propósito no nos servirá, siguiendo la analogía política de Williamson, encontrar casos de conocimiento que no sean claramente a priori ni claramente a posteriori.) Es esto lo que discutiré a continuación.⁷³

⁷³ Schechter (por aparecer) objeta a Williamson que la significatividad teórica de la distinción a priori/a posteriori no está en que nos permita hacer *some joint in nature*, sino en que nos permite identificar algunos problemas relativos a la epistemología del conocimiento no perceptual, que es, respecto del conocimiento perceptual ordinario, un tanto enigmático. Schechter sostiene que una diferencia importante entre ambos tipos de conocimiento es que, en el conocimiento no perceptual, la creencia no guarda una relación causal con aquello de lo que la creencia trata. Encuentro dos problemas en la objeción de Schechter. El primero de ellos

Para esto, consideremos un conocimiento claramente a priori (CARMESÍ) y un conocimiento claramente a posteriori (WHO'S WHO):

CARMESÍ: Todas las cosas carmesí son rojas.

WHO'S WHO: Todos los volúmenes recientes de *Who's Who* son rojos.

Para las concepciones epistemológicas de la analiticidad, los casos normales “of knowledge of [CARMESÍ] are clearly a priori, because by definition crimson is just a specific type of red” (Williamson 2020a, p. 121), mientras que para la concepción tradicional los casos normales “of knowledge of [WHO'S WHO] are clearly a posteriori, because it takes direct or indirect experience of recent volumes of the British work of reference *Who's Who* to determine their colour (that is, the predominant colour of their official cover)” (Williamson 2020a, p. 121).⁷⁴

Concedido esto, Williamson intenta mostrar que los procesos cognitivos que subyacen en nuestro conocimiento “claramente” a priori de CARMESÍ y en nuestro conocimiento “claramente” a posteriori de WHO'S WHO son relevantemente similares

es que su propio problema – casos “enigmáticos” en los que la creencia no guarda una relación causal con aquello de lo que la creencia trata – puede identificarse sin auxilio alguno de la distinción a priori/a posteriori (cfr. Perry 2000). El segundo es que el problema que supone para el conocimiento no perceptual que la creencia no guarde una relación causal con aquello de lo que la creencia trata es un problema que, al menos en el campo de las creencias sobre “objetos” matemáticos, *prima facie* puede disolverse (e. g., apelando al platonismo liberal de Lewis 2001 (pp. 108-115)/Stalnaker 2003 o al trivialismo platónico de Rayo 2015) o, incluso, resolverse (cfr. Gödel 2001 [1951]).

⁷⁴ Casullo objeta a Williamson que, a favor de su escepticismo, no ofrece una caracterización general de lo que constituyen los “casos normales” de conocimiento, e. g., los “casos normales” de conocimiento de CARMESÍ y de WHO'S WHO: “Williamson does not offer a general characterization of what he means by a ‘normal case’ of knowing *p*. Presumably, a normal case of knowing *p* is some particular way of knowing *p*. But what are the general features that distinguish the normal way of knowing *p* from other ways of knowing *p*? Is the normal way of knowing *p* the predominant or typical way of knowing *p* in some epistemic community? Is it the way in which the experts in an epistemic community know *p*? Or is it some other way?” (Casullo, por aparecer, pp. 7-8). Parece que Casullo está demandando de Williamson que sus ejemplos se ajusten a algo así como la forma canónica o estandarizada de saber que *p*. Pero, además de que creo que para los propósitos escépticos de Williamson es suficiente con describir un modo verosímil mediante el cual podríamos saber que *p*, algunas veces hay dificultades virtualmente insuperables al momento de intentar determinar qué significa saber algo de manera canónica o estandarizada, en particular si “saber que *p*” es sensible al contexto. Por ejemplo, Loomis 1940 recopiló 370 pruebas del teorema de Pitágoras. Si, presumiblemente, un caso normal de saber que *p* (*p* = teorema de Pitágoras) consiste en algún modo particular de saber que *p*, entre las 370 pruebas del teorema de Pitágoras hay algunas que se ajustan al modo particular de saber que *p* en la comunidad epistémica de los alumnos promedio de educación secundaria, otras que se ajustan al modo particular en el que los expertos en la comunidad epistémica de los matemáticos saben que *p*, etc. Creo que de ninguno de estos modos podríamos decir que encarna *the general features that distinguish the normal way of knowing p from other ways of knowing p*.

(Williamson 2020a, p. 122) para ulteriormente mostrar que la distinción a priori/a posteriori *does not cut at the epistemological joints*. Su argumento va como sigue.

Para conocer CARMESÍ no necesitamos comparar, con la vista, si cualesquiera cosas carmesí son rojas, ni tampoco recordar cualesquiera cosas carmesí para comprobar que son rojas. (Todo esto, creo, lo concederían muchos aprioristas.) Nuestro proceso cognitivo para asentir a la pregunta de si CARMESÍ es verdadero es, más bien, como sigue. Primero, utilizamos nuestra *habilidad* para hacer juicios visuales que involucran al color carmesí para imaginar, visualmente, una muestra [a sample] de carmesí. Inmediatamente después utilizamos nuestra habilidad para hacer juicios visuales que involucran al color rojo para juzgar, *dentro de la suposición imaginativa*, que la muestra carmesí es roja. En este proceso cognitivo, los recuerdos *episódicos* de experiencias pasadas no han desempeñado ningún papel, pues todo lo que hacemos, de acuerdo con Williamson, es “transpose ‘online’ cognitive skills originally developed in perception into corresponding ‘offline’ cognitive skills subsequently applied in imagination” (Williamson 2020a, p. 121). Ya que este ejemplo contempla que nuestro desempeño fue suficientemente hábil, que las condiciones de trasfondo eran normales, en definitiva, que no había condiciones de revocación epistémica, llegamos a conocer CARMESÍ.

Veamos ahora qué necesitamos para conocer WHO’S WHO (i. e., cuál es nuestro proceso cognitivo para asentir a la pregunta de si WHO’S WHO es verdadero). Primero, aprendemos la oración “volúmenes recientes de *Who’s Who*” al aprender sus términos (“volumen”, “reciente”, etc.) No se nos enseña ninguna regla como WHO’S WHO (p. ej., una regla que conecte “volumen reciente de *Who’s Who*” con “rojo”).⁷⁵ Mediante práctica y retroalimentación [feedback] nos volvemos muy hábiles en juzgar, mediante la vista, si algo es un volumen reciente de *Who’s Who* y, por el otro lado, si algo es rojo. Si, ahora, se nos pregunta si WHO’S WHO es verdadero, podemos llegar a saber WHO’S WHO incluso si nunca nos habíamos hecho esta pregunta y sin tener que mirar ningún volumen reciente de *Who’s Who* para comprobar que es rojo, ni recordar volumen reciente alguno de *Who’s*

⁷⁵ Creo que esta restricción por parte de Williamson a que haya una regla que nos permita conectar “volumen reciente de *Who’s Who*” con “rojo” pretende impedir, entre otras cosas, que una suerte de definición operacionista de “rojo”, como “algo es rojo syss es del mismo color que los volúmenes recientes de *Who’s Who*”, sea la que nos permita saber WHO’S WHO.

Who para comprobar que es rojo, ni, en definitiva, recurrir a ejercicio alguno de percepción o de recuerdo episódico para llegar a saber que WHO'S WHO es verdadero. Lo que sucede es que utilizamos nuestra habilidad para hacer juicios visuales de “volumen reciente de *Who's Who*” para imaginar, visualmente, un volumen reciente de *Who's Who*. Inmediatamente después utilizamos nuestra habilidad para hacer juicios visuales de “rojo” para juzgar, dentro de esta suposición imaginativa, que “es rojo”. Al igual que en el caso de CARMESÍ, esto involucra la misma capacidad “to transpose ‘online’ cognitive skills originally developed in perception into corresponding ‘offline’ cognitive skills subsequently applied in imagination” (Williamson 2020a, p. 122). Y, al igual que sucede en CARMESÍ, nuestros recuerdos episódicos – en este caso, de volúmenes recientes de *Who's Who* – no han desempeñado ningún papel en todo este proceso cognitivo. Asumiendo que aquí tampoco haya condiciones de revocación epistémica, llegamos a conocer WHO'S WHO.

IV.1. Una objeción al relato de Williamson

Según el relato anterior, nuestros procesos cognitivos para llegar a saber CARMESÍ y WHO'S WHO son relevantemente similares. Una manera de objetar al escepticismo williamsoniano podría consistir en argumentar que este relato – i. e., el relato acerca de nuestros procesos cognitivos para llegar a saber CARMESÍ y WHO'S WHO – es falso. Para que esta objeción funcionara, sería *suficiente* mostrar que nuestros procesos cognitivos para llegar a conocer CARMESÍ o para llegar a conocer WHO'S WHO no son como Williamson los describe.⁷⁶

En otros términos, para objetar exitosamente al escepticismo de Williamson respecto de sus ejemplos CARMESÍ y WHO'S WHO parecería bastar con negar la verdad de la premisa P₂:

⁷⁶ Desde luego, no es la única opción anti-escéptica, pues también podríamos decir, por ejemplo, que si bien hay una gran similitud entre CARMESÍ y WHO'S WHO, ello no es suficiente para que ambos casos pertenezcan al mismo *joint* epistémico.

P₁: Si los procesos cognitivos que subyacen a nuestro conocimiento de CARMESÍ y WHO'S WHO son relevantemente similares, los conocimientos de CARMESÍ y WHO'S WHO no difieren epistémicamente de manera significativa.

P₂: Los procesos cognitivos que subyacen a nuestro conocimiento de CARMESÍ y WHO'S WHO son relevantemente similares.

C: Los conocimientos de CARMESÍ y WHO'S WHO no difieren epistémicamente de manera significativa.

Quizá la parte más controversial del relato de Williamson es aquella en la que afirma que, al menos *ex hypothesi*, para llegar a saber WHO'S WHO no necesitamos *recurrir a ejercicio alguno de percepción o de recuerdo episódico*, afirmación de la que parte para concluir que, como tampoco recurrimos a nuestra vista ni a nuestros recuerdos episódicos para llegar a saber CARMESÍ, y que en ambos casos nuestra imaginación desempeña un papel epistémico relevantemente similar, nuestros procesos cognitivos para llegar a saber CARMESÍ y WHO'S WHO son relevantemente similares. ¿Es verosímil todo esto?

En una de las dos secciones que dedican a ofrecer una respuesta conciliatoria al escepticismo williamsoniano, Melis y Wright (por aparecer) sostienen que una manera de lidiar con nuestros procesos cognitivos para llegar a los conocimientos de CARMESÍ y de WHO'S WHO podría consistir en clasificar dichos métodos de cognición como *a posteriori* (Melis y Wright, por aparecer, p. 9),⁷⁷ habida cuenta de que en casos como CARMESÍ y WHO'S WHO hay un recordar no-episódico basado en la familiaridad [acquaintance] de cómo es que se *ven* los tonos carmesí o los volúmenes recientes de *Who's Who*. En sus palabras,

successfully conjuring an image of a crimson shade, or of a volume of *Who's Who*, should be reckoned to be an instance of recollection – that is, as something involving memory of what crimson things, and volumes of *Who's Who*, look like. (There would, to be sure, still be a difference in the

⁷⁷ Su otra respuesta conciliatoria al escepticismo williamsoniano consiste en que consideremos a CARMESÍ y WHO'S WHO como proposiciones sintéticas *a priori*. De esta otra respuesta conciliatoria de Melis y Wright surge su división tripartita de lo a priori y lo a posteriori que expuse críticamente en el primer capítulo. Aunque no como una respuesta/propuesta conciliatoria, sino como un directo desafío al escepticismo williamsoniano, Boghossian (2020a, pp. 196-199) también apela a las proposiciones sintéticas a priori (especialmente en el ámbito de las “verdades normativas”) para defender la significatividad epistémica de la distinción a priori/a posteriori.

modal status of what was thereby recollected — crimson things necessarily look like that; volumes of *Who's Who* do not. But almost everyone now allows that necessary propositions can be known a posteriori.) It is true that no episodic memory need be involved — no memory of any particular occasion on which a crimson thing, or a volume of *Who's Who*, was encountered—but there certainly is such a thing as remembering, based on acquaintance, what something, or some kind of thing, looks like. And in general such memory need involve no recollection of any particular episode of acquaintance with the thing or with an instance of the kind. If, in a temporary total amnesia, you lose all remembrance of the events of your past but still find yourself able to find your way to your house and recognise it as such, that is knowledge based on acquaintance and stored in memory (Melis y Wright (por aparecer), p. 9).

Más allá de estas líneas, Melis y Wright (por aparecer) no dicen nada acerca de lo que entienden por *knowledge based on acquaintance*. Pero creo que es plausible asumir, a partir de su ejemplo relativo a una amnesia total temporal, que lo que tienen en mente es relevantemente similar a un conocimiento no mediado por procesos inferenciales ni por descripciones. Pues si en un estado de amnesia total temporal no obstante sé cuál es el camino a mi casa y la reconozco como mi casa, parecería que este conocimiento no es un conocimiento mediado por inferencias acerca de cuál es mi casa (e. g., que se encuentra en tal y cual posición relativa a donde estoy) ni por descripciones acerca de mi casa (e. g., que satisface tales y cuales descripciones).

Asumida esta concepción de un conocimiento *based on acquaintance*, coincido con Melis y Wright en que, para saber cómo se ven (i. e., de qué color son) los volúmenes recientes de *Who's Who*, hay “such a thing as remembering, based on acquaintance, what something, or some kind of thing, looks like” (Melis y Wright, por aparecer, p. 9) sin que en tal recordar deba haber recuerdos episódicos involucrados. De hecho, me parece que en muchas ocasiones es precisamente así como sabemos proposiciones similares a WHO'S WHO. Por ejemplo, para saber de qué color son todas las camisetas recientes de mi equipo de fútbol preferido, o de qué color son todos los volúmenes de los cuadernos de *Crítica*, o de qué tamaño son todos los cartuchos de mi consola de videojuegos favorita, en mi recordar no suele haber recuerdos episódicos involucrados, sino un *knowledge based on acquaintance and stored in memory* muy parecido al descrito por Melis y Wright.

Pero este recordar-no-episódico está explícitamente estipulado en los ejemplos CARMESÍ y WHO'S WHO de Williamson. Para asentir a la pregunta de si *todas las cosas carmesí son rojas* es verdadera, empleamos juicios visuales que involucran al color carmesí y que involucran al color rojo, mientras que para asentir a la pregunta de si *todos los volúmenes recientes de Who's Who son rojos* es verdadera, empleamos nuestros juicios visuales para juzgar si algo es un volumen reciente de *Who's Who* y si algo es rojo. En nuestros procesos cognitivos para llegar a saber CARMESÍ y WHO'S WHO no hay recuerdos episódicos involucrados, sino un recuerdo de cómo se ve una muestra de color carmesí o un ejemplar de *Who's Who*, por lo que ambos parecen ser casos de *knowledge based on acquaintance and stored in memory*. Además, ya que en ambos casos nuestra imaginación desempeña un papel epistémico relevantemente similar, P₂ es verdadera.⁷⁸

Dije que el objetivo de Melis y Wright al señalar que tanto en CARMESÍ como en WHO'S WHO hay un *knowledge based on acquaintance and stored in memory* es parte de su propuesta conciliatoria de clasificar como *a posteriori* a nuestros procesos cognitivos para llegar a saber CARMESÍ y WHO'S WHO. Ahora bien, ¿no supone esta propuesta, en cualquier caso, un modo indirecto de caer presa del escepticismo williamsoniano? El propósito de Williamson al insistir en que los procesos cognitivos detrás de un conocimiento *prima facie* a priori como CARMESÍ son relevantemente similares a los procesos cognitivos detrás de un conocimiento *prima facie* a posteriori como WHO'S WHO *no* es mostrar que, debido a esta similitud, CARMESÍ pierde su estatus de conocimiento a priori o que WHO'S WHO pierde su estatus de conocimiento a posteriori. Su propósito, más bien, es señalar similitudes no triviales entre los procesos cognitivos detrás de un caso de conocimiento “claramente” a priori y un caso de conocimiento “claramente” a posteriori a fin de señalar que la distinción es teóricamente infértil.

Creo que decir, como sugieren Melis y Wright, que CARMESÍ podría reclasificarse como un caso de conocimiento a posteriori no dice nada en contra de dicho propósito, sino todo lo contrario. Pues si reclasificamos nuestro conocimiento de CARMESÍ como a

⁷⁸ Tener un conocimiento del tipo al que aluden Melis y Wright, i. e., un conocimiento *based on acquaintance and stored in memory*, parece ser necesario y suficiente para satisfacer el requisito epistemológico desarrollado en Kripke (por aparecer), por lo que, si dicho tipo de conocimiento está presente (como he intentado argumentar) en CARMESÍ y WHO'S WHO, entonces ejemplos como CARMESÍ y WHO'S WHO no son presas del requisito epistemológico de Kripke (por aparecer).

posteriori por la razón de que CARMESÍ y WHO'S WHO son casos de *knowledge based on acquaintance and stored in memory*, podemos hacer lo mismo con otros casos de conocimiento a priori que también sean relevantemente similares a casos de conocimiento a posteriori en tanto *knowledge based on acquaintance and stored in memory*. *Mutatis mutandis*, también es posible reclasificar casos de conocimiento a posteriori como casos de conocimiento a priori.

El quid es que si entre ambos tipos de conocimiento no hay diferencias epistémicamente significativas, la distinción a priori/a posteriori parece ser vacua, y por tanto tan arbitrario es reclasificar WHO'S WHO como a priori como reclasificar CARMESÍ como a posteriori (como sugieren Melis y Wright).⁷⁹ En palabras de Williamson (2013, pp. 296-297):

As characterized earlier, the cognitive processes underlying [our] clearly a priori knowledge of [CARMESÍ] and [our] clearly a posteriori knowledge of [WHO'S WHO] are almost exactly similar. If so, how can there be a deep epistemological difference between them? But if there is none, then the a priori–a posteriori distinction is epistemologically shallow. One response is to argue that at least one of the cases has been mislocated in relation to the a priori–a posteriori boundary. Perhaps [our] knowledge of [CARMESÍ] is really a posteriori, or [our] knowledge of [WHO'S WHO] is really a priori (although presumably we did not make both mistakes). The risks of such a strategy are also obvious. If we reclassify [us] as knowing [CARMESÍ] a posteriori, we may have to do the same for all or most supposed cases of a priori knowledge, perhaps even of basic principles in logic and mathematics (such as standard axioms of set theory). For [our] knowledge of [CARMESÍ] did not initially seem atypical as a supposed case of a priori knowledge. On the other hand, if we reclassify [us] as knowing [WHO'S WHO] a priori, we may still lose the distinction between a priori disciplines such as logic and mathematics and a posteriori disciplines such as physics and geography. Either way, we end up with an a priori–a posteriori distinction that cannot do much theoretical work.

Sin duda, otro modo de hacer frente al escepticismo williamsoniano podría consistir en concederle que así es como tienen lugar nuestros procesos cognitivos para llegar a saber CARMESÍ y WHO'S WHO, pero que sus ejemplos son *ad hoc* para que así suceda. En otras palabras, CARMESÍ y WHO'S WHO no son casos *genuinos* de conocimiento a priori y a posteriori, y si se consideraran casos genuinos, no estarían sujetos a los mismos

⁷⁹ Ciertamente, en ambos casos – CARMESÍ y WHO'S WHO – nuestros procesos cognitivos parecen ser más a posteriori que a priori. Quizá esta apariencia se encuentra detrás de la sugerencia de Melis y Wright.

procesos cognitivos que, de acuerdo con Williamson, tienen lugar en CARMESÍ y en WHO'S WHO. Discutiré esta objeción en el apartado V.1.⁸⁰

⁸⁰ En algún momento durante la elaboración de esta tesis comencé a esbozar la discusión de otro modo de objetar al escepticismo williamsoniano a partir de sus ejemplos CARMESÍ y WHO'S WHO, v. gr., una discusión de las breves objeciones que, recurriendo al trabajo de Chudnoff 2011, hace Russell 2020 al escepticismo de Williamson. Creo que las objeciones de Russell, aunque presentan serios problemas, son interesantes, pero para discutir las con cierto detalle tendría que haberme explayado en la naturaleza de la imaginación no-icónica, cuestión que, descubrí al poco tiempo, sobrepasa los propósitos de esta tesis.

Capítulo V

Nuestra experiencia “externa” e “interna” en los conocimientos a posteriori y a priori

La última de las estrategias de Williamson para poner en duda la significatividad epistemológica de la distinción a priori/a posteriori que discutiré consiste en cuestionar la asociación tradicional entre la experiencia “externa” y el papel evidencial de la misma en el conocimiento a posteriori, por un lado, y entre la experiencia “interna” y el papel habilitador de la misma en el conocimiento a priori, por el otro. Esta estrategia, de ser efectiva, da cuenta de un problema con el modo arriba-abajo de hacer la distinción que toqué de pasada en el capítulo IV pero sobre el que no dije mucho: que, en la práctica, el modo arriba-abajo suele recurrir a términos, como “experiencia” o “evidencia”, que se entienden, al menos en parte, de abajo hacia arriba, lo que nos regresa al problema propio del modo abajo-arriba.

De acuerdo con Williamson, la razón por la que, *en la práctica*, muchos filósofos que comienzan introduciendo la distinción a priori/a posteriori de arriba-abajo acaban recurriendo a términos que se entienden abajo-arriba (i. e., mediante ejemplos o prototipos) es la poca claridad *teórica* con la que estos filósofos tratan dichos términos (Williamson 2020a, p. 120). Dada esta poca claridad teórica – por ejemplo, al confundir la evidencia con un hecho psicológico – estos filósofos acaban recurriendo a ejemplos prototípicos para dar cuenta de la distinción. Expondré un ejemplo de esta poca claridad teórica en el apartado V.4.

A su vez, la estrategia que consiste en cuestionar la asociación tradicional entre la experiencia “externa” y el papel evidencial de la misma, por un lado, y entre la experiencia “interna” y el papel habilitador de la misma, por el otro, ayuda a despejar una duda que surge una y otra vez con los ejemplos de Williamson, v. gr., si constituyen casos genuinos de conocimiento a priori y de conocimiento a posteriori. Esta estrategia williamsoniana pretende despejar esta duda al mostrar cómo lo dicho acerca de “todas las cosas carnesí

son rojas”, por ejemplo, es extrapolable a casos que, de haber conocimiento a priori, buena parte de la tradición filosófica considera indudablemente a priori: los enunciados de las matemáticas puras y de la lógica clásica. Para esto es necesaria una breve recapitulación.

Recordemos que la postura estándar de los defensores de la distinción epistemológicamente significativa entre lo a priori y lo a posteriori distingue entre los dos papeles que desempeña la experiencia en nuestra cognición: uno evidencial y otro habilitador. Hemos visto una y otra vez que Williamson no niega que existan estos dos papeles (de hecho, recurre a ellos constantemente), sino que pone en seria duda el papel que, respecto de lo a priori y lo a posteriori, suele atribuírseles, a saber, que un conocimiento a priori *puede* depender de la experiencia en su papel habilitador, pero *no debe* depender de ella en su papel evidencial, y que un conocimiento a posteriori *debe* depender de la experiencia en su papel evidencial. Esto es lo que Williamson rechaza. Y lo hace suministrando ejemplos (modo abajo-arriba) en los que, ante supuestos casos de conocimiento a priori (como CARMESÍ) y de conocimiento a posteriori (como WHO’S WHO), el papel de la experiencia es más que puramente habilitador, pero menos que estrictamente evidencial.

A pesar de haber expuesto algunos de los problemas que conllevan sus ejemplos, por mor de lo que sigue concedamos el quid del argumento de Williamson a este respecto: que los procesos cognitivos que subyacen en el conocimiento “claramente” a priori de CARMESÍ y en el conocimiento “claramente” a posteriori de WHO’S WHO son relevantemente similares entre sí – pues en *ambos* casos de conocimiento, según Williamson, el papel de la experiencia es más que puramente habilitador, pero menos que estrictamente evidencial – como para poner en duda que exista una diferencia epistemológica significativa entre ellos. Ya que en CARMESÍ y en WHO’S WHO el papel de la experiencia es menos que estrictamente evidencial, pero más que puramente habilitador – en el sentido de que en ninguno de los dos casos recurrimos a nuestra percepción visual pero sí a nuestra habilidad para hacer juicios visuales para saber que CARMESÍ y WHO’S WHO son verdaderos – es inútil hablar de “experiencia” (o de “evidencia”) para intentar re-establecer una distinción epistémicamente significativa entre lo a priori y lo a posteriori.

Ante esto, el defensor de que la dicotomía a priori/a posteriori es epistemológicamente significativa podría decir que CARMESÍ es un caso de conocimiento a priori *ad hoc* para los propósitos escépticos de Williamson y recurrir, en cambio, a casos que, según buena parte de la tradición, son indudablemente a priori: casos en los que, *prima facie*, la experiencia desempeña un papel *puramente* habilitador. Tales son, aparentemente, los casos de nuestro conocimiento matemático puro (como nuestro conocimiento de la teoría de conjuntos según el modelo Zermelo-Fraenkel) y de nuestro conocimiento de algunos principios de la lógica clásica (como el principio de que cualquier cosa es idéntica consigo misma).

Es aquí donde Williamson cuestiona la asociación tradicional entre la experiencia “externa” y el papel evidencial de la misma, por un lado, y entre la experiencia “interna” y el papel habilitador de la misma, por el otro. Pues, si nos deshacemos de esta mera estipulación (Williamson 2020a, p. 119) y concedemos que la experiencia que involucra la introspección o la reflexión (i. e., la experiencia “interna”) también puede desempeñar un papel evidencial, entonces el conocimiento basado en pruebas (el conocimiento matemático), comúnmente clasificado según el papel exclusivo de la experiencia “interna”, también estaría sujeto a *algún* papel *evidencial* de la experiencia. Y es por esto por lo que, “[e]ven if experience plays no strictly evidential role in core mathematical practice, the suspicion remains that its role is more than purely enabling” (Williamson 2020a, p. 128).

Y lo mismo sucede, de acuerdo con Williamson, con nuestro conocimiento lógico acerca del principio de que cualquier cosa es idéntica a sí misma: “[c]lassify it as a priori by all means, but do not let that blind you to how much it has in common with a posteriori knowledge of identity and distinctness” (Williamson 2020a, p. 130).⁸¹ Pues, así como la diferencia *metafísica* (= modal) entre “todas las cosas carmesí son rojas” y “todos los volúmenes recientes de *Who’s Who* son rojos” nos puede hacer sobreestimar la diferencia epistemológica entre nuestro conocimiento de “todas las cosas carmesí son rojas” y nuestro

⁸¹ Esta manera no apriorística de concebir el principio de identidad se retrotrae al menos hasta Locke (cfr. Nagel 2014, pp. 39-42). Ahora bien, ¿es esta forma no apriorística la forma canónica de saber que el principio de identidad es verdadero? Ya vimos, en la nota 74 del capítulo IV, que para Casullo (por aparecer, pp. 7-8) este tipo de preguntas acerca de la forma canónica de conocer algo no es trivial para la viabilidad del escepticismo williamsoniano. Creo que, para el caso en cuestión, esta pregunta no está zanjada, especialmente si consideramos trabajos como el de Priest 2016, en el que se prescinde de lo a priori en la epistemología de la lógica.

conocimiento de “todos los volúmenes recientes de *Who’s Who* son rojos”, la diferencia *lógica* entre “ $a = a$ ” y “ $a = b$ ” nos puede hacer sobreestimar, de acuerdo con Williamson (2020, p. 130), la diferencia epistemológica entre nuestro conocimiento de que “ $a = a$ ” (una verdad “racional”, “analítica”, etc.) y nuestro conocimiento de que “ $a = b$ ” (una verdad “empírica”, “sintética”, etc.).⁸² Ahora es momento de ver con más detalle los casos matemático y lógico.

V.1. ¿Son los ejemplos de Williamson ejemplos de claro conocimiento a priori y a posteriori?

Dije que un modo de objetar al escepticismo williamsoniano podría consistir en señalar que sus ejemplos acerca de CARMESÍ y de WHO’S WHO no son casos *realmente claros* de conocimiento a priori y a posteriori, y que si se consideraran casos realmente claros, no estarían sujetos a los mismos procesos cognitivos que tienen lugar en sus ejemplos. Williamson parece ser consciente de esta (posible) objeción, y es por ello que en Williamson 2013 ofrece una serie de argumentos a favor de que, en casos prototípicos de genuino conocimiento *a priori*, tienen lugar procesos cognitivos relevantemente similares a los que tienen lugar en los casos de CARMESÍ y de WHO’S WHO (que, según su relato, son a su vez relevantemente similares entre sí).

Antes de exponer estos argumentos de Williamson es importante tener en claro lo que está en juego aquí: en esta parte de su relato escéptico, Williamson *no* está ofreciendo argumentos a favor de que nuestros procesos cognitivos para saber CARMESÍ y WHO’S WHO son como él describe que son – *pues eso ya lo está dando por sentado aquí* – sino a favor de que nuestros procesos cognitivos para llegar a conocer verdades lógicas y matemáticas son relevantemente similares a nuestros procesos cognitivos para saber CARMESÍ y WHO’S WHO. Tener en cuenta esta diferencia es importante para no creer que, si no conseguimos mostrar que es falsa su hipótesis acerca de cómo son nuestros procesos cognitivos para saber CARMESÍ y WHO’S WHO, entonces tampoco conseguiremos mostrar que nuestros procesos cognitivos para llegar a conocer verdades

⁸² Aquí, Williamson está negando que una diferencia lógica implique una diferencia epistemológica, así como antes (apartado II.1) negó que una diferencia metafísica implique una diferencia epistemológica.

lógicas y matemáticas no son como Williamson describe que son. Podemos concederle lo primero sin necesariamente tener que concederle lo segundo.

Ahora bien, parecería que, si tuviéramos éxito en mostrar que nuestros procesos cognitivos para llegar a conocer verdades lógicas y matemáticas no son como Williamson los describe, se sigue que, si nuestro conocimiento de verdades lógicas y matemáticas es prototípicamente a priori (como Williamson asume que lo es), entonces, o bien

(A) nuestro conocimiento de CARMESÍ no es prototípicamente a priori, o bien

(B) si nuestro conocimiento de CARMESÍ es prototípicamente a priori, nuestros procesos cognitivos para llegar a saber su verdad no son como Williamson los describe.

Williamson tiene una salida ingeniosa a (A), de la que ya hablé al final del capítulo IV y que ocasiona que, incluso en caso de que podamos mostrar que nuestro conocimiento de CARMESÍ no es prototípicamente a priori, terminamos con una distinción entre lo a priori y lo a posteriori que no puede hacer mucho trabajo teórico. Pues ahí vimos que, si clasificamos cualquier conocimiento como *a priori* o *a posteriori* – entendiendo esta disyunción como *exclusiva*, pues “[e]very specific way of knowing is either a priori or a posteriori, and not both” (Williamson 2020a, p. 118) – entonces, si resulta que nuestro conocimiento de CARMESÍ no es a priori, forzosamente es a posteriori. Y lo mismo para el caso de nuestro conocimiento de WHO’S WHO, pues si resulta que no es a posteriori, forzosamente es a priori. Pero recordemos que, si reclasificamos nuestro conocimiento de CARMESÍ como a posteriori, podemos hacer lo mismo con otros casos de supuesto conocimiento a priori, mientras que si reclasificamos nuestro conocimiento de WHO’S WHO como a priori, “we may still lose the distinction between a priori disciplines such as logic and mathematics and a posteriori disciplines such as physics and geography” (Williamson 2013, p. 297).

Para que esta salida le sea útil a Williamson en su propósito de mostrar que, en cualquier caso, terminamos con una distinción entre lo a priori y lo a posteriori teóricamente insignificante, nuestro conocimiento de CARMESÍ ha de ser (al menos *prima facie*) a priori, y para esto último es necesario que nuestros procesos cognitivos para saber

su verdad sean relevantemente similares a nuestros procesos cognitivos para conocer verdades prototípicamente apriorísticas. Es esto lo que discutiré a continuación, con el *proviso* de que, si casos prototípicos de conocimiento a priori son relevantemente similares a nuestro conocimiento de CARMESÍ según lo descrito por Williamson, entonces podemos poner en duda la afirmación de que, para nuestro conocimiento de verdades matemáticas y lógicas, “the a priori–a posteriori distinction can still do plenty of useful work in epistemology after all” (Williamson 2013, p. 300).

Antes de discutir esto, creo pertinente recordar las razones que tiene Williamson para decir que, al final de cuentas, la distinción a priori/a posteriori no puede hacer mucho trabajo teórico/útil en la epistemología. Vimos en el primer capítulo que, si bien la distinción es suficientemente práctica para una descripción bruta de algunos fenómenos epistémicos, está fuera de lugar en un análisis teórico más profundo porque oscurece patrones epistémicos más significativos acerca del papel de la experiencia en nuestros procesos cognitivos. Hemos visto una y otra vez que, según la concepción tradicional de la dicotomía a priori/a posteriori, este papel de la experiencia es en realidad doble, uno habilitador y otro evidencial, y que al llevar a cabo un análisis teórico más profundo acerca de ellos – como el que propone Williamson – parece que la distinción a priori/a posteriori no da cuenta de los patrones epistémicos genuinos de tales papeles de la experiencia.

Surge la pregunta natural de si las contribuciones de Williamson a este debate hacen el trabajo teórico/útil en la epistemología que él mismo demanda de la distinción a priori/a posteriori. Creo que, a pesar de la apariencia meramente negativa que tiene el escepticismo williamsoniano, en él hay un aspecto (pro)-positivo, a saber, resaltar el papel que en casos como JCN o JCC desempeña nuestra experiencia pasada en nuestra fiabilidad para hacer juicios (papel que, claramente, no es estrictamente evidencial ni puramente habilitador, por lo que parece tratarse de un tercer papel de la experiencia). Hay un aire de epistemología de las virtudes en esta propuesta que, al menos *prima facie*, no parece encajar del todo con la *knowledge-first epistemology* de Williamson (2000). Pues, por una parte, la posición por default de muchos epistemólogos de la virtud es que el conocimiento es *non-accidentally true belief* (Alfano y Turri 2021); por otra parte, para la *knowledge-first*

epistemology el conocimiento no es analizable como una combinación de la verdad, la creencia, y otros factores como la justificación (pues para la *knowledge first-epistemology*, el concepto de *conocer* es un primitivo teórico).⁸³

Este desfase, empero, no es teóricamente insalvable, pues propuestas como la de Kelp (2017, 2019) abogan por una *knowledge-first virtue epistemology* que pretende salvar lo mejor de las dos epistemologías: la idea propia de las epistemologías de la virtud de que el conocimiento y la creencia justificada han de entenderse en términos del ejercicio de habilidades epistémicas, y la idea propia de la *knowledge-first epistemology* de que la habilidad epistémica es una habilidad más para conocer que para formar creencias verdaderas.

V.2. Sobre nuestro conocimiento “a priori” del axioma del conjunto potencia

En el apartado II.3.1 vimos que, según Williamson, detrás de dos formas distintas de expresar el axioma del conjunto potencia – la que alude a sus justificaciones intrínsecas y la que alude al proceso iterativo de los conjuntos – hay, no obstante, una misma motivación: que nos involucremos *imaginativamente* con lo que está sucediendo, con el propósito ulterior de comprender el axioma del conjunto potencia. Esto es particularmente claro en el caso de la concepción iterativa, en donde el propósito de la metáfora del habla causal y temporal de la formación de los conjuntos “is to appeal to the imagination, enabling us to think about the question in a more vivid, concrete, and perspicuous way, and in particular to convince us that there will be a stage after *S*, without which the power set never gets formed” (Williamson 2013, p. 302). ¿Qué forma tiene nuestro involucramiento imaginativo? De acuerdo con Williamson, la de un ejercicio imaginativo casi exactamente igual al que tiene lugar cuando conocemos que todas las cosas carmesí son rojas, a saber, un ejercicio imaginativo “that makes offline use of our online skill in observing and

⁸³ Aunque en Williamson 2000 la creencia, la fiabilidad (particularmente en términos de *safety*), y la verdad son condiciones necesarias del conocimiento. Goldman 2009 señala una tensión entre estas condiciones necesarias del conocimiento expuestas en Williamson 2000 y el “knowledge-first” programme al que está dedicado Williamson 2000.

engaging in processes of physical creation, a skill honed by past experience” (Williamson 2013, p. 302).

Hay dos supuestos muy fuertes detrás de esto. El primero es que detrás de estas dos formas de expresar el axioma del conjunto potencia – nuevamente, la que alude a sus justificaciones intrínsecas y la que alude al proceso iterativo de los conjuntos – haya la motivación de que nos involucremos *imaginativamente* con lo que está sucediendo. Pues esta motivación no sólo puede estar ausente por parte nuestra, sino también por parte de los mismos teóricos de los conjuntos que, para dar cuenta del axioma del conjunto potencia, aluden ya sea a sus justificaciones intrínsecas o al proceso iterativo de los conjuntos. Williamson ofrece evidencia indirecta a favor de este supuesto cuando escribe que “all experience in the philosophy of set theory suggests that the attempt to make such a general conception of sets [limitation of size or iterativeness] intuitively compelling must rest at least as heavily on appeals to the imagination with metaphors and pictures as do attempts to make intuitively compelling one of the standard set-theoretic axioms” (Williamson 2013, p. 302).⁸⁴

El segundo supuesto fuerte es que, para que comprendamos el axioma del conjunto potencia – ya sea vía sus justificaciones intrínsecas o vía el proceso iterativo de los conjuntos – *realmente* estemos llevando a cabo un ejercicio imaginativo. Entre los filósofos de la teoría de conjuntos suele haber consenso en que mucho del lenguaje de la concepción iterativa ha de entenderse metafóricamente (cfr., e. g., Maddy 2013, pp. 124-126), pero, ¿hay detrás de este lenguaje metafórico un involucramiento imaginativo real? Al menos para el caso de las exposiciones del conjunto potencia que aluden a sus justificaciones intrínsecas, Williamson suministra un ejemplo a favor de que, para comprender dicho axioma, estamos llevando a cabo un ejercicio imaginativo, i. e., estamos satisfaciendo el juicio – propio de las exposiciones del conjunto potencia que aluden a sus justificaciones

⁸⁴ Para justificar un axioma estándar de la teoría de conjuntos no es necesario apelar a la experiencia (en este caso, vía nuestro involucramiento imaginativo), por lo que la justificación de los axiomas estándar de la teoría de conjuntos puede ser a priori. Ante esto, parecería muy natural achacar una suerte de psicologismo a Williamson en su tratamiento de estas cuestiones. Empero, el interés de Williamson no está en la justificación lógica de una proposición p , sino en la justificación epistémica para creer que p , y ciertamente parece que al preguntarnos “whether Jones is *justified* in believing tautology T or theorem θ , it is hard to avoid the question of the belief’s provenance, or origin, which should be understood as its psychological origin” (Goldman 2015a, p. 170).

intrínsecas – que *It is probably going to be a larger collection, but not so terribly much larger.*⁸⁵

Imaginemos, nos pide Williamson (2013, p. 302), que tenemos a la mano tres objetos a , b , y c que forman un conjunto del que podemos hacer ocho conjuntos (ocho elecciones) que son los miembros del conjunto potencia del conjunto de nuestros tres objetos a , b , y c : $\{a, b, c\}$, $\{a, b\}$, $\{a, c\}$, $\{b, c\}$, $\{a\}$, $\{b\}$, $\{c\}$, y $\{\}$.⁸⁶

¿Qué proceso cognitivo me permite satisfacer el juicio de que el conjunto potencia resultante probablemente será una colección más grande que el conjunto de tres objetos original, pero no “terriblemente” mucho más grande? En otras palabras, ¿qué manejabilidad cognitiva [cognitive tractability] del conjunto potencia es la que me permite, en este caso, aceptar el axioma del conjunto potencia? La respuesta de Williamson es que “[m]y online experience of making different selections from amongst perceptually presented objects facilitates my offline imagined survey of all possible selections, and enables me to make the judgment [...] ‘It is probably going to be a larger collection, but not so terribly much larger.’” (Williamson 2013, p. 302). Así pues, detrás de nuestro conocimiento del axioma del conjunto potencia puede haber un ejercicio imaginativo relevantemente similar al que tiene lugar cuando conocemos CARMESÍ o WHO’S WHO, i. e., uno que transpone nuestras habilidades cognitivas originalmente desarrolladas en la percepción (habilidades cognitivas *en línea*) en habilidades cognitivas subsecuentemente aplicadas en la imaginación (habilidades cognitivas *fuera de línea*).

Parece que objetar a Williamson al poner en duda la relevancia epistémica que tiene nuestra imaginación supone un camino muy estrecho, ya sea por la evidencia empírica a favor del valor cognitivo de la imaginación (Harris 2000), por la evidencia empírica a favor de que nuestros procesos cognitivos cuando imaginamos algo y nuestros procesos cognitivos cuando vemos algo son virtualmente indistinguibles (Dijkstra et al. 2021), y por

⁸⁵ La justificación intrínseca del axioma del conjunto potencia a la que aluden Crossley et al. 1972, expuesta en el apartado II.5.

⁸⁶ La razón por la que un conjunto potencia siempre es cardinalmente mayor que el conjunto del que surge está en el teorema de Cantor según el cual, si C es cualquier conjunto, y $f : C \rightarrow \mathcal{P}C$ es una función inyectiva, siempre habrá al menos un elemento de $\mathcal{P}C$ que no estará contenido en el recorrido de f (cfr. Mosterín y Torretti 2010, p. 123).

la evidencia empírica, ya expuesta en II.6, a favor de que, cuando aprehendemos las propiedades de un objeto imaginado, lo hacemos vía el ejercicio de alguna de nuestras facultades perceptuales (Yablo 2002).

V.3. Sobre nuestro conocimiento “a priori” del principio de identidad

¿Cómo sabemos *apriorísticamente* un principio como el de la reflexividad de la identidad (RI), i. e., el principio según el cual cualquier cosa es idéntica consigo misma? ¿Cómo sabemos, pues, que $\forall x x = x$ es apriorísticamente verdadero? Esta pregunta williamsoniana no está dirigida al conocimiento apriorístico de si $\forall x x = x$ es una verdad lógica, sino al conocimiento apriorístico de $\forall x x = x$ mismo: “We are not asking about a priori knowledge that RI is a logical truth. We are just asking about a priori knowledge of RI itself, knowledge that everything is self-identical” (Williamson 2013, p. 303).

Según vimos en el capítulo III, Williamson no puede aceptar RI sobre la base de que “toda yegua es una yegua” sea una oración epistemológicamente analítica, ni tampoco puede aceptar, por razones kripkeanas consideradas en el capítulo II, que de una diferencia lógica (como la que hay entre una proposición sujeta a RI como $a = a$ y otra no sujeta a RI como $a = b$) se siga una diferencia epistemológica entre cómo sabemos que “ $a = a$ ” (“racionalmente”, “apriorísticamente”) y cómo sabemos que “ $a = b$ ” (“empíricamente”, “de manera a posteriori”).

¿En qué radica la naturaleza apriorística de RI? ¿Radica en que es relevantemente similar a la manera en la que llegamos a saber que todas las cosas carmesí son rojas? Williamson abre de par en par esta puerta cuando sostiene que, de una u otra forma, la manera por la que llegamos a saber que RI es relevantemente similar a la manera por la que llegamos a saber CARMESÍ. Pues si recurrimos a nuestras capacidades imaginativas *fuera de línea* para aplicar términos de colores perceptivamente calibrados *en línea*, respecto de RI hay un análogo epistémico en virtud de que nuestra experiencia “involves a process of continually judging numerical identity or distinctness among objects perceived or remembered in a wide variety of guises. This cognitive capacity for judging identity and distinctness in experience is non-logical, for pure logic gives us only the barest formal

constraints” (Williamson 2013, p. 305). Y, lo que es más, de acuerdo con Williamson hay una manera más sencilla y verosímil, que además puede hacerse tanto en línea (recurriendo a nuestras habilidades cognitivas fruto de la percepción) como fuera de línea (transponiendo nuestras habilidades cognitivas fruto de la percepción en habilidades aplicadas en nuestra imaginación), para juzgar, de una manera que no involucra nuestras habilidades lógicas para hacer un juicio de identidad, que $a = a$, pues dicha habilidad no-lógica para juzgar que $a = a$ podría consistir en “directly to feed in the term twice over as both inputs to some device for comparison, which would trivially return a positive result” (Williamson 2013, p. 305).

V.4. Un problema con la concepción psicologista de la evidencia

Williamson también tiene, en términos de la supuesta distinción entre la experiencia interna y la externa, una respuesta al defensor de la significatividad epistemológica de la dicotomía a priori/a posteriori que ya no recurra a casos “claramente a priori” en los que la experiencia desempeña un papel meramente habilitador, sino a casos “claramente a posteriori” en los que desempeña un papel estrictamente evidencial. ¿Hay algún caso de conocimiento claramente a posteriori que contemple el papel externo de nuestra experiencia y en el que, no obstante, el papel de ésta sea menos que estrictamente evidencial? Williamson responde afirmativamente a esta pregunta:

[P]art of the evidence that a massive comet or asteroid collided with the Earth about 250 million years ago is said to be that certain sediment samples from China and Japan contain certain clusters of carbon atoms. That those samples contained those clusters of atoms is a non-psychological fact. Of course, in some sense scientists’ outer experience played a role in their access to the fact. But, by analogy with the logical and mathematical cases, the relevant evidence is not the psychological process of undergoing those outer experiences, but rather the non-psychological physical facts to which that process enables us to have access. The role of the outer experience is purely enabling, not evidential. If so, what would usually be regarded as paradigm cases of a posteriori knowledge risk reclassification as a priori (Williamson 2020a, pp. 119-120).

¿En qué es distinto este caso (llamémoslo, COMETA MASIVO) al de, e. g., JCC? En qué, con COMETA MASIVO, Williamson pretende señalar que, a diferencia de lo que sucede

con JCC, la concepción tradicional de la dicotomía a priori/a posteriori a veces erige lo a posteriori sobre una concepción psicologista de la evidencia. Pero es claro que en COMETA MASIVO la evidencia *no* se entiende en un sentido psicologista, sino en términos de hechos no psicológicos, y ante la evidencia fáctica nuestra experiencia no puede, *por definición*, desempeñar un papel estrictamente evidencial, porque nuestra experiencia ya no es la evidencia.

Es por esto por lo que, si cada forma específica de conocer es a priori o a posteriori, pero no ambas, “what would usually be regarded as paradigm cases of a posteriori knowledge [i. e., COMETA MASIVO] risk reclassification as a priori [knowledge]” (Williamson 2020a, pp. 119-120). La razón es que, en COMETA MASIVO, el papel de la experiencia de los científicos es *puramente* habilitador, mas no (estrictamente) evidencial. Pero, si esto es así, ¿no parecería ser el caso que un conocimiento prototípicamente a posteriori como COMETA MASIVO estaría sujeto a ser, según la concepción tradicional, a priori, habida cuenta de que el papel de la experiencia *externa* de los científicos es *puramente habilitador*?

Si el proceso cognitivo de los científicos en COMETA MASIVO es tal como lo describe Williamson, i. e., relevantemente similar a los casos matemático y lógico que ya discutimos, en los que la evidencia relevante no son procesos psicológicos, sino hechos físicos no-psicológicos,⁸⁷ al defensor de la significatividad epistemológica de la distinción a priori/a posteriori ya no le queda el recurso o la salida de apelar al papel estrictamente evidencial de la experiencia externa para salvar dicha significatividad, sencillamente porque ya no hay tal papel *estrictamente* evidencial de la experiencia.

En la nota 83 del apartado V.1 vimos que Goldman 2009 señala una tensión entre las condiciones necesarias del conocimiento expuestas en Williamson 2000 y el “knowledge-first” programme al que está dedicado Williamson 2000. En esta ocasión,

⁸⁷ Esta postura de Williamson no sólo tiene cabida en casos de conocimiento teórico – ya sea relativo a las matemáticas y a la lógica o a las ciencias naturales – sino también en casos de conocimiento observacional cotidiano, pues “it is a highly controversial move to put the psychological process of undergoing the outer experience into the content of the perceptual evidence we thereby gain. What we observe is typically a non-psychological fact about our external environment, not a psychological fact about ourselves” (Williamson 2013, p. 294).

señala una tensión entre el rechazo de Williamson a psicologizar la evidencia y su opinión favorable de los experimentos mentales para el quehacer filosófico:

Williamson's account of the trustworthiness of thought experiments appeals to the reliability of counterfactual reasoning.⁸⁸ But what is counterfactual reasoning if not a psychological process? Thus, Williamson himself seems to exemplify the tactic of "psychologizing the data" (or psychologizing the relevant "phenomena" anyway.) How can he consistently present this as an "error" in the case of others but not an error in his own case? (Goldman 2015b, p. 188).

Según Goldman (2015b, pp. 188-189), podemos referirnos a algo como *evidencia* si ese algo es un indicador fiable de algún estado de cosas, por lo que no encuentra ningún problema con referirnos como *evidencia* a ciertos estados mentales (como los procesos psicológicos de nuestros científicos en COMETA MASIVO) si dichos estados mentales son indicadores fiables de algún estado de cosas (mental o no-mental). Si Goldman tiene razón en que la evidencia a veces consiste en estados mentales, el defensor de la significatividad epistemológica de la distinción a priori/a posteriori sí podría apelar al papel estrictamente evidencial de la experiencia externa para salvar dicha significatividad de casos como COMETA MASIVO, pues no correría el riesgo de reclasificar un caso paradigmáticamente a posteriori como un caso a priori.

Cuestiones distintas son si Williamson está equivocado en su firme rechazo a psicologizar la evidencia y si él mismo ejemplifica la táctica de psicologizar la evidencia en su defensa de la confiabilidad de los experimentos mentales. Discutir estas cuestiones sobrepasa los propósitos de esta tesis.

⁸⁸ Véase la nota 32 del apartado II.3.

Conclusiones

Síntesis de lo expuesto

El propósito de esta tesis ha sido exponer y, en su caso, discutir, lo que considero que son algunos aspectos centrales del escepticismo de Timothy Williamson hacia la significatividad epistémica de la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori a partir de identificar cinco estrategias a las que recurre Williamson para desarrollar su escepticismo.

En el primer capítulo hice dos cosas.

I) Describí brevemente la motivación detrás del escepticismo de Williamson, v. gr., que la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori, en su forma tradicional, oscurece patrones epistémicos significativos acerca del papel que desempeña nuestra experiencia en nuestros procesos cognitivos. La razón de esta oscuridad es que, en la forma tradicional de entender tales tipos de conocimiento, suele darse por sentado que nuestra experiencia desempeña un papel puramente habilitador en el conocimiento a priori y estrictamente evidencial en el conocimiento a posteriori. Pero, como vimos a lo largo de esta tesis, parece que hay varios contraejemplos a esta asunción.

II) Discutí brevemente dos interpretaciones del escepticismo williamsoniano que, a mi parecer, son erróneas. La interpretación de Boghossian 2011 es errónea porque desvirtúa el propósito del proyecto escéptico de Williamson al insinuar que en tal proyecto hay un intento de borrón quineano de la distinción entre la filosofía y las ciencias naturales. Por su parte, la interpretación de Melis y Wright (por aparecer) es errónea porque desvirtúa las conclusiones del proyecto escéptico de Williamson al sostener que las proposiciones en las que el papel de nuestra experiencia es menos que estrictamente evidencial pero más que puramente habilitador pueden tener el mismo estatus explicativo que las proposiciones en las que el papel de nuestra experiencia es estrictamente evidencial (las proposiciones empíricas ordinarias) y que las proposiciones en las que el papel de nuestra experiencia es puramente habilitador (las proposiciones a priori).

En el segundo capítulo hice cinco cosas.

I) Mostrar cómo, de acuerdo con Williamson, el papel de nuestras experiencias pasadas en nuestro aprendizaje práctico puede desempeñar un papel *más* que puramente

habilitador en nuestro conocimiento de proposiciones necesariamente verdaderas. Esto parece poner en duda que en nuestro conocimiento de proposiciones necesariamente verdaderas el papel de nuestra experiencia sea puramente habilitador, como sostiene la concepción tradicional de la dicotomía a priori/a posteriori. A continuación, sostuve que la habilidad con la que se aplica un concepto suele ser una buena señal de la comprensión o de la interpretación del mismo a fin de cuestionar el ejemplo VN de Williamson.

II) Mostrar cómo, de acuerdo con Williamson, hay procesos cognitivos que subyacen en conocimientos “claramente” a priori (un juicio contrafáctico necesario, según la concepción pre-kripkeana) y en conocimientos “claramente” a posteriori (un juicio contrafáctico contingente, según la concepción pre-kripkeana) que son relevantemente similares como para hacer que la distinción a priori/a posteriori parezca ser epistemológicamente superficial.

III) Al considerar el caso de las proposiciones verdaderas de la teoría axiomática de conjuntos, abordé el escepticismo williamsoniano asumiendo el papel que, de acuerdo con Williamson, desempeñan los juicios contrafácticos en nuestro conocimiento de lo necesariamente verdadero.

IV) Al considerar las condiciones de autenticidad de Wright 2014 para mostrar una disimilitud entre la justificación epistémica detrás de una proposición a posteriori y la justificación epistémica detrás de una proposición a priori, discutí qué tan exitosas son las objeciones de Melis y Wright (por aparecer) al escepticismo de Williamson. Señalé que, si bien es cierto que al considerar las condiciones de autenticidad surgen dos diferencias importantes entre proposiciones a posteriori (WHO’S WHO) y a priori (SQUARE) que el escepticismo williamsoniano parece pasar por alto, la evidencia empírica con la que contamos no nos permite considerar al conocimiento que tenemos de SQUARE como conocimiento apriorístico.

V) Concluí el segundo capítulo especulando acerca de la relación que existe entre el escepticismo de Williamson y su proyecto dedicado a mostrar que la filosofía no tiene una metodología propia, intrínsecamente distinta de la metodología científica.

En el tercer capítulo expuse las principales objeciones de Williamson a lo que llama *concepciones epistemológicas de la analiticidad*, i. e., a la idea de que una proposición o un

enunciado es epistémicamente analítico si su verdad es una consecuencia lógica de su semántica. Señalé que, de ser correcto el análisis crítico de Williamson hacia las concepciones epistemológicas de la analiticidad, surgen dos resultados epistémicamente relevantes: i) que la comprensión no es una condición epistemológicamente suficiente para el asentimiento; ii) que nuestra competencia lingüística desempeña el mismo papel cuando conocemos proposiciones analíticas (como *las yeguas son caballos hembra*) y cuando conocemos proposiciones sintéticas (como *hay una yegua en el establo*).

En el cuarto capítulo expuse algunos de los problemas que encuentra Williamson con los dos modos comúnmente empleados para establecer la distinción entre lo a priori y lo a posteriori: de arriba hacia abajo (al establecer la diferencia entre ambos tipos de conocimiento en términos epistemológicamente significativos como “experiencia” o “evidencia”) o de abajo hacia arriba (mediante ejemplos prototípicos de conocimiento a priori y de conocimiento a posteriori). Al poner atención en el segundo modo, expuse las razones de Williamson para sostener que la distinción hecha vía ejemplos prototípicos (CARMESÍ y WHO’S WHO) no consigue identificar/marcar distinciones epistemológicas fundamentales entre ambos tipos de conocimiento. Una vez expuestas tales razones, discutí críticamente la propuesta de Melis y Wright (por aparecer) de considerar como a posteriori a nuestros métodos de cognición para conocer CARMESÍ y WHO’S WHO. Ante este desafío al escepticismo de Williamson, mostré que el elemento común que identifican Melis y Wright para considerar como a posteriori a nuestros métodos de cognición para conocer CARMESÍ y WHO’S WHO ya se encuentra, incluso de manera explícita, en los relatos de Williamson acerca de cómo llegamos a saber CARMESÍ y WHO’S WHO. También señalé que si nuestros métodos de cognición para conocer CARMESÍ y WHO’S WHO resultaran ser a posteriori (como sugieren Melis y Wright), ello es en cualquier caso evidencia a favor del escepticismo de Williamson.

En el quinto y último capítulo expuse las dudas de Williamson a asociar nuestra experiencia externa y el papel evidencial de la misma con el conocimiento a posteriori, por un lado, y nuestra experiencia interna y el papel habilitador de la misma con el conocimiento a priori, por el otro lado. Para exponer la primera duda, recurrí a nuestros conocimientos “a priori” del axioma del conjunto potencia y del principio de la reflexividad

de la identidad a fin de mostrar cómo, de acuerdo con Williamson, en ambos conocimientos nuestra experiencia puede perfectamente desempeñar un papel evidencial. Para exponer la segunda duda, recurrí a un caso prototípico de conocimiento a posteriori (un cometa o asteroide masivo chocó con la Tierra hace unos 250 millones de años) a fin de mostrar cómo, de acuerdo con Williamson, el papel de nuestra experiencia en un caso de conocimiento prototípicamente a posteriori puede perfectamente ser *puramente* habilitador si la evidencia en cuestión se entiende en términos de *hechos* no psicológicos.

En ambos casos vimos que, si asociamos nuestra experiencia externa y el papel evidencial de la misma con el conocimiento a posteriori y nuestra experiencia interna y el papel habilitador de la misma con el conocimiento a priori, conocimientos prototípicamente a priori como nuestros conocimientos del axioma del conjunto potencia y del principio de la reflexividad de la identidad podrían ser reclasificados como conocimientos a posteriori, mientras que un conocimiento prototípicamente a posteriori como *un cometa o asteroide masivo chocó con la Tierra hace unos 250 millones de años* podría ser reclasificado como conocimiento a priori, lo que sin duda parece absurdo. Concluí este capítulo considerando una objeción al rechazo de Williamson a que la evidencia pueda consistir en estados mentales. Todo esto en cuanto a lo hecho explícitamente a lo largo de esta tesis.

Impresiones generales sobre el escepticismo williamsoniano

Ahora me gustaría manifestar brevemente algunas de mis impresiones generales sobre el escepticismo williamsoniano. Creo que el escepticismo de Williamson es un tanto *sui generis* en dos aspectos. Primero porque, a diferencia de otros escepticismos propios de la literatura epistemológica – quizá el ejemplo más obvio es la conclusión del escepticismo cartesiano – el escepticismo williamsoniano no es, inicialmente, implausible,⁸⁹ pues ciertamente no se trata de un escepticismo cuya conclusión – v. gr., que la distinción a priori/a posteriori oscurece patrones epistémicos significativos acerca del papel de la

⁸⁹ Comesaña y Klein 2019 sostienen que el escepticismo filosófico es interesante porque, a pesar de su implausibilidad inicial, suele haber argumentos intrigantes a favor de él. No creo que el escepticismo williamsoniano discutido a lo largo de esta tesis sea inicialmente implausible. Tampoco creo que, a su favor, haya argumentos intrigantes. Sin embargo, creo que es un escepticismo filosóficamente interesante.

experiencia en nuestros procesos cognitivos – nos resulte, a todos, fuertemente contraintuitiva o *prima facie* inverosímil.⁹⁰

Segundo, creo que el escepticismo williamsoniano es un tanto *sui generis* porque, aunque sea implícitamente, tiene un carácter propositivo. Como hemos visto en más de una ocasión a lo largo de esta tesis, un problema que encuentra Williamson con la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori es que dicha distinción, al menos en su forma tradicional, oscurece patrones epistémicos más significativos de la experiencia en nuestros procesos cognitivos. ¿Cuáles son los patrones epistémicos más significativos que la distinción oscurece? Aquellos que casos como JCN o JCC sacan a la luz, i. e., casos en los que nuestra experiencia pasada desempeña un papel en nuestra fiabilidad para hacer juicios contrafácticos necesarios (JCN) o juicios contrafácticos contingentes (JCC). La distinción tradicional oscurece estos patrones (que en V.1 llamé “tercer papel de la experiencia”) porque, para JCN, el papel de nuestra experiencia tendría que ser puramente habilitador, mientras que para JCC tendría que ser estrictamente evidencial. Pero este “tercer papel de la experiencia” no es ni estrictamente evidencial ni puramente habilitador y, lo que es más importante, parece tratarse de un patrón epistémico significativo. A la posibilidad de este “tercer papel de la experiencia” es a lo que me refiero con la naturaleza propositiva del escepticismo williamsoniano.

También me gustaría decir algo sobre la naturaleza metodológica del escepticismo de Williamson respecto de la significatividad epistemológica de la distinción entre los conocimientos a priori y a posteriori. Hemos visto a lo largo de esta tesis que, para fundamentar su escepticismo, Williamson recurre a diversas estrategias metodológicas, pues en algunas ocasiones (como en CARMESÍ/WHO’S WHO) alude a la semejanza entre nuestros procesos cognitivos detrás de un conocimiento “claramente” a priori y de un conocimiento “claramente” a posteriori para mostrar que la distinción entre ambos tipos de conocimiento no consigue identificar o marcar distinciones epistemológicas fundamentales, otras veces alude (como en JCN/JCC) al papel no estrictamente evidencial ni puramente habilitador de nuestra experiencia para mostrar que hay juicios necesariamente verdaderos en los que el papel de nuestra experiencia no es *puramente* habilitador, y en otras más alude

⁹⁰ Desde luego, es contraintuitiva e inverosímil para Boghossian, Bonjour, Peacocke, etcétera.

(como en COMETA MASIVO) a la equivalencia que, según la concepción tradicional de la distinción, existe entre nuestra experiencia externa y el papel estrictamente evidencial de la misma para mostrar una suerte de *reductio ad absurdum*, a saber, que una proposición como *un cometa o asteroide masivo chocó con la Tierra hace unos 250 millones de años* podría ser reclasificada como un caso de conocimiento a priori.

Así, el escepticismo williamsoniano no se reduce a un eslogan o a una receta única para generar contraejemplos cada vez que se presente la dicotomía a priori/a posteriori, sino que se trata de una suerte de *piecemeal skepticism* que, sincrónicamente, va lanzando dardos, uno a uno, hacia la significatividad epistémica de la distinción entre los conocimientos a priori/a posteriori. Y un solo dardo exitoso basta para poner en duda la significatividad epistémica de la distinción entre los conocimientos a priori/a posteriori.

Como una especie de agenda programática me gustaría decir que hay una teoría de lo a priori que, me parece, podría resistir a los embates de las estrategias A, B, D, y E del escepticismo williamsoniano aquí identificadas. Se trata de la teoría *funcional* de lo a priori, según la cual hay algunos enunciados científicos que, a pesar de tener un origen empírico, *funcionan* como conocimiento a priori.⁹¹ Para que esta teoría funcional de lo a priori fuese totalmente resistente a los embates escépticos de Williamson tendría que ser resistente a los embates de su estrategia C (cuestionar que la analiticidad de una proposición (o de un enunciado) implique su aprioridad), y para ello tendríamos que recurrir a una teoría del funcionamiento analítico (o nominal) de las leyes empíricas virtualmente inmune o ajeno a las objeciones de Williamson hacia las concepciones epistemológicas de la analiticidad.⁹² Me declaro escéptico del éxito de este proyecto, aunque creo que valdría la pena tantearlo.

⁹¹ Cfr. Pap 1946; Stump 2011; Heis 2014.

⁹² Quizá apoyándonos en las proposiciones universales o “formulaicas” (Shook 2023, pp. 136-138) desarrolladas por Dewey (1938).

Referencias

Alfano, M. y J. Turri (2021), “Virtue Epistemology”, en E. Zalta y U. Nodelman (eds.), URL = <https://plato.stanford.edu/entries/epistemology-virtue/>

Audi, R. (ed.) (2017), *The Cambridge Dictionary of Philosophy* (3ª ed.), Nueva York, Cambridge University Press.

Ayer, A. J. (1981), *Proposiciones básicas*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Barwise, J. (ed.) (1977), *Handbook of Mathematical Logic*, Ámsterdam, North-Holland.

Barwise, J. y J. Seligman (1997), *Information Flow: The Logic of Distributed Systems*, Nueva York, Cambridge University Press.

Beebe, J. (2011), “A Priori Skepticism”, *Philosophy and Phenomenological Research*, vol. 83, núm. 3, pp. 583-602.

Benacerraf, P. (1981), “Frege: The Last Logician”, en P. A. French, T. E. Uehling y H. K. Wettstein (eds.), pp. 17-35.

Benacerraf, P. (1960), *Logicism: Some Considerations*, PhD Dissertation, Princeton University.

Benacerraf, P. y H. Putnam (eds.) (1998), *Philosophy of Mathematics: Selected Readings*, Cambridge, Cambridge University Press.

Bennett, K. y D. Zimmerman (eds.) (2015), *Oxford Studies in Metaphysics (Volume 9)*, Nueva York, Oxford University Press.

Berto, F. y D. Nolan (2021), “Hyperintensionality”, en E. Zalta y U. Nodelman (eds.), URL = <https://plato.stanford.edu/entries/hyperintensionality/>

Bloomfield, P. y D. Copp (eds.) (por aparecer), *The Oxford Handbook of Moral Realism*.

- Boghossian, P. (2020a), “Intuition, Understanding, and the A Priori”, en P. Boghossian y T. Williamson, pp. 186-207.
- Boghossian, P. (2020b), “Williamson on the A Priori and the Analytic”, en P. Boghossian y T. Williamson, pp. 78-85.
- Boghossian, P. (2011), “Williamson on the *A Priori* and the Analytic”, *Philosophy and Phenomenological Research*, vol. LXXXII, núm. 2, pp. 488-497.
- Boghossian, P. (1998), “What the Externalist Can Know *A Priori*”, *Philosophical Issues*, vol. 9 (Concepts), pp. 197-211.
- Boghossian, P. (1997), “Analyticity”, en B. Hale y C. Wright (comps.), pp. 331-368.
- Boghossian, P. (1996), “Analyticity Reconsidered”, *Noûs*, vol. 30, núm. 3, pp. 360-392.
- Boghossian, P. y T. Williamson (2020), *Debating the A Priori*, Oxford, Oxford University Press.
- Boghossian, P. y C. Peacocke (eds.) (2000), *New Essays on the A Priori*, Oxford, Oxford University Press.
- BonJour, L. (2005), “In Defense of the *a Priori*”, en M. Steup y E. Sosa (eds.), pp. 98-105.
- BonJour, L. (1998), *In Defense of Pure Reason: A Rationalist Account of A Priori Justification*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Boolos, G. (1999), *Logic, Logic, and Logic*, Cambridge, Harvard University Press.
- Boolos, G. (1999), “Is Hume’s Principle Analytic?”, en G. Boolos, pp. 301-314.
- Boolos, G. (1998), “The iterative conception of set”, en P. Benacerraf y H. Putnam (eds.), pp. 486-502.
- Bourguignon, N. J. (2022), “The Emergence of Language in the Human Mind and Brain – Insights From the Neurobiology of Language, Thought and Action”, *Psychological Review* (advance online publication).

Britton, T. (1997), *A Priori Knowledge and Naturalized Epistemology*, PhD Dissertation, The University of Wisconsin-Madison.

Bueno, O. (2001), "Logicism Revisited", *Principia*, vol. 5, núms. 1-2, pp. 99-124.

Burge, T. (1993a), "Content Preservation", *The Philosophical Review*, vol. 102, núm. 4, pp. 457-488.

Burge, T. (1993b), "Perceptual Entitlement", *Philosophy and Phenomenological Research*, vol. LXVII, núm. 3, pp. 503-548.

Cantor, G. (2006), *Fundamentos para una teoría general de conjuntos*, Barcelona, Crítica.

Caplan, B. (2007), *The Myth of the Rational Voter: Why Democracies Choose Bad Policies*, Nueva Jersey, Princeton University Press.

Carnap, R. (1995), *An Introduction to the Philosophy of Science*, Nueva York, Dover.

Carter, J., E. Gordon y B. Jarvis (eds.) (2017), *Knowledge-First: Approaches in Epistemology and Mind*, Oxford, Oxford University Press.

Casullo, A. (por aparecer), "A defense of the Significance of the A Priori-A Posteriori Distinction", en D. Dodd y E. Zardini (eds.).

Casullo, A. (2003), *A Priori Justification*, Nueva York, Oxford University Press.

Casullo, A. y J. C. Thurow (eds.) (2013), *The A Priori in Philosophy*, Oxford, Oxford University Press.

Chudnoff, E. (2011), "What Intuitions Are Like", *Philosophy and Phenomenological Research*, vol. 82, núm. 3, pp. 625-654.

Clark, E. (2004), *History, Theory, Text: Historians and the Linguistic Turn*, Cambridge, Harvard University Press.

Cohen, P. (1959), "The Independence of the Axiom of Choice", *Department of Special Collections*, Stanford, Stanford University Libraries.

- Coliva, A. (2012) (ed.), *Mind, Meaning, and Knowledge: Themes from the Philosophy of Crispin Wright*, Oxford, Oxford University Press.
- Comesaña, J. y P. Klein (2019), “Skepticism”, en E. Zalta y U. Nodelman (eds.), URL = <https://plato.stanford.edu/entries/skepticism/>
- Crimmins, M. y J. Perry (2000), “The Prince and the Phone Booth: Reporting Puzzling Beliefs”, en J. Perry, pp. 207-232.
- Crossley, J. N. et al. (1972), *What is Mathematical Logic?*, Oxford, Oxford University Press.
- Cutini, S. et al. (2014), “Number-space interactions in the human parietal cortex: Enlightening the SNARC effect with functional near-infrared spectroscopy”, *Cerebral Cortex*, vol. 24, núm. 2, pp. 444-451.
- Davies, M. (2003), “The Problem of Armchair Knowledge”, en S. Nuccetelli (ed.), pp. 23-55.
- De Cruz, H. (2022) (ed. e il.), *Philosophy Illustrated: Forty-two thought experiments to broaden your mind*, Nueva York, Oxford University Press.
- De Cruz, H. y De Smedt, J. (2022), “How to Use a Philosophical Thought Experiment”, en H. De Cruz (ed. e il.), pp. 1-4.
- Dennett, D. (1987), *The Philosophical Lexicon*, Delaware, American Philosophical Association.
- DeRosset, L. (2015), “Analyticity and Ontology”, en K. Bennett y D. Zimmerman (eds.), pp. 129-170.
- Devitt, M. (2005), “There is no *a Priori*”, en M. Steup y E. Sosa (eds.), pp. 105-115.
- Dewey, J. (1938), *Logic: The Theory of Inquiry*, Nueva York, Henry Holt.
- Díez, J. y C. Moulines (2008), *Fundamentos de Filosofía de la Ciencia*, Barcelona, Ariel.

Dijkstra, N. et al. (2021), “Mistaking imagination for reality: Congruent mental imagery leads to more liberal perceptual detection”, *Cognition*, vol. 212, núm. 1, pp. 1-9.

Dodd, D. y E. Zardini (eds.) (por aparecer), *Beyond Sense? New Essays on the Significance, Grounds, and Extent of the A Priori*.

Dodd, D. y E. Zardini (eds.) (2014), *Scepticism and Perceptual Knowledge*, Oxford, Oxford University Press.

Duica, W. (2014), *Conocer sin representar: El realismo epistemológico de Donald Davidson*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

Dunbar, R. (1998), “The Social Brain Hypothesis”, *Evolutionary Anthropology*, vol. 6, núm. 5, pp. 178-190.

Dunbar, R. (1997), *Grooming, Gossip, and the Evolution of Language*, Londres, Faber and Faber.

Eberhardt, F. y C. Glymour (2021), “Hans Reichenbach”, en E. Zalta y U. Nodelman (eds.), URL = <https://plato.stanford.edu/entries/reichenbach/>

Einstein, A. (1934), “On the Method of Theoretical Physics”, *Philosophy of Science*, vol. 1, núm. 2, pp. 163-169.

Evans, G. (1996), *Ensayos filosóficos*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Evans, G. (1996), “Referencia y contingencia”, en G. Evans, pp. 199-235.

Feferman, S. et al. (eds.) (2001), *Kurt Gödel: Collected Works. Volume III: Unpublished Essays and Lectures*, Nueva York, Oxford University Press.

Field, H. (2000), “A Priority as an Evaluative Notion”, en P. Boghossian y C. Peacocke (eds.), pp. 117-149.

Field, H. (1993), “The Conceptual Contingency of Mathematical Objects”, *Mind*, vol. 102, núm. 406, pp. 285-299.

French, P. A., T. E. Uehling y H. K. Wettstein (eds.) (1981), *Midwest Studies in Philosophy VI*, Minnesota, University of Minnesota Press.

Friedman, M. (2007), “Coordination, Constitution, and Convention: The Evolution of the A Priori in Logical Empiricism”, en A. Richardson y T. Uebel (eds.), pp. 91-116.

García-Ramírez, E. (coord.) (2020), *La estructura del significado*, México, UNAM-Colofón.

Gendler, T. y J. Hawthorne (eds.) (2002), *Conceivability and Possibility*, Oxford, Oxford University Press.

Gödel, K. (2001), “Some basic theorems on the foundations of mathematics and their implications”, en S. Feferman et al. (eds.), pp. 304-324.

Gödel, K. (1938), “The Consistency of the Axiom of Choice and of the Generalized Continuum-Hypothesis”, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, vol. 24, núm. 12, pp. 556-557.

Goldberg, S. C. (ed.) (2007), *Internalism and Externalism in Semantics and Epistemology*, Oxford, Oxford University Press.

Goldman, A. (2015a), “Epistemology, Cognitive Science, and Experimental Philosophy”, en A. Goldman y M. McGrath, pp. 161-183.

Goldman, A. (2015b), “Philosophy’s Intuitional Methodology and the Role of Science”, en A. Goldman y M. McGrath, pp. 184-201.

Goldman, A. (2009), “Williamson on Knowledge and Evidence”, en P. Greenough y D. Pritchard (eds.), pp. 73-91.

Goldman, A. (2006), *Simulating Minds: The Philosophy, Psychology, and Neuroscience of Mindreading*, Oxford, Oxford University Press.

Goldman, A. y M. McGrath (2015), *Epistemology: A Contemporary Introduction*, Nueva York, Oxford University Press.

- Goldstick, D. (2009), *Reason, Truth, and Reality*, Toronto, University of Toronto Press.
- Goodman, N. (2004), *Hecho, ficción y pronóstico*, Madrid, Síntesis.
- Greenough, P. y D. Pritchard (eds.) (2009), *Williamson on Knowledge*, Nueva York, Oxford University Press.
- Grice, H. P. y P. Strawson (1956), "In Defense of a Dogma", *The Philosophical Review*, vol. 65, núm. 2, pp. 141-158.
- Hale, B. y C. Wright (comps.) (1997), *A Companion to the Philosophy of Language*, Oxford, Blackwell.
- Halmos, P. (2011), *Naïve Set Theory*, Connecticut, Martino Publishing.
- Harman, G. (1999), *Reasoning, Meaning, and Mind*, Oxford, Oxford University Press.
- Harman, G. (1967), "Quine on Meaning and Existence, I. The Death of Meaning", *The Review of Metaphysics*, vol. 21, núm. 1, pp. 124-151.
- Harris, P. (2000), *The Work of the Imagination*, Nueva Jersey, Wiley-Blackwell.
- Hawthorne, J. (2007), "A Priority and Externalism", en S. C. Goldberg (ed.), pp. 201-218.
- Heis, J. (2014), "Realism, functions, and the a priori: Ernst Cassirer's philosophy of science", *Studies in History and Philosophy of Science* 48, pp. 10-19.
- Hempel, C. (1998), "On the nature of mathematical truth", en P. Benacerraf y H. Putnam (eds.), pp. 377-393.
- Henderson, D. y T. Horgan (2013), "On the Armchair Justification of Conceptually Grounded Necessary Truths", en A. Casullo y J. C. Thurow (eds.), pp. 111-133.
- Hinich, M. y M. Munger (2003), *Teoría analítica de la política*, Barcelona, Gedisa.
- Horowitz, T. (1985), "A priori truth", *The Journal of Philosophy*, vol. 82, núm. 5, pp. 225-239.

Horwich, P. (2000), "Stipulation, Meaning, and Apriority", en P. Boghossian y C. Peacocke (eds.), pp. 150-169.

Ichikawa, J. (2009), "Knowing the Intuition and Knowing the Counterfactual", *Philosophical Studies*, vol. 145, núm. 3, pp. 435-443.

Ichikawa, J. y B. Jarvis (2016), *The Rules of Thought*, Oxford, Oxford University Press.

Ichikawa, J. y B. Jarvis (2009), "Thought Experiment Intuitions and Truth in Fiction", *Philosophical Studies*, vol. 142, núm. 2, pp. 221-246.

Jenkins, C. S. I. (2008), "A Priori Knowledge: Debates and Developments", *Philosophy Compass*, vol. 3, núm. 3, pp. 436-450.

Kant, I. (1900), *Critique of Pure Reason*, Nueva York, The Colonial Press.

Kelp, C. (2019), *Good Thinking: A Knowledge First Virtue Epistemology*, Nueva York, Routledge.

Kelp, C. (2017), "Knowledge-First Virtue Epistemology", en J. Carter, E. Gordon y B. Jarvis (eds.), pp. 223-245.

Kind, A. y P. Kung (eds.) (2016), *Knowledge Through Imagination*, Oxford, Oxford University Press.

Kitcher, P. (2021), *El avance de la ciencia*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Kitcher, P. (2000), "A Priori Knowledge Revisited", en P. Boghossian y C. Peacocke (eds.), pp. 65-91.

Kitcher, P. (1984), *The Nature of Mathematical Knowledge*, Nueva York, Oxford University Press.

Kitcher, P. (1980), "A Priori Knowledge", *The Philosophical Review*, vol. 89, núm. 1, pp. 3-23.

Knott, C. G. (1911), *The Life and Scientific Work of Peter Guthrie Tait*, Cambridge, Cambridge University Press.

Kornblith, H. (2009), “Timothy Williamson’s *The Philosophy of Philosophy*”, *Analysis*, vol. 69, núm. 1, pp. 109-116.

Kripke, S. (por aparecer), “Rigid Designation and the A Priori”.

Kripke, S. (2013), *Philosophical Troubles*, Nueva York, Oxford University Press.

Kripke, S. (2013), “On Two Paradoxes of Knowledge”, en S. Kripke, pp. 27-51.

Kripke, S. (2005), *El nombrar y la necesidad*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filosóficas.

Laplace, P. S. (2009), *Essai Philosophique Sur Les Probabilités*, Cambridge, Cambridge University Press.

Lepore, E. y R. van Gulick (eds.) (1991), *John Searle and His Critics*, Cambridge, Basil Blackwell.

Lewis, D. (2001), *On the Plurality of Worlds*, Oxford, Blackwell.

Lewis, D. (1973), “Counterfactuals and Comparative Possibility”, *Journal of Philosophical Logic*, vol. 2., núm. 4, pp. 418-446.

Linnebo, Ø. (2017), *Philosophy of Mathematics*, Nueva Jersey, Princeton University Press.

Loomis, E. S. (1940), *The Pythagorean Proposition: Its Demonstrations Analyzed and Classified And Bibliography of Sources For Data of The Four Kinds of “Proofs”*, Michigan, Edwards Brothers, Inc.

Maddy, P. (2013), *Defending the Axioms: On the Philosophical Foundations of Set Theory*, Oxford, Oxford University Press.

Maddy, P. (1997), *Naturalism in Mathematics*, Oxford, Clarendon Press.

- Makin, S. (2023), “People Differ Widely in Their Understanding of Even a Simple Concept Such as the Word ‘Penguin’”, *Scientific American*, URL = <https://www.scientificamerican.com/article/people-differ-widely-in-their-understanding-of-even-a-simple-concept-such-as-the-word-penguin1/>
- McGrath, M. (2015a), “Skepticism About Knowledge”, en A. Goldman y M. McGrath, pp. 81-104.
- McGrath, M. (2015b), “Probabilistic Epistemology”, en A. Goldman y M. McGrath, pp. 251-282.
- McLaughlin, B. (2000), “Self-Knowledge, Externalism, and Skepticism”, *Aristotelian Society Supplementary Volume 74*, pp. 93-117.
- McNabb, D. (2018), *Hombre, signo y cosmos: La filosofía de Charles S. Peirce*, México, FCE.
- Melis, G. y C. Wright (por aparecer), “Williamsonian Scepticism About the A Priori”, en D. Dodd y E. Zardini (eds.).
- Mena, R. (2020), “Vaguedad, tolerancia, y la paradoja sorites”, en E. García-Ramírez (coord.), pp. 373-398.
- Mosterín, J. y Torretti, R. (2010), *Diccionario de lógica y filosofía de la ciencia*, Madrid, Alianza.
- Nagel, J. (2014), *Knowledge: A Very Short Introduction*, Nueva York, Oxford University Press.
- Nuccetelli, S. (ed.) (2003), *New Essays on Semantic Externalism and Self-Knowledge*, Cambridge, MIT Press.
- Pap, A. (1946), *The A Priori in Physical Theory*, Nueva York, King’s Crown.
- Papineau, D. (2012), *Philosophical Devices: Proofs, Probabilities, Possibilities, and Sets*, Oxford, Oxford University Press.

Papineau, D. (2009), "The Poverty of Analysis", *Aristotelian Society Supplementary Volume* 83, pp. 1-30.

Parsons, C. (2005), *Mathematics in Philosophy: Selected Essays*, Ithaca, Cornell University Press.

Parsons, C. (2005), "Sets and Classes", en C. Parsons, pp. 209-220.

Peacocke, C. (2004), *The Realm of Reason*, Oxford, Oxford University Press.

Peacocke, C. (1993), "How Are A Priori Truths Possible?", *European Journal of Philosophy*, vol. 1, núm. 2, pp. 175-199.

Perry, J. (2000), *The Problem of the Essential Indexical and Other Essays*, Stanford, CSLI Publications.

Perry, J. (2000), "Rip Van Winkle and Other Characters", en J. Perry, pp. 355-376.

Plantinga, A. (1993), *Warrant and Proper Function*, Nueva York, Oxford University Press.

Pólya, G. (2014), *How to Solve It: A New Aspect of Mathematical Method*, Nueva Jersey, Princeton University Press.

Priest, G. (2016), "Logical Disputes and the A Priori", *Princípios: Revista de Filosofia*, vol. 23, núm. 40, pp. 29-57.

Pryor, J. (2012), "When Warrant Transmits", en A. Coliva (ed.), pp. 269-303.

Putnam, H. (2006), *Razón, verdad e historia*, Madrid, Tecnos.

Putnam, H. (2006), "Un problema acerca de la referencia", en H. Putnam, pp. 34-58.

Quine, W. V. O. (1980), *From a Logical Point of View: Nine Logico-Philosophical Essays*, Cambridge, Harvard University Press.

Quine, W. V. O. (1980), "Two dogmas of empiricism", en W. V. O. Quine, pp. 20-46.

Ramsey, F. P. (2013), *The Foundations of Mathematics and other Logical Essays*, Connecticut, Martino Publishing.

- Ramsey, F. P. (2013), "The Foundations of Mathematics", en F. P. Ramsey, pp. 1-61.
- Rayo, A. (2015), *La construcción del espacio de posibilidades*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Rayo, A. (1996), *El conocimiento matemático como conocimiento a posteriori*, tesis de licenciatura, UNAM.
- Reichenbach, H. (2014), *The Philosophy of Space and Time*, Nueva York, Dover.
- Resnik, M. (1997), *Mathematics as a Science of Patterns*, Oxford, Oxford University Press.
- Restall, G. (2009), "A Priori Truths", en J. Shand (ed.), pp. 37-50.
- Richardson, A. y T. Uebel (eds.) (2007), *The Cambridge Companion to Logical Empiricism*, Nueva York, Cambridge University Press.
- Rorty, R. (1998), *Pragmatismo y política*, Barcelona, Paidós.
- Rorty, R. (1998), "Trotsky y las orquídeas silvestres", en R. Rorty, pp. 27-47.
- Roush, S. (2018), "The epistemic superiority of experiment to simulation", *Synthese*, vol. 195, núm. 11 (Special Issue on Cartesian Epistemology), pp. 4883-4906.
- Russell, B. (2020), "A Priori Justification and Knowledge", en E. Zalta y U. Nodelman (eds.), URL = <https://plato.stanford.edu/entries/apriori/>
- Russell, B. (1912), *The Problems of Philosophy*, Londres, Williams & Norgate.
- Salmon, N. (1993), "Analyticity and Apriority", *Philosophical Perspectives*, vol. 7 (Language and Logic), pp. 125-133.
- Salmon, N. (1988), "How to Measure the Standard Metre", *Proceedings of the Aristotelian Society*, vol. 88 (1987-1988), pp. 193-217.
- Schechter, J. (por aparecer), "The Theoretical Significance of the A Priori/A Posteriori Distinction", en D. Dodd y E. Zardini (eds.).

- Schickore, J. (2022), “Scientific Discovery”, en E. Zalta y U. Nodelman (eds.), URL = <https://plato.stanford.edu/entries/scientific-discovery/>
- Searle, J. (1991), “Response: Perception and the Satisfactions of Intentionality”, en E. Lepore y R. van Gulick (eds.), pp. 181-192.
- Shand, J. (ed.) (2009), *Central Issues of Philosophy*, Malden, Blackwell.
- Shoenfield, J. R. (1977), “Axioms of Set Theory”, en J. Barwise (ed.), pp. 321-344.
- Shook, J. (2023), *Pragmatism*, Cambridge, MIT Press.
- Shope, R. (1983), *The Analysis of Knowing: A Decade of Research*, Nueva Jersey, Princeton University Press.
- Siegel, S. (2020), *Los contenidos de la experiencia visual*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Sober, E. y P. Hylton (2000), “Quine”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, vol. 74, pp. 237-299.
- Sosa, E. (2017), “skepticism” (entrada), en R. Audi (ed.), pp. 988-991.
- Steup, M., J. Turri y E. Sosa (eds.) (2013), *Contemporary Debates in Epistemology*, Oxford, Blackwell.
- Steup, M. y E. Sosa (eds.) (2005), *Contemporary Debates in Epistemology*, Oxford, Blackwell.
- Stalnaker, R. (2022), “Reference Fixing and the Contingent A Priori”, *Theoria*, vol. 88, núm. 2, pp. 438-452.
- Stalnaker, R. (2003), *Ways a World Might Be: Metaphysical and Anti-Metaphysical Essays*, Norfolk, Oxford University Press.
- Stalnaker, R. (2003), “On what Possible Worlds could not be”, en R. Stalnaker, pp. 40-54.

Stalnaker, R. (1999), *Context and Content: Essays on Intentionality in Speech and Thought*, Nueva York, Oxford University Press.

Stalnaker, R. (1999), “Assertion”, en R. Stalnaker, pp. 78-95.

Stalnaker, R. (1968), “A Theory of Conditionals”, *American Philosophical Quarterly Monographs Series 2 (Studies in Logical Theory)*, pp. 98-112.

Stroud, B. (1984), *The Significance of Philosophical Scepticism*, Nueva York, Oxford University Press.

Stump, D. (2011), “Arthur Pap’s Functional Theory of the A Priori”, *HOPOS: The Journal of the International Society for the History of Philosophy of Science*, vol. 1, núm. 2, pp. 273-290.

Tappenden, J. (2001), “Review: Recent Work in Philosophy of Mathematics”, *The Journal of Philosophy*, vol. 98, núm. 9, pp. 488-497.

Unger, P. (1975), *Ignorance: A Case for Scepticism*, Oxford, Clarendon Press.

Van Fraassen, B. (2002), *The Empirical Stance*, New Haven, Yale University Press.

Wang, H. (2016), *From Mathematics to Philosophy*, Nueva York, Routledge.

Wang, H. (2016), “The Concept of Set”, en H. Wang, pp. 181-223.

Weinberg, J. (2013), “The Prospects for an Experimentalist Rationalism, or Why It’s Ok if the A Priori Is Only 99.44 Percent Empirically Pure”, en A. Casullo y J. C. Thurow (eds.), pp. 92-108.

Williamson, T. (por aparecer), “Moral Anti-Exceptionalism”, en P. Bloomfield y D. Copp (eds.).

Williamson, T. (2020a), “How Deep is the Distinction between A Priori and A Posteriori Knowledge?”, en P. Boghossian y T. Williamson, pp. 117-136.

Williamson, T. (2020b), “Reply to Boghossian on the Distinction between the A Priori and the A Posteriori”, en P. Boghossian y T. Williamson, pp. 156-167.

- Williamson, T. (2018), *Doing Philosophy: From Common Curiosity to Logical Reasoning*, Nueva York, Oxford University Press.
- Williamson, T. (2016a), “Knowing by Imagining”, en A. Kind y P. Kung (eds.), pp. 113-123.
- Williamson, T. (2016b), *La filosofía de la filosofía*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Williamson, T. (2013), “How Deep is the Distinction between A Priori and A Posteriori Knowledge?”, en A. Casullo y J. C. Thurow (eds.), pp. 291-312.
- Williamson, T. (2007), *The Philosophy of Philosophy*, Oxford, Blackwell.
- Williamson, T. (2005), “Armchair Philosophy, Metaphysical Modality and Counterfactual Thinking”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, vol. 105, núm. 1, pp. 1-23.
- Williamson, T. (2000), *Knowledge and its Limits*, Oxford, Oxford University Press.
- Williamson, T. (1994), *Vagueness*, Oxford, Routledge.
- Witmer, D. G. (2011), “Review of: Timothy Williamson, *The Philosophy of Philosophy*”, *Metaphilosophy*, vol. 42, núms. 1-2, pp. 155-160.
- Wright, C. (2014), “On Epistemic Entitlement (II): Welfare State Epistemology”, en D. Dodd y E. Zardini (eds.), pp. 213-247.
- Wright, C. (1999), “Is Hume’s Principle Analytic?”, *Notre Dame Journal of Formal Logic*, vol. 40, núm. 1, pp. 6-30.
- Wright, C. (1983), *Frege’s Conception of Numbers as Objects*, Aberdeen, Aberdeen University Press.
- Yablo, S. (2002), “Coulda, Woulda, Shoulda”, en T. Gendler y J. Hawthorne (eds.), pp. 441-492.
- Zalta, E. y U. Nodelman (eds.), *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*, Stanford, Stanford University, URL = <https://plato.stanford.edu/>